

# LA NACION

MAGAZINE

AÑO I

BUENOS AIRES, DOMINGO 27 DE OCTUBRE DE 1929

NÚM. 17



ESPECIAL PARA NACION

“PUESTA DE SOL EN ÁVILA”

ÓLEO DE ENRIQUE LARRETA

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | [www.anira.com.ar](http://www.anira.com.ar)



## Firmemente fijados.

Las catorce variedades de ricas galletitas que incluye el Surtido "Selecto", están firmemente "fijadas" en la predilección de todo aquel que las conoce.

Cada una de ellas es una favorita. A medida que Vd.

Por su propia salud, coma más galletitas.

las come, va de delicia en delicia. Todas son distintas, pero iguales en su máximo refinamiento.

Comprando una lata de Surtido "Selecto", obtiene Vd. todas las galletitas favoritas, hermosamente presentadas.

SIENDO DE *Bagley* ES BUENO

## EL SUFRAGIO FEMENINO

POR

LEOPOLDO LUGONES



A descomposición constitucional a que asistimos caracterízase, ante todo, no por falta de partidos, como suele decirse, pues tenemos, desde luego, el radical, poderosísimo y disciplinado hasta la rigidez, el socialista con su programa explícito, el autonomista y el liberal de Corrientes — sino porque no existe partido conservador. Tanto así, que las mismas agrupaciones de ese rótulo, son siempre las iniciadoras o colaboradoras de la legislación más liberal, por no decir revolucionaria: inversión que, recíprocamente, convierte a nuestro radicalismo en conservador. Este último tiene declarado, en efecto, que su programa es la Constitución; con él fué siempre a las urnas, y el pueblo ratificóle el mandato por creciente aplastadora mayoría. Transformada, así, la Constitución en programa de partido, el radicalismo la aplica a discreción, como es lógico; y aquí comienza el desbarajuste, que aun cuando esté ratificado por el pueblo, deroga el sistema constitucional. Bajo este concepto, el radicalismo tiene razón cuando habla de plebiscito. La situación es, pues, de hecho, y nada cuesta anunciar que progresará en el mismo sentido. Hace ya más de doce años que los comicios la definen y ratifican.

No cabe duda de que esto es un resultado del sufragio universal. Adviértase que no lo aplaudo ni vitupero. Mi comentario es completamente objetivo. Dicho resultado proviene en gran parte, a mi ver, del voto de los menores de edad a quienes la ley lo acuerda desde los dieciocho años; pues la falta de criterio político en esos electores, paréceme evidente por cinco causas, entre otras: 1a. la indisciplina familiar y la precocidad turbulenta de los instintos, que hacen de esa mozada una masa revoltosa, o sea en constante predisposición anárquica. 2a. la desorganización catastrófica de la enseñanza secundaria cuyo objeto político es, precisamente, la formación del ciudadano. Sin contar por cierto los primarios inconclusos y los analfabetos, sobre los cuales no ha podido efectuarse aún la enseñanza empírica pero eficaz de la vida. 3a. el desempeño de una función inconexa con los derechos y responsabilidades que apareja la mayoría alcanzada sólo cuatro años después; con lo cual aquélla resulta una aventura determinada por semejante desorden psicológico, no, como debiera ser, por el raciocinio y los intereses adultos. Tenemos, pues, cinco camadas de electores así, que suman unos trescientos mil individuos. 4a. la imposibilidad material de conocer y apreciar por sus méritos contraídos en el servicio público, a los candidatos propuestos. 5a. la propaganda demagógica, especialmente eficaz sobre menores para quienes la petulancia juvenil, la enseñanza deficiente y la irresponsabilidad ante la vida, hasta en los menesteres de comer y vestir, convierten, repito, la elección en una aventura. Y si se recuerda, todavía, que por su propia juventud, son ellos los mejores elementos de acción y de propaganda, la facultad que les acuerda la ley resultará más peligrosa.

La práctica ya duodecenal del sufragio así extendido, no favorece el progreso constitucional; pues a medida que se votó más, aumenta el desquicio del sistema. Parece, pues, que lo sensato consiste en no multiplicar el uso de un instrumento tan dudoso, por lo

menos, para la organización gubernativa del país. Pero el fanatismo ideológico, tanto como otro cualquiera, caracterízase por el desdén de la evidencia. Adoptado el régimen del sufragio universal, que como toda experiencia humana sale bien en unas partes y mal en otras, lo único que se le ocurre en este caso, es amplificarlo con devoción más cerrada. ¿Fracasa, por ejemplo, en la elección de diputados, produciendo una cámara cada vez peor? Hay que aplicarlo también a la

capacidad que se les atribuye, habrían debido consultarlas siquiera. Pero el absolutismo ideológico no concibe la disidencia. El sufragio universal es para él un dogma cuyos efectos define con términos eclesiásticos... y monárquicos: "ungir", "consagrar". Por último, la mujer de los países anglo-sajones, germanos y escandinavos, donde ahora vota, practicaba ya una libertad personal y social predisponente al ejercicio del sufragio: experiencia de que la nuestra carece, y que tampoco le interesa realizar.

En tales condiciones, su voto sería más antojadizo y desquiciador que el de los adolescentes; fuera de que como toda violencia arbitraria sobre las costumbres, resultaría un elemento de corrupción. No hay más que pensar un instante en lo que llegaría a ser el tráfico del voto femenino...

Pues claro está que igualados los sexos ante la ley, a igualdad de virtudes corresponderá igualdad de vicios. Y de derechos. El de ser electa, ante todo. Diputadas y senadoras designadas por chicas de dieciocho años. Es decir "gubernantas". Saquen ellas mismas la conclusión ante ese eufemismo del servicio doméstico. Curioso efecto de soberanía que viene a engendrar las mucamas de la democracia.

Y está claro. Entre la gente latina, la indole artística predominante determina la condición de la mujer bajo un concepto estético que apareja una noción aristocrática. Es la reina. Posee la soberanía de la belleza y de la ternura, que requieren trono y altar, o sea clausura de lámpara selecta. Y aquí está el secreto de ese dominio que llamamos encanto. Por esto el feminismo no prospera en la libérrima y republicana Francia. La mujer latina comprende por instinto, es decir como artista, que su realeza es superior a la libertad. Prefiere, todavía, ser reina destronada o princesa de su propio ensueño frustráneo, a ciudadana del padrón electoral. Y esto es más y mejor que una verdad. Es un sentimiento. Un sentimiento de elegancia y dignidad cuyo reverso es el ridículo. La mujer nace para reina, es decir para el dominio, y por esto no entenderá nunca la libertad ni la igualdad. No es el derecho lo que le interesa, sino

el homenaje. Y esto es en ella tan natural, que nunca cree deber gratitud por el que recibe. Heroína del amor y de la compasión, las ideas déjanla indiferente: rasgo común a todos los dominadores. Igualarla es, pues, destronarla. Situación que acaso ella misma desee por curiosidad, pero a condición de no perder ningún privilegio.

Ahora bien, este contrasentido formula su incompatibilidad con la democracia. Toda mujer desea, y en ello consiste su superioridad, realizar consigo misma y en sí misma una obra de arte. Sin duda que esto ha de ser espiritual y corporalmente, o sea como síntesis de la gracia, que es también inteligencia y virtud, para que la obra salga perfecta. ¿Y qué tendrá que ver con la gracia el sufragio de los comicios?

He ahí el modo como nuestros conservadores participan en el desorden general. Es la ceguera clásica de la perdición. Pero, más certeras que ellos en su instinto y en su buen gusto, las mujeres argentinas no votarán. No habrá perlas en la gamella de la plebe.



### JESUS

¡SEÑOR! EN ESTE DIA, EN ESTA HORA,  
COMO EL AVE LLEVADA POR EL VIENTO,  
A TI VUELA MI MUSTIO PENSAMIENTO  
CON HONDA SED DE PAZ CONSOLADORA.

HAZME HUMILDE CUAL TU... BRILLE LA AURORA  
EN LA NOCHE TENAZ DEL SUFRIMIENTO  
Y PALPITE EN MIS LABIOS EL ACENTO  
DE FE, PARA EL QUE DUDA Y EL QUE LLORA...

BESARE EL LIRIO DE TU PIE LLAGADO,  
LA HERIDA QUE TE ABRIERON AL COSTADO,  
TU LANCINANTE CINGULO DE ESPINAS.

Y CUANDO RUEDE EN IGNORADA FOSA,  
OIRE TU VOZ LEJANA Y PRODIGIOSA  
DESHOJANDO SUS CLAUSULAS DIVINAS.

LEOPOLDO DIAZ

### ILUSTRACION DE LUIS MACAYA

designación del Senado. ¿Votan mal los hombres? Pues que voten también las mujeres.

Imposible averiguar, entretanto, a virtud de qué experiencia, exigencia o inferencia, creen los conservadores que necesitamos el sufragio femenino. Allá donde como en la Gran Bretaña o en los Estados Unidos existe desde pocos años ha, el sufragio masculino era ya un éxito. Cabía, pues, inferir que el de las mujeres compatriotas, asociadas y parientas de los electores, correspondiera a ese resultado. ¿Por qué aquí, donde el primero es un fracaso, el segundo no va a resultar lo mismo? En aquellos dos países, grandes masas de mujeres reclamaron durante muchos años de propaganda el derecho de elegir, alegando que si pagaban contribuciones, su ingerencia en la administración así costeada, devenía de indiscutible equidad. Las mujeres argentinas nunca han pedido semejante cosa, y la política con faldas les parece — como en efecto lo es — desvergonzada y ridícula. Creo muy probable que llamadas a opinar, rechazarán la compañía de esa meretriz de comité. En homenaje a la misma



El conocimiento del propio país es una vasta y difícil empresa, que no suele lograrse por la sola observación directa de las cosas, aun admitiendo como excepcional

en dilatación y perspicacia la experiencia del comentarista. Cuando algo vivo supera los límites individuales, es necesario acudir a completar la información con el juicio que se obtiene por una visión panorámica, obtenida desde muy lejos. Y esta lejanía puede referirse al tiempo o a la distancia topográfica: es decir, al historiador o al viajero extraño, que a través de unas docenas de años o de unos miles de kilómetros (o de los abismos étnicos, que multiplican la distancia material) perciben en su conjunto lo que el contemporáneo y el compatriota tienen demasiado cerca de los ojos para darse cuenta de su total realidad.

He aquí por qué en estos ensayos sin importancia sobre la biología actual de España me auxiliaré con tanta frecuencia de los textos de historiadores y viajeros. El más reciente y rico en sugerencias es, tal vez, el de Keyserling titulado "Das Spektrum Europas" (recién traducido al español con el título de "Análisis Espectral de un Continente"), en el que uno de los capítulos se dedica completamente a España, y los demás hacen frecuente alusión a ella; como que cada visión de las diferentes naciones europeas no es sino el cotejo con el mismo punto de vista general del autor sobre la evolución de los pueblos; es decir, un solo espejo que los refleja a todos o, si se quiere, un mismo prisma que los descompone en sus elementos espectrales.

Comenzaremos por considerar la cocina española, tema en apariencia peculiar, pero sólo en apariencia. Decía Brillat Savarin que el destino de los pueblos depende de su modo de alimentarse; esto es, que ante una mesa castiza puede inducirse el porvenir de la nación correspondiente; no de otro modo a como nuestras gitanas levantan el horóscopo de un individuo examinando las rayas de su mano. Ningún hombre sensato se atreverá a poner en duda esta sentencia, una de las pocas veraces de aquel gran comedor y mediano fisiólogo, cuya fama literaria es, sin duda, muy superior a sus merecimientos. No se necesitan explicaciones prolijas para comprender al punto la relación que existe entre nuestra tradición y pingüe cocina y nuestra psicología colectiva, impregnada de un estatismo que es a la vez la razón de nuestra lentitud en la marcha por el camino del progreso y la razón de nuestra inmortalidad como valor étnico de fecunda permanencia; del mismo modo que es fácil de entrever el nexo que une el ímpetu juvenil y en ocasiones poco profundo del norteamericano con sus comidas insípidas, vistosas y científicamente equilibradas. Y no se acabarían de citar ejemplos parecidos. Sin embargo, de este asunto no se han ocupado nunca—lo cual no debe extrañarnos—los pensadores, acaso porque, en general, tienen poca experiencia gastronómica. Sería inútil, por ejemplo, buscar más que apuntamientos al tema en las páginas del Conde de Keyserling, filósofo andariego que, probablemente, en cada país que ha recorrido se habrá limitado, como en el nuestro, a comer (a base de café puro) en las mansiones aristocráticas, en las que la cocina ha perdido todo su casticismo.

Si quisiéramos ahora definir la cocina española con palabras breves y justas, diríamos que es la más sensual y la más antihigiénica de todas las conocidas. Cocina española quiere decir gusto profundo, aroma violento. Cocina higiénica, dietética, significa frialdad en las sensaciones, sobriedad, reglamentación.

He aquí, pues, frente a frente las dos palabras irreconciliables: higiene y cocina. El higienista calcula, con sus tablas en la mano, la ración conveniente; fija las calorías necesarias para que la máquina humana dé su rendimiento máximo y no se deteriore con la escoria de combustible excesivo ni tenga, por el contrario, que consumir sus propios tejidos; como esos hogares indigentes en que, agotados los recursos, se queman, hechos astillas, hasta los muebles indispensables.

El cocinero—la cocinera, sobre todo—atiende antes que nada a la satisfacción de los sentidos. No posee otra ciencia que ese empirismo milenario que ha ido depurando, de generación en generación, las combinaciones más sutiles de las especias, el grano preciso de la sal o de la pimienta; el tiempo justo de la cocción; la temperatura del rescoldo que dora el asado o mantiene, a la vez vivo y contenido, el her-



Un bodegón del buen tiempo clásico

vor de la marmita y, en fin, ese tranque de dar "el punto" al alimento, en el que toda ciencia desaparece para dar paso a un arte de los más delicados y subjetivos.

Ahora bien: en todo este resultado de una vasta, secular experimentación, que se concreta en platos deliciosos, no ha intervenido para nada

la consideración de la salud de quien haya de disfrutar tales maravillas. Como el gran general, poseído del genio de la guerra, no repara para lograr una victoria lucida en que queden más o menos hombres sin vida sobre el campo, así el cocinero de conciencia no modificará una sola de sus manipulaciones ante la idea de que su salsa o su condimento puedan contribuir a perforar el estómago de su cliente o a interrumpir su digestión con un ataque de gota. Ningún verdadero maestro en el arte culinario se prestará a hacer regímenes dietéticos; en los grandes hoteles, se encarga de este menester a un principiante o a un técnico especial, con conocimientos medio farmacéuticos, que el jefe de cocina mira con el mismo desdén con que un escultor contemplaría a un fabricante de cacharros.

¿Quién tiene razón: el maestro cocinero o el sabio higienista? Acaso nadie más indicado para juzgar la divergencia que el médico. Porque el médico, contra lo que pudiera suponerse, debe estar situado en una posición intermedia entre los dos. Se piensa corrientemente que higienista y médico son una misma cosa. La diosa Hygiea, que, según aprendimos de estudiosos, representa la Salud y es madre de la ciencia higiénica, es a la vez el símbolo del médico, encargado de velar por la salud de sus conciudadanos. Pero, en la práctica, el higienista es un ser tan distinto del médico como lo es el propio cocinero, aunque sea preciso contar con ellos—con el higienista y con el cocinero—en muchos de nuestros momentos profesionales.

El higienista nos da normas científicas (o de apariencia científica) para conservar la salud. El cocinero nos da normas empíricas, de regalo para los sentidos. Unas y otras son como trajes de almacén, que no siempre concuerdan con las dimensiones del interesado, y que a veces le sientan peor que estar desnudo. Es precisamente el médico el encargado de ajustar a la corpulencia individual las medidas genéricas, cuando

el individuo no es lo bastante observador y perspicaz para ajustárselas por sí solo, porque el hombre inteligente—como tantas veces se ha dicho—debe ser su propio médico y su propio director espiritual. Y aquellos que necesitan de ambas ayudas permanentes—la del cuerpo y la del alma—, y aun hacen ostentación de esta necesidad, sólo demuestran una pobreza de espíritu... compatible con la abundancia de caudales que se requiere para mantener estos lujos.

Lo cierto es que una cocina estrictamente higiénica es, con seguridad, fastidiosa, cuando no repugnante. La higiene atiende, para calcular un régimen,

al peso del individuo, a su temperamento, al índice de su actividad, a su aptitud digestiva, a la estación y a la edad: datos fijos, en suma, cuya importancia reconocemos, desde luego. Pero olvida el dato vago, impreciso, anárquico y personal del apetito, cuya esencia, como la de todos los instintos, está hecha de fluida arbitrariedad. En realidad, de arbitrariedad aparente, porque sus variaciones, que nos parecen desconcertantes, obedecen, sin duda, a estímulos del mundo y del medio interno, perfectamente concretos y sujetos a leyes fijas, pero que escapan a nuestros conocimientos. Y el hombre en ésta, como en todas las ocasiones, disimula su ignorancia calificando de arbitrariedad y de anarquía todo aquello cuyo mecanismo desconoce.

Dice un refrán que "a buen hambre no hay pan duro", y otro que "contigo pan y cebolla". Y la exactitud de estos proverbios no se refiere sólo al gusto con que se apetece los alimentos humildes si se sazonan con un apetito enérgico o con el espíritu bañado en felicidad, sino también a la facilidad con que se digieren y al provecho que reportan al organismo, aun cuando no contengan la proporción de principios inmediatos y el número de calorías que exigen las tablas de los libros de higiene, y que recomiendan gravemente los académicos. Un diabético muy sentimental es probable que empeore en los días de Navidad si por seguir su régimen no prueba siquiera el mazapán o el turrón, ricos en azúcar, es cierto, pero también en trascendencia simbólica. Recuerdo que un domingo de Pascua, después de una comida superabundante en nitrógeno y en alcohol, como cumplía a la fiesta, uno de los comensales, hombre docto y moderno, se lamentaba del

## CUATRO MEDITACIONES SOBRE LA COCINA ESPAÑOLA I EL COCINERO, EL HIGIENISTA Y EL MEDICO

POR  
GREGORIO  
MARAÑON

(Para LA NACION)  
MADRID, septiembre de 1929

### G O Y A

Dos viejos comiendo  
sopas  
(Museo del Prado)



evidente predominio de la carne y del vino en el festín; y otro, también sabio, pero de espíritu fino y antiguo, le respondió: "No tema usted que le haga daño; este desorden lo manda la Pascua, y basta con ello para que no nos sienta mal". El problema está, pues, en sentir la Pascua. La fe es una fuerza tan positiva como la pepsina. Ahora, si no se tiene fe, es mejor atenerse, desde luego, a la tabla de cálculos.

El médico, por lo tanto, debe, luego de profunda comprensión científica, respetar la Pascua y todas las influencias que permiten adaptar, en cada caso, las normas de la ciencia, hechas de líneas regulares, a la personalidad vegetativa de cada ser vivo, hecha de entrantes y salientes infinitos. Nada me parece tan ridículo como el médico que pretende imponer un determinado alimento que el enfermo rechaza contra todas las previsiones teóricas. Son tan raros que se pueden contar con los dedos, los casos en que la conveniencia científica debe substituir a todas las objeciones del instinto. El primer médico español que planteó el problema de cada esfuerzo con un criterio experimental—que no era ni siquiera médico, por cierto, sino un fraile bernardino: el padre Feijó—decía, por ello, con fina perspicacia: "Insisto en que siempre se consulte el apetito del enfermo. Mil experimentos propios me atestiguan la seguridad de esta máxima". Por lo demás, el propio Hipócrates sentenciaba que "la comida o la bebida algo menos buena, pero más agradable, debe ser preferida a la más buena pero menos agradable" (aforismo XXXVIII. Lib. II). "La razón es—comentaba Sedeño, el traductor español del Padre de la medicina—que el estómago abraza con más codicia lo que prefiere, y hace mejor su digestión".

Todo esto sin contar con que esas normas científicas que los higienistas esgrimen están, salvo detalles, muy lejos de ser definitivas. Acaso no hay, por el contrario, sector alguno de las ciencias médicas que esté edificado sobre cimientos más movedizos que la ciencia de la dietética. No pasa año sin que se deroguen por absurdos puntos de vista que hasta entonces se tenían por definitivamente adquiridos. Y el enfermo que de buena fe se alimenta sólo de verduras, por ejemplo, se entera, de súbito, que las verduras le son perjudiciales y que puede encontrar en un hermoso roastbeef, si no la salvación de sus achaques, por lo menos un modesto placer, enteramente compatible con su estado valetudinario. Nada digamos de la famosa historia de las carnes blancas y de las carnes negras, que en el transcurso de una generación se han devuelto, varias veces, como pelota de football, la reputación de ser venenosas, llenando de entrecortados desencontros a la leyenda de los artríticos y reumáticos, cuya fe en la ciencia es, a veces, mucho más firme y duradera que su propia enfermedad.

No pretendo con esto ridiculizar la ciencia médica, a la que sirvo con todo mi tiempo y toda mi adhesión, sino valorar exactamente el origen de nuestros conocimientos y reaccionar contra el fetichismo científico, que nos hace acatar con los ojos cerrados una indicación emanada, quizá, de una serie de experiencias planteadas con un criterio artificioso, y cerrar, en cambio, esos mismos ojos ante las sugerencias de la experiencia empírica y de los medios de racionar individuales, sometidos a leyes que no por ser desconocidas son menos respetables. Recuerdo la impresión que me hizo, siendo estudiante, oír a uno de los grandes maestros de la medicina española contemporánea, al Dr. Madinaveitia, la observación, que después la práctica propia ha corroborado tantas veces, de que ciertos enfermos del estómago, infinitamente sensibles a la menor transgresión de régimen, cuando viajaban y se veían forzados a comer lo que les daban en el vagón-restaurante del tren o en los hoteles de cocina más complicada o fermentada, lejos de empeorar, digerían sin la menor molestia, y éstas reaparecían, al volver al ritmo habitual de la vida, en cuanto en la cocina propia añadían unos granos de sal al condimento. Naturalmente, no es la sal excesiva, sino el ambiente familiar, lleno de enojos, el responsable. Sólo la experiencia nos enseña que en la propia apacibilidad del espíritu está el mejor cocinero y el estímulo más poderoso para la buena nutrición.

Por ello es indudable que una buena cocina, por muy antihigiénica que sea, en el sentido estricto, puede ser más útil a la salud que una cocina llena

(Continúa en la pág. 37)



**CASO** el vino le insufló en las venas un coraje inédito que lo alentaba a desafiar la cólera de los otros. Acaso estaba simplemente borracho. Pero aquel hombre-

cito pequeño e insignificante molestaba a todos. Se mezclaba en las conversaciones ajenas; brindaba por las mujeres de las otras mesas; su júbilo era estentóreo, frecuentado de largas risotadas. Nadie podía escucharlo sin sentirse molesto, como cuando se ha tenido un mal recuerdo en lo más brillante del banquete.

Se había ubicado en una mesa del centro en compañía de tres mujeres ruidosas que reían sus bromas y bebían sin tregua. Su nariz ganchuda era como un péndulo rojo que se balanceaba sobre una multitud de copitas vacías.

—¡A divertirse! ¡Hay que divertirse! ¡Qué diablos, la vida es para divertirse!

Se hallaba ante la alegría como un niño pobre ante un juguete largamente deseado a través del cristal de una vidriera lujosa, y el júbilo lo trastornaba. Quería intimar con todo el mundo; hacía guiños grotescos a los que estaban con las mujeres más lindas; pedía dos o tres bebidas a la vez, sólo por el gusto de ver correr al mozo hacia el mostrador.

De pronto descubrió a un señor calvo recostado sobre el hombro de una mujer rubia, y comenzó a arrojarle bolitas de pan para enojarlo, pero el otro las recibía sin protestar, sonriendo placidamente. Esto pareció enardecerlo.

—¡Eh, compadre...! La pillaste bien, ¿eh...? ¡Miren, miren! ¡Le pegué en la nariz! ¡Le pegué en la nariz...! ¡Gran Dios, y no se enoja! ¡Eh, animal...! ¡Eh, eeeeh!

Y arrojó una carcajada tabernaria, torpe como un juramento.

Quiso enredarse en la alegría de una mesa próxima, sin resultado. Se exaltó.

—¡Se creen que porque estoy mal vestido no tengo derecho a divertirme? ¡Qué quieren? Mi plata vale tanto como la de cualquiera, ¿eh, rubia? Un suponer, yo...

La rubia no lo dejó terminar. —Sentate, viejo. No les llevés el apunte. Tomá... —y le ofreció una copa.

El hombrequito tenía una sonrisa húmeda, pueril, que le borraba hasta el último asomo de cólera.

—Sí; tenés razón. Un suponer; yo... ¡Mirá! ¡Miren! Aquel... el de la mesa del rincón... el gordo... ¡Qué animal! Se está desarmando de puro borracho...

No era posible tolerarlo más. ¿Cómo lo habían dejado entrar? Un silbido cruzó sobre las cabezas curvándose como un lazo. Hacía mucho rato que la alegría había dejado de crepitar sobre las bocas modeladas con "rouge". El aire era pesado.

Un mozo trató de intervenir. Pero el hombrequito creyó ganarse un aplauso arrojándole a la cara el contenido de su copa. Giró todo.

—¡Que lo saquen!

—¡Echenlo a patadas!

Muchos se habían levantado de sus asientos. El mozo corrió hacia la puerta. Pero el hombrequito seguía creyendo en la eficacia de su acto. Miraba a todas partes y sonreía. Sólo cuando los silbidos parecieron anudarse sobre su cráneo de pájaro, comprendió. Miró a sus mujeres.

—¡A reirse, demonios! ¿O es que yo les pago para que se estén como en un velorio? ¡Vamos, hay que reír! Un suponer; yo vengo aquí a divertirme...

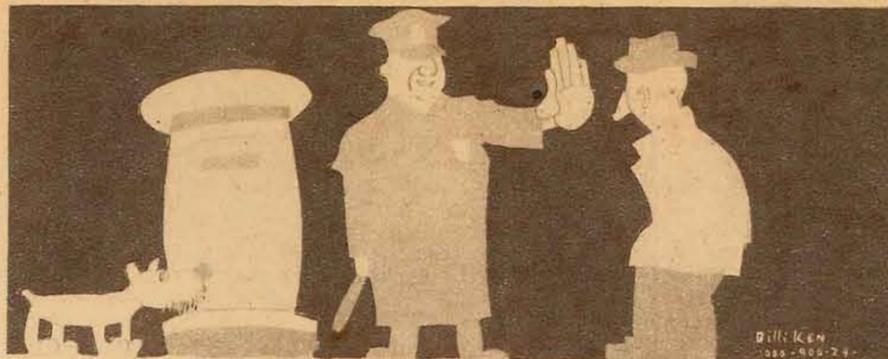
En el fondo del salón apareció un coloso rubio de cejas unidas y mandíbula de piedra; a su lado, el mozo gesticulaba levantando las manos. Un silencio expectante se inmobilizó en el aire... Aquel bruto asía a los clientes molestos por el cuello y los llevaba a empujones y manotazos hasta la calle. Muchos de los que ahora gritaban conocían la dureza de ese éxodo.

Las compañeras del hombrequito lo abandonaron para refugiarse en las mesas cercanas. Este, asombrado, se enderezó en su silla, abriendo la boca... pero vió al coloso, y se curvó de nuevo, achatado, hecho polvo. Parecía que su cuerpo se había fundido como hielo entre las ropas, y sólo quedara ese cogote largo que sostenía una cara blanca de payaso sin gracia.

La angustia parpadeó en los ojos de los parroquianos. Alguien gritó:

—¡Es una pulga; déjelo!

El coloso, que había agrandado el tórax y ahuecado las manos, vió a



# EL RESORTE

## POR J. MIRANDA KLIX

ILUSTRACION DE BILLIKEN

cliente, y un asombro redondo se detuvo en su boca y le llenó los ojos de preguntas. Desinfló el pecho, fué abriendo lentamente las manos, volvió a mirarlo. Una mueca de burla le subió a la cara—"¡es un trapo!"—y se marchó.

¡Qué alivio! Recién ahora comprendían la terrible insignificancia del hombrequito. ¡Pobre diablo...! Alguien lo encontró gracioso. Otros—muchos—le sonreían con tolerancia. Los más joviales lo invitaron a su mesa. ¡Pobre diablo...!

Pero él se había hundido en un silencio compacto. Con los ojos fijos en una lejanía inencontrable, serio, pálido, las manos estradas sobre el mármol de la mesa. Una de sus amigas, la rubia, volvió a su lado e intentó deslizarle algo al oído. Pero él se separó con un gesto pensoso.

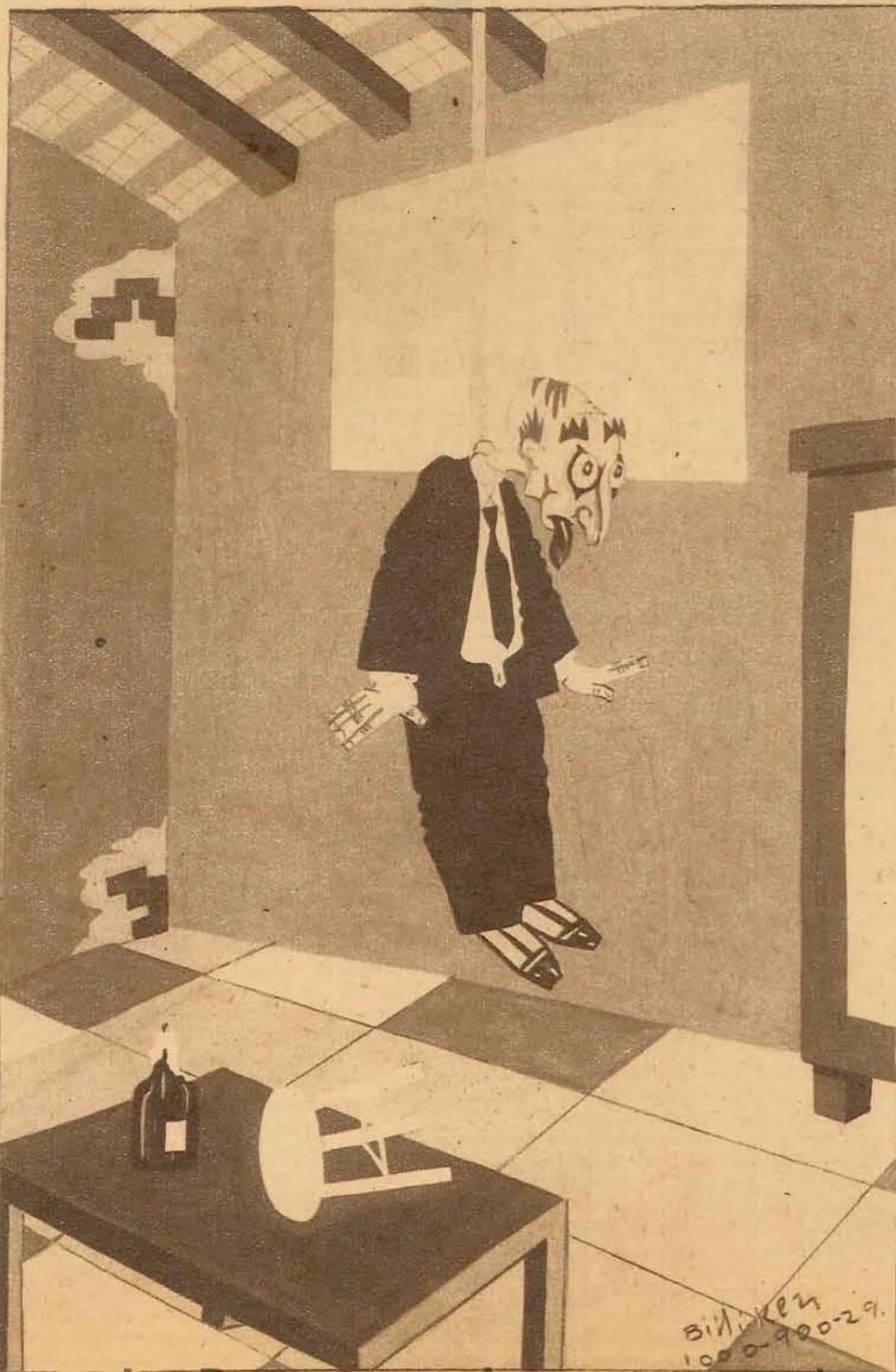
—No; ahora no... Crispó los labios. ¿Qué alegría de vidrio se le había roto adentro, en el fondo del pecho? Todo seguía como antes. En el centro del salón las mujeres bailaban una danza violenta que hacía pensar en las palmeras y en las islas adormiladas del trópico; un mono

no es un papagayo pero es un animal lejano... ¿Por qué la alegría es una fruta difícil si a todos los hombres los corroe la angustia? Ese hombre calvo que juega con la servilleta tiene una risa que lastima.

Quería acurrucarse dentro de sí mismo, pero poco acostumbrado a ese buceo trabajoso, volvía constantemente a la superficie, que se teñía de su propia amargura. Por primera vez comprendió que había demasadas luces. La orquesta tocaba bien, pero de una manera absurda. Esas bailarinas de ritmo descoyuntado cansaban... Y aquella risa. Aquella risa del coloso rubio que aun se dibujaba en el aire, en el fondo de las copas, en cada superficie brillante.

De pronto se enderezó en un impulso brusco, tomó una copa y se dirigió hacia el mozo. Se la rompería en la cara aunque lo hicieran añicos... pero cuando estuvo a su lado cambió, intentó una sonrisa, se inclinó como ante un superior, murmuró:

—Disculpe, che... fué sin querer. Lo lamento... —y se puso encarnado como un colegial. (Tenía los ojos llenos de lágrimas).



El mozo debió decir algo. Vió cómo movía los labios, cómo alargaba la boca en una sonrisa filosa, cómo se perdían sus ojos entre los pliegues de los párpados. Vió todo eso. Pero no entendía nada. Sólo aquella sonrisa que se multiplica en el aire y en los instrumentos de la orquesta. La sonrisa del coloso.

Hubiera querido llorar hasta desvanecerse, pero ¿cómo? Todo era enorme, brillante, monstruoso.

Pidió la cuenta y se marchó. Alguien protestó desde una mesa:

—Le han arruinado la noche. ¡No hay derecho!

Y las palabras le golpearon la cara como un latigazo. ¡Gran Dios! Lástima. Lástima. Lástima.

La calle. Del asfalto salía como un humo lento la niebla de la madrugada. Gris. Sin ruido. En la acera del frente un letrero apagado.

Cruzó un coche de plaza, el último, borroso. El cochero aminó la marcha, pero viéndolo mejor, fustigó al jamego, que se estiró por las ancas y apresuró el trote, levantando el cuello.

¡Dios! ¿Qué hacer? ¿Qué podía hacer? Se sentía cansado. Cada músculo le dolía. Y adentro le dolían los recuerdos. La risa. Esa risa. ¡Dios!

Su vida se fué desenvolviendo en un lienzo interior. Vida de hombre humillado. Torpe. Hecha de días iguales, pintados de miedo. La pieza. La oficina. El escritorio del jefe, ante el que había que sonreír siempre. La charla de los empleados. La mesa de la fonda. La pieza... ¡Dios!

Iba como un ebrio, tambaleándose. En una esquina el agente le sonrió. Entonces tuvo otro impulso brusco como en el salón. Enfiló hacia el agente y trató de embestirlo. Pero el otro lo rechazó con cuidado.

—¡Eh, amigo! Se va a hacer mal.

—Estoy cansado, muy cansado... La calle era un plano inclinado, largo, interminable. Las piernas se enredaban en la niebla, estaban pesadas, parecían de hierro. ¡Qué bueno dejarse caer y esperar! ¿Esperar qué? Nada. Esperar nada. Siempre así, tendido, descansando. Siempre... Lejos de la risa. De aquella risa...

Entró en una casa antigua. Se llegaba a su pieza por una escalera de hierro que se retorció sobre un eje delgado; al final estaba la puerta, hecha de maderas usadas. Cuando se abrió, giró con un crujido largo, y el hombrequito penetró en el cuarto. Era pequeño y estrecho. Al encender la vela sobre una mesa cuadrada que estaba en el centro, la sombra de la cama golpeó la pared de enfrente. Había una ventana cerca del techo.

Todavía con la cerilla apagada entre los dedos, se quedó mirando las sombras móviles de los rincones. Un pensamiento hurafío le había juntado las cejas. Afuera, la noche se apretaba a las paredes del cuarto, agitando a lo lejos, entre las hojas de los árboles, su larga cola de viento. El silencio se manchaba de rumores lejanos. Sonó un pito violento por el lado del puerto.

¿Cómo pudo vivir en ese ataúd de ladrillos, cuyo techo, cruzado por cuatro tirantes como las ventanas de las celdas, pesaba angustiosamente sobre las paredes? Ese piso estaba tan sucio. Era tan viejo. Todo en él tenía olor a pasado.

Se inclinó apenas, como temiendo mancharse, y arrastró el baúl debajo la cama. Durante un buen rato estuvo revolviendo sus trapos; de vez en vez encontraba algún papel amarillento, lo leía con atención y volvía a arrojarlo. Pero de pronto lo cerró, dándole una patada, y regresó junto a la mesa.

El alba apretaba su cara pálida contra el vidrio de la ventana. La luz amarillenta de la vela se llenaba de estrias azuladas. Cantaron los gallos.

Sopló la vela, y rápido, poseído de una súbita prisa, se trepó a la mesa y estiró las manos hacia el techo. Apretaba una cuerda entre los dedos.

\*\*\*

Por la mañana lo encontraron muerto, ahorcado. En el extremo de la soga, que pendía de un tirante del techo, se balanceaba apenas, como una plomada liviana, dibujando una sombra huidiza sobre la tabla de la mesa. Tenía los ojos enormes y la lengua colgante, negra, seca... Un rayo de sol hería su cráneo de pájaro y se derramaba por sus facciones agudizadas.

Se lo llevaron a las cuatro, cuando el sol amarillo hace más claras las piedras de la calle.



CABA de publicarse en España, por la Real Sociedad Geográfica, el diario de viaje de aquel ilustre viajante, al par que zoólogo insigné, que se llamó don Marcos Jiménez de la Espada, de quien bien se puede afirmar que fue uno de los mejores naturalistas y el único americanista verdadero que tuvo en el siglo decimonono la Madre Patria.

El nombre de Jiménez de la Espada, o de Espada a secas, como solíamos llamarle los que tuvimos la dicha de alcanzar a tratarlo personalmente, apenas es conocido más que en el círculo, no muy extenso, de los que estudian seriamente la arqueología y la etnografía sudamericanas, y en el más estrecho todavía de los que se consagran a investigar en la historia natural de las ranas y de los escorpiones; pero allí éstos dos grupos de especialistas, a los que el mismo perteneció en virtud de su doble personalidad científica, tienen siempre en cuenta a Espada como erudito profundo o como paciente hombre de laboratorio, como empeñoso revolovedor de archivos y rebuscador de antiguallas, o como sabio clasificador de batracios, nunca como viajero audaz e incansable, digno de figurar junto a los Spix, los D'Orbigny, los Darwin o los Crevaux. Sin embargo, lo que mayor valor da a la obra científica de Espada es precisamente el tener como base la experiencia de tres años de exploración en este continente, tres años de recorrer sus abruptas costas, de navegar en sus ríos inmensos, de escalar sus cumbres andinas y de abrirse paso entre la maraña de sus selvas tropicales. Sin el Espada viajero, a buen seguro no habría existido jamás el Espada que recopiló las "Relaciones geográficas de Indias" y estudió la embriología del "Rhinoderma Darwini", y en honor a la verdad hay que decir que, como explorador, si no es en la fama, con él haría injusta, en nada fue el sabio español inferior a los antes nombrados.

Vino Marcos Jiménez de la Espada a tierras de América como zoólogo de la "expedición al Pacífico" que el gobierno español organizó en 1862, expedición de historia tan interesante como poco conocida, y tan lamentable como interesante. Todo sudamericano de cultura algo más que mediana sabe lo que fue el viaje de la Beagle y tiene noticia de las correrías científicas de Alcides D'Orbigny, pero pocos serán los que hayan oído hablar, siquiera, de la expedición española al Pacífico en los años de 1862 a 1865; y es que nunca, en la historia de los grandes viajes, se han confabulado tantas circunstancias adversas como entonces para deslucir una empresa de este género. Por de pronto, a nadie se le ocurrió que aquella expedición, proyectada con miras puramente políticas, pudiera tener un carácter científico, hasta tres meses antes de hacerse a la vela la pequeña escuadra destinada a la costa americana del Pacífico. Entonces, a toda prisa, se quiso crear una comisión exploradora, y el Gobierno invitó, para componerla, a los más distinguidos profesores de ciencias que había entonces en España. Pero ocurrió lo que no podía menos de ocurrir: los invitados, que se hallaban muy a gusto en sus cátedras y laboratorios, no quisieron arriesgarse en una aventura que, como todo lo improvisado, ofrecía más probabilidades de fracaso que de éxito, de modo que hubo necesidad de substituirlos a última hora con gente de menos viso, pero más dispuesta a todo, con jóvenes principiantes llenos de entusiasmo y ambiciosos de gloria, y con ayudantes de laboratorio que aun no habían terminado su carrera.

Uno de los últimos fue Espada, ayudante en el Museo de Ciencias Naturales de Madrid. Con él, embarcaron en la fragata Nuestra Señora del Triunfo otros tres naturalistas: Fernando Amor, Francisco de P. Martínez y Juan Isern, a más de un joven médico cubano, el Dr. Manuel Almagro, en calidad de antropólogo, y de un taxidermista y un dibujante. Ninguno de ellos debió parecerle al gobierno español de talla suficiente para ser jefe o presidente de la comisión, y este difícil cargo se confió, atendiendo sin duda al doble aspecto naval y científico de la expedición, a un señor don Patricio María Paz y Membiela, antiguo teniente de navío, retirado a causa de un defecto físico (era sordo como una tapia, sobre todo, al decir de Espada, cuando le convenía), y tocado de la manía de

coleccionar conchillas y caracoles, lo que le daba, a los ojos de los profanos, cierto aire de hombre de ciencia. El tal nombramiento fue un desacierto mayúsculo. Ya desde antes de zarpar la escuadra, el flamante jefe de la expedición científica, marino fracasado y conchillero de pega, era el hazme reír de los naturalistas, singularmente de Espada, y se indisponía a la vez con la oficialidad de los barcos, siendo lo más triste que ésta no tardó en hacer extensivo su disgusto a toda la comisión. Lo mismo durante la travesía que en el recorrido de las costas americanas, tuvieron los naturalistas que soportar toda clase de vejámenes impuestos por el comandante de la fragata, que desahogaba así su enojo contra el Sr. Paz y Membiela. Un día, se les prohibía salir de sus cabinas; otro, no se les permitía desembarcar en un puerto, o se les impedía pescar desde el barco o cazar aves marinas...

Así y todo, la comisión científica española trabajó con éxito en Canarias, en las Azores y, sobre todo, en el Brasil, donde el Emperador, las autoridades y los particulares rivalizaron en colmarla de atenciones y en darle toda clase de facilidades para el mejor cumplimiento de su cometido. Mas al llegar a Montevideo, la tirantez de relaciones entre el jefe de la comisión y los de la escuadra llegó a tal punto, que aquél prefirió pasar al Pacífico por tierra, acompañado de Amor, Isern y Almagro, mientras Espada y el resto de los expedicionarios, mejor avenidos con los marinos, siguieron viaje en los barcos para visitar las Malvinas, la costa de Patagonia y los canales fueguinos.

El que Paz y sus compañeros hicieron desde el Río de la Plata a Chile, a través de las pampas y de la cordillera, merecería artículo aparte. Llegados a Buenos Aires, aquí los recibió el general Mitre, entonces presidente de la República, con la cordialidad y el agasajo naturales en quien sabía anteponer oportunamente sus dotes de estudioso a las de político y militar. Después de una recepción en la Casa de Gobierno, a la que, por cierto, se hizo que asistiese un grupo de caciques araucanos y tehuelches para que el antropólogo Almagro los estudiase de cerca, el general tuvo la gentileza de organizar personalmente el viaje de los españoles. Hizo-se éste en galera y con escolta militar, siguiendo aproximadamente el paralelo 33, o sea por San Luis, Mendoza y Puente del Inca, y como, apurados los viajeros por el deseo de reunirse con sus colegas, las jornadas se hacían a todo lo que daban los caballos y sin distraer mucho tiempo en observaciones científicas, en más de una pulpería del camino preguntaron los curiosos al oficial que mandaba la escolta, si quienes de aquella guisa viajaban eran deportados políticos, o más bien algunos criminales peligrosos reclamados por el Gobierno de Chile.

Reunida de nuevo la comisión en Valparaíso, organizóse una serie de expediciones parciales, marchando algunos de sus miembros a Bolivia para estudiar las ruinas de Tiahuanaco y de Chan-Chan, mientras otros seguían la costa pacífica, llegando hasta la América Central y California, donde uno de ellos, Fernando Amor, sucumbió víctima de unas fiebres que había contraído en el desierto de Atacama. Entretanto, ocurrió lo que todos esperaban desde el día que salieron de España, el rompimiento definitivo entre el señor Paz y los comandantes de la escuadra. Aquél renunció a su cargo y se volvió a Europa, y la comisión de naturalistas recibió orden de regresar también, lo más pronto posible. Eran aquellos los días en que se hablaba de una posible guerra entre el Perú y España; la escuadra que había llevado a los naturalistas se adelantó a los acontecimientos, ocupando las islas Chinchas, y como lógica consecuencia de

esta actitud agresiva, surgió en las repúblicas del Pacífico la animadversión contra todo lo español. Puede juzgarse cuál sería, en tan críticas circunstancias, la situación de Espada y sus compañeros, abandonados en la costa de Chile por sus propios compatriotas, sin jeré, sin fondos y en un ambiente necesariamente hostil. Cualquiera, en su caso, se habría aprestado a acatar la orden recibida, tomando pasaje en el primer buque con rumbo a España, y así, en efecto, lo hizo el dibujante de la expedición, mientras el taxidermista se apartaba de ella para casarse con la hija de un español enriquecido en Chile; pero los otros cuatro se sintieron rebeldes. Dignos hijos de aquella generación de españoles que en 1808 dieron una lección de patriotismo a sus propios reyes, en vez de obedecer, enviaron a Madrid una enérgica nota pidiendo autorización y plata para completar su empresa y para un viaje a lo largo del Amazonas, desde los Andes hasta Pará. Ellos habían venido a

América para estudiar su naturaleza y reunir colecciones que enriqueciesen los museos de su patria, y no estaban dispuestos a verse así no más, sin dar feliz término a su misión, sólo por que al Gobierno se le antojase.

Y mientras llegaba la respuesta, ya aquellos cuatro valientes, sin esperar la licencia oficial y a sus propias expensas, pasaban al Ecuador y se lanzaban a explorar las selvas y las montañas de aquella casi inexplorada república.

Fue entonces cuando en Jiménez de la Espada se reveló el viajero heroico, cuando convivió con las tribus más salvajes, cuando a pie y descalzo cruzó los bosques más impenetrables, cuando a nado o con el agua al pecho salvó los ríos más impetuosos, cuando atrevidamente trepó a las cumbres del Chimborazo, del Cotopaxi y del Pichincha. En el cráter de este último volcán anduvo perdido tres días, sin encontrar salida y sin más alimento que un cuarto de pollo, y cuando, al fin, lo encontraron medio muerto los baqueanos que fueron en su busca, llevaba consigo muestras de minerales y notas de gran interés, que él mismo esperaba hallarían con su cadáver, y que había tomado para que su muerte fuese de algún provecho para la ciencia.

Este solo episodio basta para pintar al personaje, que a partir de aquel momento, y durante todo el viaje Amazonas abajo, fué el alma de la expedición, y que más tarde, al hallarse de nuevo en España, fué el único de los viajeros que acertó a crearse una reputación científica, perfectamente legítima, a base de lo mucho visto y aprendido en sus andanzas por el Nuevo Mundo. De los demás, Amor dejó sus huesos en California; Isern, agotado también por las penalidades, dejó de existir a las pocas semanas de volver a su patria; Almagro se fué a Cuba para seguir ejerciendo la medicina, y Martínez se convirtió en un vulgar catédrico sin mayor relieve. En cuanto al famoso ex presidente de la comisión, el marino retirado Paz y Membiela, nunca pasó de ser un viejo sordo que juntaba conchillas y caracoles. Solamente Espada supo pasar de la categoría de explorador arrojado a la de hombre de ciencia, en la más elevada acepción de la frase, perfeccionando y completando en museos y archivos los conocimientos adquiridos sobre el terreno, y conquistándose el aplauso del mundo sabio con sus curiosos descubrimientos zoológicos y sus investigaciones en el campo, entonces casi virgen, de la historia y la arqueología americanas.

Desgraciadamente, a la expedición al Pacífico siguió en España una época poco propicia para los cultivadores de la ciencia. La gente sólo pensaba en pronunciamientos y revoluciones, y el viaje científico y quienes lo realizaron fueron pronto dados al olvido, mientras las valiosas colecciones obtenidas eran

arrinconadas en los museos, donde algunas de ellas siguen todavía hoy sin estudiar. En aquel ambiente, en que nada se conseguía sin el apoyo político, Espada, hombre de carácter independiente y enemigo de mendigar favores, fué una víctima de la indiferencia general. Ciertamente es que se le concedieron honores y condecoraciones, pero nadie pensó en premiar sus méritos ayudándole a salir de la vida modestísima que su mezquino sueldo del Museo de Ciencias le imponía; antes al contrario, llegó un momento en que el Gobierno tuvo la avilantez de suprimirle la ridícula pensión vitalicia (¡tres mil pesetas al año!) asignada a los naturalistas que habían venido a América. Elegido académico por la Real Academia de la Historia, no pudo llegar a ocupar tan honroso puesto porque sus medios de fortuna no le alcanzaban para hacerse el traje de etiqueta obsequioso para el acto de la recepción, ni para costear la impresión del discurso de entrada.

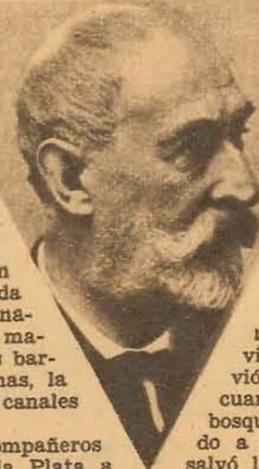
Y era lo más admirable en la vida del sabio que, en vez de quejarse de sus infortunios, supo soportar con una filosofía especial, rebosante de humorismo, que a cada paso se traslucen la mayoría de sus escritos. A este "sense of humour", que hubo de servirle de lenitivo en los más difíciles trances, haciéndole ver siempre el lado grotesco de las cosas, unía una extraordinaria modestia que le llevaba a no dar importancia ni a sus hazañas de explorador, ni a la tragedia económica de los últimos años de su vida. En el diario que ahora se ha publicado, apenas dedica algunas líneas a su peligrosa aventura del Pichincha, refiriéndola con tanta sencillez como si el perderse en el cráter de un volcán andino fuese la cosa más natural del mundo, mientras se extiende en minuciosos pormenores acerca de la indumentaria y costumbres de los indios, o se detiene en los detalles chistosos, como cuando habla del hotel en que se alojó en Quito, donde encontró avisos por este estilo: "Se prohíbe la entrada de los hijos de familia a los billares", "Pasadas las seis de la tarde, se prohíbe la entrada de mujeres, a no ser las que sean honradas, a juicio del patrón". Después de relatar las dificultades y peripecias de su viaje a través de la selva ecuatoriana, donde más de una vez arriesgó la vida, no añade más que este comentario: "Es opinión común que el viaje al Napo blanquea y quita los callos. Alguna ventaja había de tener..."

El gracejo característico del gran americanista aparece más claramente aun en sus cartas, alguna de las cuales ha sido intercalada en el diario. Sus comentarios sobre el viaje de Paz y Membiela, a quien llama "el naturalista conchillero", a través de las pampas, mientras a él, encargado de estudiar los animales terrestres, se le hacía proseguir la expedición por mar, son sencillamente deliciosos. De su modestia, da idea un incidente, a primera vista pueril; en la pirámide de Oyambará, en el Ecuador, encuentra grabados los nombres de varios viajeros, que hasta allí habían llegado, y se apresura a añadir los de sus compañeros, pero omite el suyo, por parecerle que "no ha de pasar a la posteridad".

Fue por efecto de esa misma modestia por lo que Espada no llegó a publicar su diario, o medió para ello algún acuerdo previo entre él y sus compañeros de viaje? Tres de ellos, por lo menos, Isern, Martínez y Amor, llevaron también los suyos, que quedaron igualmente inéditos, de modo que las peripecias de la expedición al Pacífico habrían permanecido ignoradas a no ocurrírsele sacarlas a luz a otro naturalista español, el P. Agustín Jesús Barreiro, erudito sacerdote que alterna el estudio de los corales y las medusas con la búsqueda de documentos relativos a la historia de las ciencias, y que, hace tres años, publicó un relato completo de aquel viaje, basándose en los tales diarios y en otros papeles no menos curiosos, buscados y reunidos con paciencia más propia de la orden benedictina que de la agustina, a que él pertenece. Y pareceme de justicia mencionar este nombre, porque ha sido también el P. Barreiro quien ha confiado a la Sociedad Geográfica de Madrid, para su publicación, el diario de explorador de Marcos Jiménez de la Espada, que a más del valor científico de su contenido, tiene el interés de haber sido escrito en tierras americanas por uno que con tanto amor se ocupó de las cosas de América.

## LA ODISEA DE UN AMERICANISTA EN AMERICA

JIMENEZ DE LA ESPADA Y LA EXPEDICION AL PACIFICO



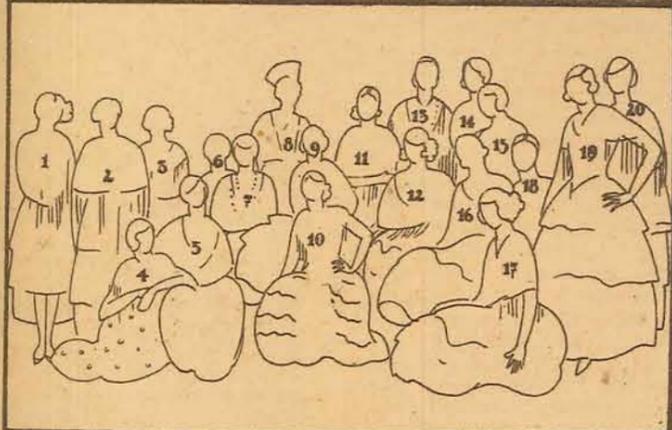
EL DOCTOR MARCOS JIMENEZ DE LA ESPADA

POR

ANGEL CABRERA

Y durante todo el viaje Amazonas abajo, fué el alma de la expedición, y que más tarde, al hallarse de nuevo en España, fué el único de los viajeros que acertó a crearse una reputación científica, perfectamente legítima, a base de lo mucho visto y aprendido en sus andanzas por el Nuevo Mundo. De los demás, Amor dejó sus huesos en California; Isern, agotado también por las penalidades, dejó de existir a las pocas semanas de volver a su patria; Almagro se fué a Cuba para seguir ejerciendo la medicina, y Martínez se convirtió en un vulgar catédrico sin mayor relieve. En cuanto al famoso ex presidente de la comisión, el marino retirado Paz y Membiela, nunca pasó de ser un viejo sordo que juntaba conchillas y caracoles. Solamente Espada supo pasar de la categoría de explorador arrojado a la de hombre de ciencia, en la más elevada acepción de la frase, perfeccionando y completando en museos y archivos los conocimientos adquiridos sobre el terreno, y conquistándose el aplauso del mundo sabio con sus curiosos descubrimientos zoológicos y sus investigaciones en el campo, entonces casi virgen, de la historia y la arqueología americanas.

Silvia Social



Este cuadro no figuraba en el programa del festival, en uno de cuyos intervalos fué tomado la fotografía. Pero, de todos modos, bien merece ser contemplado. He aquí los nombres de las niñas que lo integran en el orden señalado en el pequeño gráfico complementario: 1. Rosario Grondona Sáenz Valiente.—2. Clara Uriburu Roca.—3. Magdalena Sánchez Eñia.—4. Josefina Vivot Cabral.—5. Ana Alvear Ortiz Basualdo.—6. Magdalena Iburguren.—7. Leonor Vivot Cabral.—8. Magdalena Uribelarrea Peña.—9. Josefina Quirno Lavalle.—10. Susana Vivot Casal.—11. Isabel de Alvear Moreno.—12. Teodolina de Alvear.—13. Mariana Grondona Sáenz Valiente.—14. Felisa Alvear Ortiz Basualdo.—15. Hortensia Quirno.—16. Ester Güemes Bengolea.—17. Mercedes de Alvear.—18. María Carlota Gowland.—19. María de Alvear Moreno.—20. María Eugenia Iburguren



Al mismo tiempo que las señoritas Silvia (a la izquierda) y María Inés Casares llegaban al Pilar, entraban también los señores Ignacio (a la izquierda) y Ricardo Pirovano, para oír la misa de las doce



La guitarra no es una simple nota decorativa en manos de la señorita Inés de Lezica, cuya maestría como ejecutante exaltan todos los juicios

## NOTAS DE UN "RAID" POR

DE MACARÁ  
Por AIME F.

Primero, el camino, huella o como quiera llamarse, nos llevó por un llano. Luego íbamos en continuo zigzag cuesta arriba, encajonados en una quebrada. A mitad del camino fué refrescando el ambiente. Después penetramos en una neblina espesa y se veía solamente a pocos metros de distancia. Cuanto más subimos, más liviano se hizo el aire, hasta que, finalmente, salimos de la niebla. La atmósfera era diáfana como cristal y un sol radiante nos llenó de alegría. No era éste el sol pesado, deprimente, de tierra caliente, sino aquel claro, glorioso y fortificante de las montañas.

Al cabo de muchas paradas cortas para tomar resuello, llegamos a la cima de la montaña y gozamos de un panorama bellissimo. Era como si estuviésemos en una isla en medio de un mar inmenso, blanco como la nieve. Acá y acullá pelotones enormes de niebla venían subiendo por las laderas de nuestra montaña, o suavemente, como plata transparente, alguna porción de neblina, semeando penachos de fantásticos guerreros, iban sobresaliendo de la masa grande para disolverse lentamente en el azul del cielo. Lejos, a distancias increíbles, se divisaban otros islotes: picachos como el que ocupábamos. Hacía frío, pero sudábamos copiosamente a causa del esfuerzo realizado. El cambio repentino de tierra caliente a tierra fría es peligroso y conviene moverse.

Los días que siguieron seguimos una huella que nos llevó por pasos altos y a valles hondos. Pernoctamos en varios rancheros y pueblos chicos. Las regiones elevadas son húmedas y frías y las sierras cubiertas de gentes selvas donde reinan gigantescos árboles, envueltos en musgo, líquen de color grisáceo, y por los cuales trepan grandes enredaderas que parecen serpientes mitológicas. Abajo, a la sombra y reparo de los gigantes, hay una vegetación exuberante y tupida que no es posible atravesarla, salvo siguiendo por los senderos formados de antiguo, donde el viajero, a fuerza de machete consigue defenderse de la siempre renovada invasión de la vegetación.

Se cuentan muchas historias de tigres y bandoleros, que hacen inseguro el paso por los valles.

Cierto día tomamos un camino equivocado, que se perdió entre las sierras. Tuvimos que regresar. A la tarde, mucho antes de anochecer, cuando luchábamos paso a paso cuesta abajo en un cañadón, oscureció de repente y comenzó a llover torrencialmente. Al rato la huella se había transformado en una caratata atronadora, imposibilitando todo movimiento. La noche vino y ya no vimos nada. El ruido de los truenos se multiplicaba al infinito, en las rocas peladas, iluminadas salvajemente por los relámpagos. Estábamos entrapados. Encontré un lugarcito donde la corriente de las aguas era menos intensa y ahí quedamos, recostados contra un paredón de roca y tierra que chorreaba agua.

No se cuánto tiempo estuvimos así cuando sentí un ruido extraño, como de un animal, y recordé súbitamente lo que me habían contado de tigres. También los caballos debían haberse asustado, pues distinguí claramente que se movían y bufaban. La obscuridad era tan completa que no podía ver absolutamente nada, pero yo estaba decidido a vender cara la vida y esperé con el revólver calibre 45, en la diestra temblorosa. De Ranchos en pronto hubo otro los altos del ruido y hasta me Ecuador

pareció que sentía el olor de una piel mojada. Nuevo ruido, esta vez detrás mío, y después recibí un golpe en las piernas—pero no de un tigre—sino simplemente de un montón de tierra que se había desprendido de la roca, y lo que yo había tomado por olor de tigre, no fué más que el olor de tierra recién desmoronada.

Quedamos en el mismo lugar hasta el amanecer. Entonces ya había amainado el vendaval. Estaba mojado hasta los huesos y me parece que el único lugar seco en leguas a la redonda, era el interior del reloj. Los pobres caballos se hallaban cerca, la cabeza gacha, profundamente dormidos. Habían quedado ensillados toda la noche y el recado, las maletas y todo su contenido chorreaban agua.

Entre dos pueblitos el agua había destruido la huella en cierto lugar y se decía que un hombre con su mula habían perecido, al tratar de salvar el obstáculo. Como esto significaba que teníamos que dar un rodeo, con pérdida de dos o tres largas jornadas, y siendo que yo tenía mis buenas dudas acerca de la veracidad de la información, decidí seguir derecho adelante, para ver y saber.

Al cabo de varias horas de marcha llegamos al punto indicado. Efectivamente, un pedazo de roca se había desprendido, dejando una abertura de unos tres metros. Tratar de saltar de un lado a otro, hubiera sido demasiado arriesgado, así que decidí al punto reanudar nuestro pesado camino y dar después el rodeo inevitable.

Dejando a Mancha por un momento, volví para ajustarle la carga a Gato. Me encontraba casualmente hacia el "viejo", lo vi caminar en dirección al boquete y antes de que tuviese tiempo para retenerlo, el bárbaro lo tomó de un salto limpio. Mi alegría ante la prueba se trocó de pronto en consternación. Ahí estaba yo de un lado con el carguero, y Mancha del otro, tan orondo como si nada hubiera pasado, como si acabara de saltar un arroyo en la pampa en vez de un boquete donde, si hubiese caído o resbalado, habríase despeñado varios cientos de metros. Es bien sabido que un salto de tres metros no significa gran cosa para un caballo, pero en este caso había que considerar lo desperejo del terreno, amén del factor "nervios".

No había tiempo para pensar mucho. Rápidamente até a Gato a una piedra y salté el boquete en busca de Mancha para hacer lo mismo con él, antes de que se le ocurriese continuar en su marcha peligrosa.

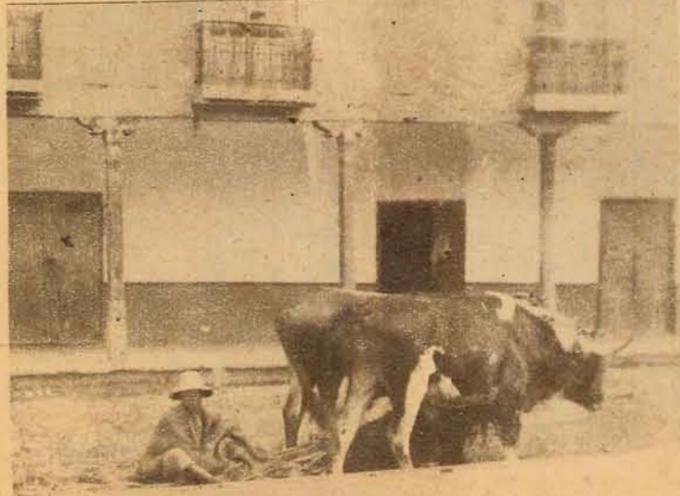
Vino la cuestión de decidir qué sería mejor: volver a uno o hacer seguir al otro. Después de un detenido examen del terreno opté por la segunda alternativa. Desensillé a Gato, lo solté y dejé que enderezara hacia el boquete. Salvó el obstáculo como si fuera una chiva. Luego comencé a pasar la carga con ayuda del lazo. Fué



Calle de un pueblo al norte del Perú



Tronco de un ceibo



respetable. Gato, de naturaleza más resignada, quedó quieto, clavado en el suelo, como un tronco.

Al rayar el alba del día siguiente partimos, siguiendo el curso de un riacho, en dirección a los Andes. Llegamos a una hacienda, al pie mismo de la primera cordillera. El calor era sofocante y pesada la atmósfera. Dormí en el corredor de la casa, único lugar donde corría un poco de aire y había probablemente menos insectos.

De ahí subimos por una cuesta fea. Hay lugares donde no es posible cabalgar y uno debe sentirse feliz si los animales pasan sin accidentes. Gente que nunca ha viajado por caminos tan horribles, cree verdaderamente que la descripción verdadera de semejante paisaje es obra de imaginación.

Para salvar los caballos y ganar tiempo, dividí la carga en dos. A Mancha lo hice marchar adelante, tomándolo de la cola. Gato seguía suelto atrás. Puse a Mancha en primer término porque era fácil guiarlo, según le tiraba de uno u otro lado de la cola, lo que su compañero jamás aprendió. Yendo muy cuesta abajo, yo marchaba adelante y los caballos me seguían como perros. Así se va más ligero, más seguro y los caballos están menos expuestos a lastimarse del lomo, cosa fatal en ciertas latitudes. Todo esto lo aprendí de los arrieros, gente que sabe y entiende la vida en las montañas, como norteamericano del norte del Perú.

# LAS DOS AMERICAS

## A LOJA TSCHEFFELY

una tarea larga, penosa y complicada, que me obligó a salvar una y otra vez el obstáculo, pero finalmente terminé con esta especie de problema de ingeniería serraña y proseguimos nuestro camino con un susto más, pasado, una nueva lección aprendida sin quererlo y con muchas léguas de camino ahorrado, ¡gracias a ti, Mancha viejo y peludo, cachafaz sin igual!

Ibamos por sierras y lomas, alternando con lindos valles.

Bajando lentamente por una cuesta, inesperadamente los caballos y yo fuimos sorprendidos por la aparición de un hombre gigantón. Era tan corpulento y macizo como alto, de tez cobriza, facciones enérgicas y una larga cabellera renegrida caía en rulos sobre sus hombros. Los pantalones cortos, que no le llegaban del todo hasta la rodilla, dejaban al descubierto dos piernas de un desarrollo muscular extraordinario. Todo esto, unido a su nariz aguileña y un par de ojos negros y brillantes, le daban el aspecto de un ser más bien imaginario que real. Lentamente se nos aproximó y, notando que llevaba un machete en la mano derecha, pensé que algo habría de suceder.

Empero, el hombre sonrió, mostrando dos hileras de dientes perfectos, y saludó en un castellano bastante correcto, preguntando en qué dirección marchábamos, denotando en todas sus actitudes ser una persona muy amable, pese a su mirada y aspecto de pocos amigos. Según era mi costumbre invariable, le indiqué el nombre del pueblo más cercano como término de nuestro viaje, y a su vez, el extraño personaje de fiero semblante, contó que traía el correo del interior del país. En efecto, a poco andar, apareció su mula pastando detrás de unos arbustos. Seguimos viaje juntos hasta que se bifurcó el camino de nuestro reciente amigo.

Más tarde supe que se trataba de un indio runa y tuve ocasión de conocer a muchos otros, pero jamás volví a ver a uno de talla tan gigantesca.

Los runas son de preferencia agricultores, y muchos se emplean como albañiles, limpiadores de calles, etc. Los jibaros, o jiberos, viven más en el interior del país y son de un tipo muy diferente. Se les conoce también bajo el nombre de "cazadores de cabezas", pero, en general, las historias espeluznantes de su sed de sangre y crueldad que les atribuyen, son más bien el producto de la imaginación fecunda de viajeros y escritores, que no la resultante de un conocimiento real de la verdad. Ciertamente, los jibaros son gente mucho más primitiva y de aspecto más fiero que los runas, pacíficos e industriosos, sobre todo cuando se pintan la cara o se cortan las narices y mejillas a modo de decoración, o cuando llevan palitos de madera insertados en las orejas o en el labio inferior, cosa que las mujeres hacen de preferencia.

Es corriente verlos llegar de sus lejanos valles a ciudades y pueblos trayendo papagayos raros, monos, hierbas medicinales, para canjearlos por pólvora, cuchillos, rifles y otros artículos. Visten taparrabos o pantalones cortos. Algunos se atan el cabello por medio de una gruesa vincha de cuero, y los he visto llevar una especie de collares hechos de plumas multicolores o de alas de insectos en tonos azul, verde y violeta. Por lo general vienen armados de largas lanzas de madera, para defenderse de los animales salvajes.

Frecuentemente los jibaros traen cabezas reducidas, que se compran y venden, a pesar de una ley que prohíbe este tráfico. Tienen un procedimiento curioso para reducir la cabeza de sus enemigos muertos, sin desfigurarlas en lo más mínimo las facciones naturales. He visto cabezas reducidas a la medida del puño de un hombre, y tuve una de una muchacha tan hermosa que parecía como si estuviese durmiendo. Cansado de llevar carga tan macabra, la regalé finalmente a un amigo ocasional, cosa que lamento hoy de veras haber hecho.

Para que los caballos tuviesen algún descanso, paramos varios días en un pueblito. Me alojé en un ranchito que daba sobre la única calle del lugar, y siempre venían niños a curiosarse por la puerta. Un indiecito, miserable y hambriento, estaba ahí de la mañana a la noche. Le daba las sobras de la comida, y cuando iba al corral, me seguía como un perro. Su pelo era largo, la vestimenta deshecha y no tenía más que un poncho viejo y roto para guarecerse del frío durante la noche. Siempre lo encontré listo para prestar cualquier servicio y nada le gustaba más que ayudarme a cuidar los caballos.

Cuando pregunté al alcalde acerca del chico, supe que era un pobre huérfano, sin parientes conocidos, que vivía de la caridad del pueblo. Me recomendó que lo llevara de mozo, como llaman en estos pagos a los que cuidan de las mulas, y así lo hice después de alguna reflexión. Le compré una camisa, un pantalón y un poncho, hice cortarle el pelo, y con el alcalde fabricamos unos documentos de identidad, fijándole un día de nacimiento conveniente y apellido. Decía tener 16 años, aunque no los aparentaba. Por el momento no le compré botines por temor a que se lastimara los pies, ya que nunca había llevado tal prenda.

Partimos, y los tres primeros días lo hice seguir de a pie, apurando la marcha, para ver cuánta era su buena voluntad y resistencia. Al llegar a Loja, primera ciudad en territorio del Ecuador, estaba tan contento de Víctor—que tal se llamaba el chico—que resolví llevarlo de veras. Me venía muy bien una ayuda, pues varias veces había sido robado mientras dejaba carga y recado en un lugar para ir en busca de forraje, agua y comida. Le compré un caballito chusco, recado y aperos y, como vestimenta adicional un saco y—para gloria del chico—un par de botines.

Nunca olvidaré el orgullo de Víctor cuando, para estrenar sus nuevas prendas, se paseó por la calle principal. Para cualquier observador casual era evidente que el chico nunca había llevado calzado, pues caminaba como sobre hielo, y aun cuando a la mañana siguiente sus pies estaban lastimados, insistió en llevar el calzado, por ser esto más "gente".

Loja no tiene comunicación por ferrocarril y todas las mercaderías son llevadas allá a lomo de mulas y burros, siendo imposible el empleo de carros y carruajes por los caminos de herradura que en ac-

Preparando el café



cientado viboreo entre sierras y valladares conducen a la ciudad. Aquellas cargas, que son demasiado pesadas e incómodas para ser transportadas por medio de animales cargueros, las llevan cuadrillas de indios.

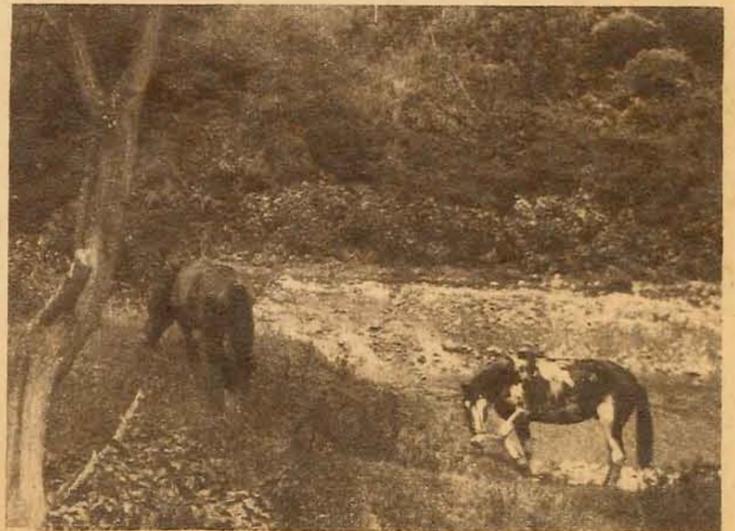
Así he visto transportar pianos y pesadas piezas de maquinaria por grupos de hasta treinta hombres. Construyen al efecto un andamiaje de palos y sogas, encima del cual va la carga. Paso a paso avanzan, renegando, sudando y blasfemando. Se turnan, marchando casi todo el día sin parar. Otros indios van preparando la comida durante la marcha y el alojamiento para la noche. Estas extrañas caravanas humanas siempre me han parecido hormigas llevando una pesada carga muerta a su casa. Por tal trabajo, duro como pocos, los indios reciben en paga el equivalente de diez centavos argentinos por día, más la comida.

El camino entre Loja y Cuenca es muy frecuentado, lo que empeora aún más sus condiciones de suyo desfavorables. El paso de miles de animales de carga ha llegado a formar verdaderos escalones en lugares donde la roca es blanda, y donde el piso es de tierra, aquello parece una trinchera llena de barro espeso, pegajoso y mal oliente, en el cual los pobres animales se hunden hasta la panza. Estos escalones, o camellones, como los llaman, distan alrededor de treinta centímetros uno de otro. Descanso a que es el paso orillas del río natural de mu- Maracá

En las selvas del sur del Ecuador



Un indio en los altos del Ecuador



# DANCING

**IP** OLVO de naftalina de luz llueve sobre el cuadrado del baile. (Bajo la pista esmerilada hay un turbio resplandor de acuarium borronado de estelas. Los peces de la luz-rojo, blanco y verde—están haciendo piruetas bajo la pista de vidrio).

Junto a los hombros desnudos vuelan mariposas de polvo, perdidas entre las nubecitas de las miradas de los hombres). En la madrugada las mariposas se habrán muerto sobre las solapas oscuras, y las nubecitas serán nubecitas de sueño en los ojos de las mujeres retocados de sombra). Sobre las mesas las flores se aburren quieta y erguidamente, metidas en el agua lavada de los floreros.

En un rincón un violinista ha empuñado el arco del violín con un limpio ademán elegante, como si se lo hubiera sacado de una manga de smoking. Las primeras virutas ruedan por el arco y quedan después colgando de la muñeca del violinista.

Los camareros se mueven apresuradamente entre las mesas con ese paso fino y deslizado que es fineza y secretao sigilo de los camareros de los grandes hoteles. (Después nos enseñarán el menú como si nos ofrecieran un dibujo, con su respetuosa solicitud callada. Nosotros nos ajustaremos nuestro monóculo de especialistas, y les diremos exquisitamente unos cuantos nombres lindos y complicados. Y ellos se irán, sonriéndose agradecidamente, con su paso furtivo, como llevándose una fina confianza nuestra... Hasta que por fin los camareros vuelven, con su paso deslizado y su sonrisa, como trayéndonos en las palmas un recién nacido).

Los músicos comienzan a acomodarse en sus asientos—alguno prueba antes la resistencia de una silla—, y con la primera atropellada de la música hay un ancho agitarse temeroso de los telones de la luz. (Los burletes de la música tapan todas las rendijas de las puertas). De vez en cuando la bocina de un automóvil se entra desde la calle, y la trompa le responde entonces con su enorme bostezo de bronce.

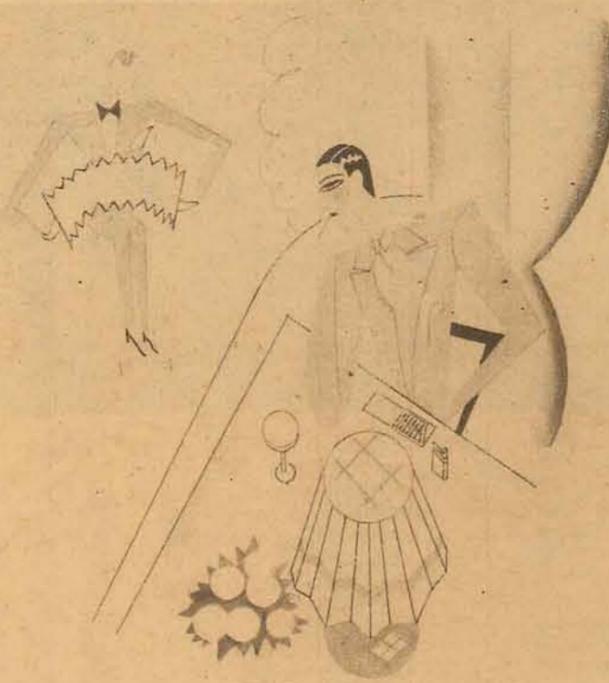
Después la orquesta ataca decididamente un fox-trot, y es como si tirara volantes de propaganda sobre el aturdimiento loco de la concurrencia.

Veinte parejas trotan sobre los vidrios del piso, tijereteando la luz. Los saxofones alargan su guarangueria estridente sembrando la pista de buscapíes. Cada nota es un petardo bajo las suelas, y en la sala hay un pique trotador y chueco como de bolitas cascadas.

Las parejas bracean en aquella alegría latigüeada de fox-trot, gambeteándose de cabeza a las serpentina cortadoras de la música. (Bajo los vidrios los peces de la luz persiguen desordenadamente el paso de los bailarines. Rojo, blanco y verde; la zarabanda de los pe-



Por IGNACIO B. ANZOATEGUI  
ILUSTRACIONES DE ENRIQUE RIVERON



ces pone un poco más de locura en la locura del fox-trot).

Hasta que la orquesta se amansa y las parejas se deshacen resignadamente, como si el abrazo apretador del baile fuera no más que un trenzado de agua, blando y descorazonado.

Una mujer tose, y es como si jugara al sapo atropelladamente con su tos. (Hay que terminar de una vez con la tos literaria de Margarita Gautier).

Tango. Las notas del piano chapotean con los pies descalzos en los charcos del bandoneón. Un violín estira su des-perezo agudo, que es como un largo grito de gallina bajo la luz de la sala.

La orquesta toda está ensayando quebradas resbalosas para el baile malevo, mientras las piernas de los hombres se acalambren de ganas de tango. Las mujeres ahondan como nunca la severidad de sus ojeras, y en los ojos matones callados como una firme y definitiva puñalada, baja—hay

oscuras invitaciones al baile con prepotencias de reto.

Sobre la pista, una pareja estira el Sandow de un tango.

Las espaldas de los bailarines se doblan bajo los golpes de cachiporra del ritmo, derrumbadas de malevaje, y las piernas forcejean como si cada paso fuera el último esfuerzo hacia el colchón de la muerte.

El bandoneón desenfunda su quejumbre gangosa, con el compadraje prócer que se le metió en el alma; y va arrugándose después,

(Bajo los vidrios, los peces de la luz rondan desganaadamente los pasos de sombra de los bailarines).

Hasta que con las últimas notas los hombres sueltan el brazo levantado, como para ecrar el freno de mano del tango.

(Y en la mañana siguiente las sillas del "dancing" rezonarán todavía al despertar de su sueño quejumbroso de música).

Madrugadas de Buenos Aires iluminadas de lila. Calles recién amanecidas, donde los baldazos de ruido de los carritos lecheros van poniendo campanillas de zozobra en el paso flojo de los trasnochadores.

Amaneceres de Buenos Aires, con un pedazo de cielo todo listado de luz. (El último farol es una llaga en el alba).

Las sombras se acuestan como perros en los umbrales de las casas, mientras los tranvías pasan aceitando la calle. Una frenada lisa en una esquina, y un automóvil que cruza descansadamente, mirando a los dos lados,

como si fuera el inspector de la madrugada.

Desde las azoteas los gallos tiran por sobre la pared su canto con trayectoria de pedrada. (Los gallos desvelados se comieron en la noche todo el maíz de las estrellas). Un camión pasa triturando sobre el pavimento la música de los gallos apedreadores.

Hora desangrada, casi desesperanzada de vida. (Algún día Dios le colgará desde el cielo un cartelón fantástico: "Se alquila").

Amaneceres de Buenos Aires, de vuelta de las trasnochadas. Hora brava del ponchazo tumbador al doblar una esquina. Hora de los párpados tirantes con picotones de sueño...

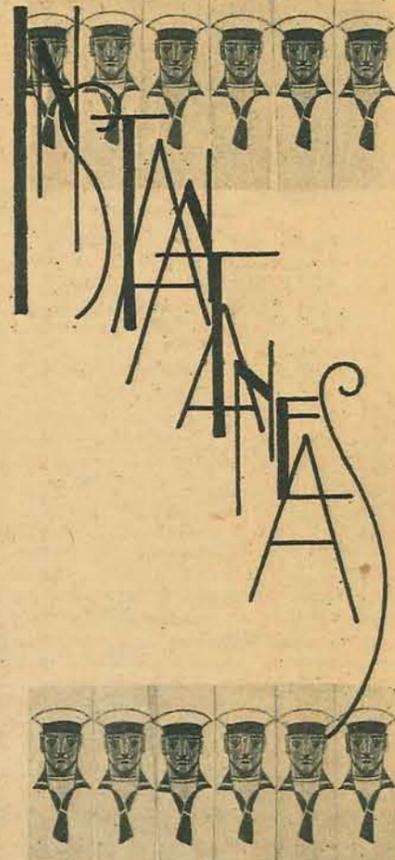


poco a poco, entre las rodillas tembladoras, con su llanto de chico.

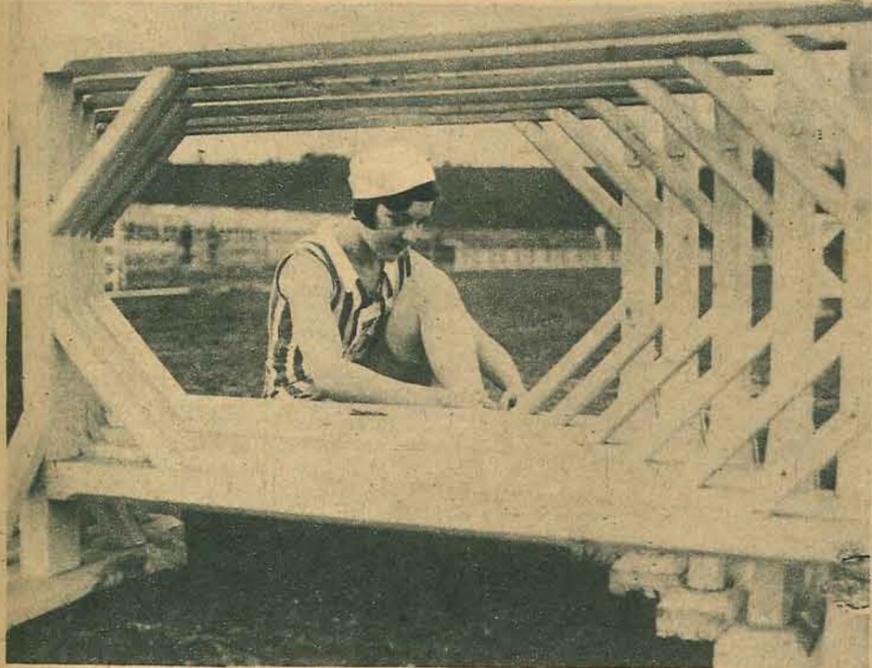
Toda la pista está cruzada de cuerdas de goma para las atropelladas elásticas del tango. Las parejas se afirman, apretándose fuerte, contra el pechazo enorme de la música; y la ola del tango las arrastra después en una desbandada de piernas flojas y gambeteadoras.

En el abrazo fiero de los hombres las mujeres se resisten como para ajustar el abrazo. Un impulso ascensional de aguas profundas se levantan hasta el abrazo del tango, y se queda balanceando luego en el musculoso oleaje largo de aquella música brava.





El momento emocionante en que los tambores inician con su redoble la marcha de las tropas fué sorprendido por la instantánea. Con vivacidad y energía, indican al público y a las tropas que ha llegado el momento de echar sobre el hombro y emprender el regreso a los cuarteles



En el campo sportivo, tan familiar a sus excelentes performances atléticas, Nita Acosta se apronta para intervenir en una de las pruebas donde, una vez más, dará buena cuenta de su magnífico dina mismo y de su habilidad indiscutibles

Los oficiales del ejército ya no saludan como antes, cuando lo hacen con la espada. Hasta hace poco, extendían el brazo en la forma que indica el grabado



Ahora, en cambio, bajan el arma hacia el costado, con el filo hacia atrás y de manera que la punta llegue a unos cinco centímetros del suelo



Mucho más difícil que leer un tango en el pentagrama, le resulta al popular músico Julio de Caro, leer en el hipódromo, ese otro pentagrama, más fácil de descifrar en apariencia, pero mucho más complicado y enigmático, porque tiene más bemoles y más contratiempos

Los diversos trabajos de la ribera permiten apreciar frecuentemente cuadros interesantes, llenos de animación, derivada de la propia tarea y del ambiente en que se realiza. Esta labor, efectuada en otro lugar, es una de las tantas en que el hombre debe emplear sus energías para ganarse el pan diario. Pero allí, en la proximidad del agua, entre el bosque de palos y de aparejos, aparece embellecida por el sitio y realizada por la hora



# LA ESCUELA DE "TOPAZE"

**AD** ESPUES de ver ese fotográfico y chispeante cuadro arrancado a una escuela de provincia, que es el primer acto de "Topaze", con sus ingenuidades, sus facetas rídiculas, el tedio de sus jornadas todas iguales y el raquitismo de su sapiencia con vuelo de perdiz, más de una persona me ha dicho, refiriéndose al autor que, con mano maestra, ha pintado el ambiente:

¡Parece que lo hubiera vivido!

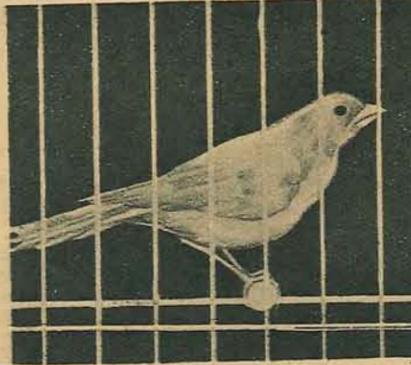
Y lo que aquí nadie sabe, y lo que tal vez le resulte curioso al saberlo, es que realmente lo ha vivido, y palpado, y soportado durante años, con su monotonía de gota de agua. Marcel Pagnol ha sido maestro de escuela, con algunas clases particulares de idiomas en Marsella, exactamente lo mismo que Topaze en una imaginaria ciudad de provincia. Siempre ocurre con los escritores que se revelan de pronto y jóvenes que nada se sabe de su vida hasta varios años después que su fama los ha lanzado al mundo en alas del éxito, y que mientras sus obras van subiendo a todos los escenarios, su persona queda, todavía, varios años en discreta penumbra. Sucede así con Pagnol, de quien nadie, con quien he hablado, tiene la menor referencia personal, a excepción de un amigo que, casualmente lo conoció en París y trabó con él una amistad efusiva. Por él sé que Pagnol es un marsellés de poco más de treinta años, pintoresco y desaliñado, que en invierno deja asomar, bajo los puños, las mangas de una camiseta de lana, fuma en pipa tabaco fuerte de marinero, opina sobre todo tema que se trate en forma sincera y rotunda, ha estado diez años sepultado espiritualmente en una escuela de Marsella, entendiéndolo, a través del pizarrón anodino y de los cuadernos de prolijidad exasperante, la luz nocturna de París que sólo esperaba vagamente le llegara por una obra de teatro, y ahora, autor feliz, con tres piezas de gran éxito, esfumada la escuela en los días grises del pasado, instalado en la ciudad de sus sueños, paseando una querida, que es una actriz de cartel, como se supone que después del desenlace de la pieza Topaze pasará a la que acaba de conquistar, con las mangas de la camiseta de lana ya más contenidas, las bocanadas de humo de la pipa substituidas por las volutas de un cigarrillo egipcio, rico, célebre, y casi mundano, cepillado en la ciudad que todo lo pule, feliz de sentirse poderoso, como su personaje.

◆ ◆ ◆

Y es que la escuela que aparece en "Topaze" encierra, independientemente de su intervención necesaria en la trama y de su admirable exactitud de pintura como reproducción penetrante y regocijada de un medio, sugerencias sobre su función social y sobre la orientación de su enseñanza que forman sedimento para meditarlo a distancia de su estreno, como uno de sus aspectos más sabrosos y más certeramente vistos. El autor que ha vivido encerrado en ella ha ido viendo, en el desaliento al final de una jornada de lucha incesante ante el problema de aritmética, y la corrección del dictado y la lección de moral con máximas de loro, la aridez de todo aquel esfuerzo, en definitiva, para que un niño se ponga a sonar una caja de música, mientras el maestro consagrado explica, y una madre venga a insultarlo porque su hijo no es el primero de su clase; y, en las noches solas y frías de célibe, ha meditado sobre la inconsistencia de su enseñanza y el candor de sus sentencias. En la parte más visible del escenario, o sea de la escuela, el autor ha colocado un gran cartel, que dice, como el artículo primero de una declaración de principios: "El dinero no da la felicidad". Durante todo el transcurso de la lección que el humilde maestro da a sus incrédulos discípulos, trata temas y afirma verdades como ésta: "El hombre que se ha enriquecido sin ser honrado, no tendrá nunca amigos". Y los niños se rien en sus respuestas de la prosopopeya de las máximas, y Pagnol, que lo ha sufrido en carne propia, se sonríe, en el tono, de la ingenuidad del bien intencionado maestro, que cree que con dos letreros y tres peroratas, va a reformar el mundo y hacer de sus discípulos unos santos laicos, que pierden la santidad en cuanto llegan a la esquina y se ponen a apedrear al pri-

mer transeúnte cuya vestimenta no les parece lo bastante discreta.

Y aunque pueda mirarse como disolvente y hasta inmoral, la postura en que Pagnol se coloca, tal vez examinándola un poco a fondo y con cierta dosis de criterio práctico, vaya resultando hasta razonable. Yo, muchas veces he estado a punto de preguntar: ¿Por qué en el colegio me han enseñado todo lo contrario de lo que después he ido encontrando en el mundo? Como a los discípulos de Pagnol, me han enseñado siempre que la riqueza no da la felicidad; en la clase donde pasé los años de mi infancia, a los que, contrariamente a la aspiración común no deseaba volver, no se leía el mismo letrero de Pagnol, pero en cambio se ostentaba este otro, dictado por un muy parecido espíritu: "La fortuna vuela; la ciencia queda"; y la maestra nos repetía, como desayuno de los lunes, miércoles y viernes, esta frase contundente: "La pobreza dignifica al hombre". Pasando del dinero, que no es lo único, claro está, a otros axiomas de la enseñanza escolar, recuerdo que también, como a los discípulos de Pagnol, nuestra maestra tenía por la verdad el mismo culto que le hizo perder el puesto a Topaze, y que nos inculcaba a diario,



## EL CANARIO

El canario fué inventado dentro de una jaula; no pudo haber nacido en otra parte. A todo lo más que se aventura es a una ducha de sol, donde se le ve pintándose las plumas con el aire de su luz. Carece de espacio y es, por lo mismo, delicado y sensible como un latido. Tiene su tristeza porque sabe que existe la mariposa. La libertad le queda demasiado grande y no tiene punto de estación para su vuelo.

La única atmósfera, en sus aires de latidos, sería la jaula de una sala en penumbra altamente aristocrática. Allí estaría capacitado para estampar su imagen en los cortinados de terciopelo, en las flores de mica coloreadas con el alba y los crepúsculos de las piscinas, y en los paisajes japoneses de los biombos; en fin, en cualquier Egipto de un almohadón, o sobre la Turquia de una alfombra de Esmirna. De vuelo a vuelo cambiaría su línea decorativa y estaría en continuo y lento movimiento para distraer el ocio sentimental y aristocrático de las princesitas de moaré, esas que duermen en los sofás arropadas de lujo y de gracia, y que son las verdaderas protagonistas en los cuentos de hadas. Después de estos preliminares de ambiente, el canario dispondría de sus lugares predilectos: tendría la pecera donde beber el prisma del crepúsculo, entonar sus gorjeos de colores y dibujar la sinfonía de un vitral imaginativo; allí encontraría los cristales de penumbra donde proyectar las imágenes del cielo. Después de todo esto, el canario entraría a dormir en su mágica alcoba, en el piano de cola, donde su dueña, por la noche, le despertaría el nocturno de Chopin para echarlo a volar por los jardines en penumbra. Al otro día el canario volvería matizado de nuevas melodías.

Nada más se le puede pedir al canario. Acostumbrado como está, a su burgués preciosismo, su muerte tendrá una caída lenta de aeroplano sobre un trozo de negro terciopelo. Y quedará así, volando; haciendo lo que no pudo realizar en su vida.

J. SOLER DARAS

ILUSTRACION DE JUAN CARLOS HUERGO

con frases de este tenor: "La verdad debe decirse aun contra uno mismo"; "Mentir perjudica hasta cuando se cree que conviene"; "Diga siempre la verdad y no tema", que culminaban, al llegar al periodo álgido de su oratoria, con ésta, por la que sentía especial predilección: "La verdad no quema la lengua". Y yo no sé en realidad si la quemaba; supongo que no, porque no la he sentido quemada todas las veces que la he dicho; pero lo cierto es que, por observar con demasiado entusiasmo la enseñanza de mi maestra, he tenido los mayores disgustos y los mayores tropiezos todas las veces que, conviniéndome o no, me he lanzado a decirla, y en cambio he notado el felicísimo efecto logrado en las pocas oportunidades en que me he decidido a disfracarla. También, y como corolario de la educación ciudadana que el niño debe recibir para nuestras democracias, o repetir hasta el cansancio: "Todos hemos nacido iguales; todos somos iguales". Pero, aparte de que al poco tiempo de haber salido del colegio me encontré a un condiscípulo manejando el automóvil de su familia y a otro vendiendo pescado, ya, antes de salir, empezaba a tener mis dudas sobre la igualdad, cuando veía que a los niños que traían los zapatos deslustrados o el guardapolvo con manchas de tinta los dejaban sin recreo, y en los que llegaban con su traje impecable y un ramo de flores en la mano pasaba co-

mo una travesura graciosa cuando le volteaban la canasta al bizcochero. Y, después de todo vuelvo a preguntarme: ¿No sería más sensato, o por lo menos más en armonía con el orden, si no ideal, si natural de las cosas, empezar a mostrarle al niño el mundo, tal como lo va a encontrar, para que sepa a qué atenerse y no empiece a caminar como un sonámbulo, experimentando una sorpresa tras otra y una desilusión a diario? Sin ir demasiado a los extremos, sin substituir el canto a la bandera por un canto al oro, inculcándole los principios indispensables a una moral práctica, no deformarles tanto la realidad, sino amoldarlos a ella para que, desde chicos, acostumbren su vista a penetrarla. Sin entonar al dinero una loa, encararlo como la palanca que los va hacer luchar en cuanto se lancen al mundo y la que, en definitiva y quieras que no, les va a dar satisfacciones, aliciente y hasta posición, y si no es todo, es una buena parte en la lucha y en el éxito. Enseñarles a procurárselo por medios más lícitos que los de Topaze, naturalmente, tal vez sea un programa más beneficioso que enseñarles a despreciarlo, y mejor que la frase de la escuela de Pagnol estaría la de Benavente: "El dinero no da

no es precisamente un curso de moral. El hombre se presta primero sin saberlo y después descubriéndolo, a las negociaciones más tortuosas, a las formas más deshonestas de comerciar con el Estado, comprando influencias y obteniendo, por medios ilícitos, concesiones pingües, a todos esos manejos que algunas veces llevan a la fortuna y otras a la cárcel, y termina por quedarse con la productiva agencia aprovechando de que está a su nombre y quitándosele al que lo tomó como ingenio instrumento. Pero además de aquello, de la simpática aunque no muy austera máxima de que "el que roba a un ladrón..." y lo demás que ya se sabe, nada permite creer que Pagnol lo erija en afirmación absoluta, ni pregone seguir los mismos procedimientos a pesar del buen éxito obtenido. Como autor, mira al mundo, comprueba que así se triunfa muchas veces en la vida, y esto es una verdad que, aunque un poco corrosiva, no puede dejar de verse con la elocuencia de los hechos, en la que el autor suele creer bastante más que en la de las palabras.

Si no es pesimista, su final deja, si cierta amargura. Verdad es que su desenlace triunfante y dorado muestra que en definitiva se llega y se escala la montaña aunque sea con el cuerpo hecho jirones, como la heroína de otra obra de teatro; y Topaze, y hasta el antiguo compañero que se deslumbra a la vista de su situación, muestran una felicidad naciente, bien que después de haber puesto sordina a su conciencia. Pero, ¡ay!, tiene que dejar cierta amargura el abandono de todos los principios y el contraste, presentado con tanta habilidad, entre el primero y el último acto. Topaze, honestísimo, integérrimo maestro de escuela, con principios, con esfuerzo, con consagración, con ideales, tenía reducido su horizonte a los niños que lo tomaban en chacota, a las madres que se indignaban y lo apostrofaban, al director que, ya más hábil, lo vejaba por impolítico, a suspirar por una maestra que, por añadidura, se reía de él, a su comida frugal, a su cama de niño, a sus noches, largas y solas, corrigiendo afanosamente deberes; Topaze, "caballero de industria", dueño de un escritorio remunerador, cómodamente sentado en sus sillones de marroquí, tratando, de igual a igual con ministros, adulado por los mismos que despreciaban su insignificancia, la grata ayuda de las dactilógrafas en lugar de la lucha incesante con los alumnos, teniendo a sus pies la mujer cotizada y rumbosa con la que había tanto tiempo soñado porque ya puede cubrirla de pieles. Interiormente, la bancarrota de todos los sentimientos y hasta de todas las ilusiones puras. Pero en su aspecto exterior, en su habilidosa y tentadora presentación, una realidad dorada y envolvente.

Pero si puede ser un poco amargo, y más tal vez corrosivo, lo que de ninguna manera es Pagnol es un predicador de inmoralidad, como no es, ni aspira a ser tampoco, un moralista. Como se le ha acusado de lo primero, se le ha atribuido también la buena intención de lo segundo. Hay quien considera su obra, por contraste, como una prédica moral, según el tan utilizado procedimiento de presentar los defectos sociales en toda su intensidad para que, con ello, resulten fustigados con mayor fuerza. Hay quien sostiene que trata de erigir en sistema de conducta, el acomodaticio y desprejuiciado de Topaze. En realidad, tan lejos está Pagnol de lo uno como de lo otro. No puede escribir con intención de moralista el que se complace hasta en los más pequeños detalles, la estela de perfume que deja flotando en la atmósfera la mujer al irse, el confort amigo del escritorio poco honesto, la satisfacción de codearse con los poderosos, que presenta con tanta complacencia que ya excluye toda intención de fustigar. Y no puede proponerse tampoco una prédica inmoral, el que no se pone en ningún momento en actitud de predicar. Pagnol se coloca más allá del bien y del mal, entidades abstractas que no entran en sus cálculos, ni menos todavía en sus sentimientos. Su postura se explica fácilmente. Volvamos por un momento al principio y miremos la obra reflejada en el hombre. El pobre maestro de provincias que llega un día a París y queda prendido a la luz rutilante de sus bulevares. La vida es bella; las mujeres caras; el lujo hay que tener para pagarlo. Lo demás, no existe.

OCTAVIO  
RAMIREZ



USPIRAMOS por documentos cervantinos, nuevos y más circunstanciados. Nos sobran para Lope de Vega—desbordante, indiscreto, a veces impúdico—y nos faltan para Cervantes, cultivador de la más prudente mesura. Ya lo observaba D. Manuel José Quintana, al historiar a nuestros ilustres varones: "Ni una carta a un amigo o a una dama, ni una ocurrencia que se le escapase en cualquier lance imprevisto, ni su modo de tratar habitualmente con su familia, con sus amigos, con sus compañeros de letras o los superiores en dignidad: rasgos, en fin, que nos le pintasen al vivo".

Lo que sabemos de él es ya historia, sufrió ya esa quema previa que convierte el hecho vulgar o menudo en suceso y anécdota. La personalidad concreta de Cervantes es pura literatura. Cuando se visitan los escasos palacios reales que actualmente continúan siendo habitados por sus dueños, os enseñan todo, menos los aposentos destinados a aquellos menesteres que esas personas comparten con los usuales humanos. Así acontece con Cervantes. El dato y el documento se detienen al llegar a su intimidad. E incluso algún rasgo suelto y pequeño, como el adquirir tela para vestirse, nos es revelado por un documento notarial. Esto nos obliga a observar ante él ciertas actitudes de protocolo.

UNAS FRASES

Los demás — los contemporáneos o sus personajes — se han encargado de condensar en expresiones sucintas los momentos más decisivos en la vida de nuestro primer artista. El maestro Juan López de Hoyos, ante todo: "Miguel de Cervantes, nuestro caro y amado discípulo" (1568, 21 años). Este maestro era el director del Estudio de la villa de Madrid. Hacia falta toda la frivolidad de un Fitzmaurice Kelly para imaginar que López de Hoyos fuese un maestro de escuela, y que Cervantes frecuentaba a los 21 años un colegio de primeras letras. Con tal bobería suelen tratarse nuestras cosas, todo ello muy merecido por no haber habido en los tiempos modernos un hispano que repitiera el esfuerzo que en 1819 realizó aquel excelente D. Martín Fernández de Navarrete. En ese caso poseeríamos hoy una biografía cervantina con el suficiente orden y el necesario aparato documental (tengo que decir, sin embargo, que le faltó poco para ser plenamente satisfactoria a la vida de Cervantes escrita por el lamentado Miguel S. Oliver, un español de Barcelona, que echo muy de menos en estos tiempos).

El Estudio de López de Hoyos era un centro de carácter universitario, en el sentido que eran universitarios los colegios de Alcalá o Salamanca, aunque con menos elementos; allí se cultivaban las humanidades. Cuando murió la reina Isabel de Valois, Cervantes compuso una elegía en nombre de todo el Estudio; y basta leerla para percibir en seguida que su autor llevaba algún tiempo usando de la metáfora poética:

*Alma bella, del cielo merecida,  
mira cual queda el miserable suelo  
sin la luz de tu vista esclarecida:  
Verás que en árbol verde no hace vuelo  
el ave más alegre, antes ofrece  
en su amoroso canto triste duelo.*

Y en cuanto al maestro, nadie se ha dado cuenta de que era un espíritu cuidado, afecto a la lectura de Erasmo. He aquí algo escrito por él: "Entre todos los dichos de los filósofos recopilados por Erasmo Roterodamo, en un libro que llamó "Antibarbarorum"

(que quiere decir libro contra bárbaros), hallo yo que reprende a los que tienen el gobierno de la República, dos cosas: la primera, los que consienten malos vinos, porque éstos corrompen y dañan los cuerpos humanos, y con sus adobos engendran piedra y dolor de ijada y otras muchas indisposiciones, de adonde se viene a destruir la salud de la República, y a acortarse la vida de los hombres. El segundo yerro es de los que consienten en sus repúblicas malos preceptores, porque éstos destruyen y corrompen las buenas costumbres de los ánimos tiernos de sus discípulos".

Este libro erasmiano, del que tan

quien en su día manifestará que "cuando se reconoció el armada del turco, en la dicha batalla naval, el dicho Miguel de Cervantes estaba malo con calentura, y el dicho su capitán y este testigo e otros muchos amigos suyos le dijeron", "que pues estaba enfermo y con calentura, que se estoviese quedo, abajo en la cámara de la galera"; y Miguel de Cervantes respondió, "que qué dirían de él, e que no hacía lo que debía, e que más quería morir peleando por Dios e por su rey, que no meterse so cubierta, e que su salud". "E así vió este testigo que peleó como valiente soldado con los turcos en la dicha batalla, en el lugar del esquite, como su ca-

ALGUNAS FRASES CERVANTINAS POR AMERICO CASTRO

(Para LA NACION)

MADRID, septiembre de 1923.



La batalla de Lepanto, según un dibujo del siglo XVI

(Biblioteca Nacional de Madrid)

pedagógicas doctrinas sacaba nuestro humanista, ¿qué cosa era? Sencillamente una fuerte diatriba contra quienes reputaban inmoral o rechazable el estudio de las letras greco-latinas; Erasmo los llama bárbaros, y escribe contra ellos cosas que en periódico destinado a todos, no tendrían completa cabida: "Estos hipócritas dicen ser herejía saber griego y hablar como habló Cicerón. Nada hay más odioso ni más pestilente ni más contrario a las musas que estos tales, disfrazados con máscara de religión... ¿Se consulta acaso a un camello en materia de baile o a un asno tratándose de canto?" Pues tampoco, añade Erasmo, debe confiarse la educación de los jóvenes a los "minoritas, jacobitas o carmelitas".

Nadie lee hoy este libro, que nunca fué traducido del latín, y se halla además en viejas y poco accesibles ediciones. Nos proponemos estudiarlo, ya que el hecho de su cita por el maestro de Cervantes confirma nuestra arraigada idea de que el gran escritor sufrió en su pensar moral y religioso la influencia del humanista de Rotterdam. Cuando escribíamos sobre ello no habíamos encontrado aún este interesante dato. La cita que hace López de Hoyos (por cierto nada literal), ¿no es verdad que descubre refrenado buen humor y algún atisbo de ironía? Es lástima que sepamos tan poco sobre aquél para quien Cervantes fué "caro y amado discípulo".

Han pasado tres años. Estamos en Lepanto el 7 de octubre de 1571. Miguel tiene justamente 24 años. Próximo a él se halla un soldado navarro, de Tudela, llamado Mateo de Santisteban,

pitán lo mandó y le dió orden con otros soldados; y acabada la batalla, como el señor don Juan de Austria supo y entendió cuán bien lo había hecho y peleado el dicho M. de Cervantes, le acrescentó, y le dió cuatro ducados más de su paga; y este testigo lo sabe por vista de ojos". Y nosotros tenemos de ello indirecta noticia, por las dignas palabras de la segunda parte del "Quijote", en respuesta a las toscas injurias de Avellaneda:

"Lo que no he podido dejar de sentir, es que me note de viejo y de manco, como si mi manquedad hubiera nacido en alguna taberna, sino en la más alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros". Y en seguida, nos recuerda, "que el soldado más bien parece muerto en la batalla, que libre en la fuga". Es el mismo tono que percibimos en aquellas otras frases suyas, proferidas en Lepanto, y que nos transmite el alférez Castañeda: "en todas las ocasiones que hasta hoy día se han ofrecido de guerra a S. M., y se me ha mandado, he servido muy bien como buen soldado, y así agora no haré menos, aunque esté enfermo e con calentura".

Vamos luego a trasladarnos a Argel, en aquellos años atroces de la cautividad de Cervantes. Hallarse cautivo entre musulmanes fanáticos, entonces y ahora, es algo sumamente desagradable. Con razón exclamó el desdichado novelista al ver que le apresaban: "bien se me podrá creer si digo que sentí en el alma mi cautiverio". Quien desee conocer lo que era vivir en aquellos parajes, repase la "Topografía de Argel", por el P. Haedo, Valladolid, 1612, hoy accesible, merced a la re-

impresión de la Sociedad de Bibliófilos Españoles. Cervantes tuvo que habérselas con el llamado rey Hazán, un renegado veneciano, mozo de 30 años, que había obtenido el gobierno trianual de Argel corrompiendo a los pachás de Constantinopla: un esclavón, un griego, un bosnio y un húngaro. El turco necesitaba de gentes resentidas, el detrito de todos los pueblos, para su empresa insensata, cuya única razón de existir era la falta de una policía en aquel mar interno. La visión neta de tan gran absurdo fué uno de los hechos más influyentes en la sensibilidad y en el pensar moral de Cervantes. Su plan era que Felipe II abandonara Flandes y en cambio aniquilara Argel, para afirmar así la vida de civilización en el ámbito del mar latino. España no lo escuchó.

Varias veces intentó Miguel escapar a la estúpida miseria de la cautividad. No le importaba saber que Hazán "era tan cruel que por sólo huirse un cristiano, e porque alguno le encubriese o favoreciese en la huida, mandaba ahorcar un hombre, o por lo menos cortarle las orejas o las narices". Uno de sus más audaces proyectos de fuga llegó a ser descubierto por la vileza de un delator, el ex fraile dominico Blanco de Paz. El ambiente turco-moro — el detrito de una civilización malograda—atraía todas las podredumbres. Y en ese medio es donde Cervantes da las notas máximas de su entereza humana. El contraste es bello, pero el héroe tal vez quedó herido para siempre. Ante la vida no habrá ya posibilidad de entusiasmarse mucho.

Yo no creo que sea la decadencia española quien haya herido a Cervantes de melancolía. El problema es, a la vez, más concreto en lo que atañe a los hechos mismos de la vida cervantina; y más amplio, atendiendo a que las formas artísticas de esa melancolía rebasan el área de lo español, y se proyectan sobre la zona más

extensa de la Contrarreforma europea. A Argel debemos algunos de los más sublimados momentos en la vida del buen hidalgo de Alcalá de Henares. Cuando sus cómplices temen que la tortura pueda arrancarle confesiones nocivas para ellos, Miguel se yergue como esos héroes de la desdicha, tan gustados por el arte de la Contrarreforma (el San Mauricio del Greco), y contesta a quien le proponía una escapada vergonzante: "que estoviese cierto que ningunos tormentos ni la mesma muerte sería bastante para que él condenase a ninguno, sino a él mismo". Y aconteció que al llegar a presencia del rey Hazán, "mandándole por más atemorizarle, poner un cordel a la garganta y atar las manos atrás, como le querían ahorcar, nunca quiso nombrar ni condenar a alguno, diciendo siempre al Rey, como mucha constancia, que él fuera el autor, y otros cuatro caballeros que se habían ido en libertad". Constancia, estoicismo, los temas gratos al pensar contemporáneo. Ahí alimentará luego Calderón la idea del *Príncipe Constante*, héroe perfecto de la Contrarreforma, que habitó a los latinos a esa idea del dominio de sí mismo, de la interior disciplina. (Los *Ejercicios* de San Ignacio son anteriores a toda sospecha de decadencia política en la Nación). Y será Sancho quien formulará ese supremo pensamiento al final de la perenne tragicomedia: "Recibe también a tu hijo don Quijote, que si viene vencido de los brazos ajenos, viene vencedor de sí mismo; que, según él me ha dicho, es el mejor vencimiento que desearse puede".

Merced a esa previa elaboración que la materia vital de Cervantes ha experimentado en los documentos, es posible ir estableciendo conexiones entre la

(Continúa en la pág. 31)

# FIGURAS DEL URUGUAY

## Dr. JOSE MARIA MUÑOZ

POR  
CARLOS  
MARIA  
GURMENDEZ



IENTRAS almorzaba el Dr. Muñoz, un día ya muy lejano de los actuales, rodeaban la mesa sus hijos Carmen,

José María y Francisco, acompañados por un amigo familiar y querido de la casa: Alfredo Duhau. Tal vez faltaba al cuadro íntimo una figura femenina, que habitualmente se encontraba en ese hogar; figura de singular seducción, que en aquel momento menospreciaba el mundo, pronta a replegarse en las severidades del convento, y que, a no mediar esta circunstancia, hubiera seguramente contribuido a acentuar la indole del episodio, siendo como son tan vecinos, no obstante sus opuestas derivaciones, misticismo y romanticismo, formas finalmente diversas de un mismo estado de ansiedad espiritual.

Leía los diarios el Dr. Muñoz, cuando surgió un tema inoportuno, apenas tolerado por el tono de ingenuo recogimiento con que se le encaraba: cuál sería la manera preferible de morir. Como era de suponer—porque este episodio ocurría hace más de cuarenta años—fueron desfilando los motivos y las posturas para la hora final que mejor realizaban la aspiración de la época.

Se reproducían los personajes de novela que contaban con más prestigio, y se llegaba así a una identificación progresiva con los héroes de aquella. Nadie se atrevía a requerirle opinión al Dr. Muñoz, cuando Duhau, a pedido de uno de los hijos de aquél, le dijo: "¿Y a usted, don José María?". Abandonando de pronto la lectura de los diarios, en la que parecía haberse refugiado para no escuchar la penumbrosa disertación, expresó resuelta y decisivamente: "Pues a mí, pronto y con limpieza".

La recia respuesta, terminando con la inconsistencia de inútiles decisiones que iban desde la desaparición melancólica a la tragedia súbita, restableció de un golpe el sentido de la realidad, olvidado por el silencio tolerante con que el anciano dejó iniciar la ineficaz divagación.

■ ■ ■

Muchos rasgos notables, abundantes hechos que llenan lapsos históricos, podrían ofrecerse para bosquejar a José María Muñoz; pero quizá el más sintético, por vía de iniciación, es esta referencia, subalterna, sin duda, por su significado exterior y tan expresiva, en su substancial reconducir. Sin embargo, es forzosa una aclaración. "Sentido de la realidad", que representa hoy para muchos la transgresión de todo pensamiento capaz de acusar nobleza en una acepción integral; que es, para otros, motivo victorioso de la pequeñez sobre la generosidad, del egoísmo sobre el desprendimiento, no encarnaba, ciertamente, dentro de espíritu tan vasto como el del doctor José María Muñoz. Realidad equivalía en éste a desplazamiento de cuanto pudiera perturbar la realización del deber inminente, aunque fuera preciso desprenderse de la excelencia de una situación o de la atracción de un afecto. Por eso, para él, los sucesos aparecían sólo en su esencia, en su significado fundamental, y debían apreciarse o resolverse sin apelar a derivaciones y sin ampararse en ninguna postergación. El concepto de una existencia dura, despiadada y absoluta, impidió seguramente al Dr. Muñoz, predestinado a batallar, tener hora propicia que le permitiera hesitar entre la exigencia inmediata de la acción y la dilación que busca el sentimental para decidir preferencias de actitudes.

Acaso no abarquemos, por lo mismo que no podemos experimentar ya, el sacrificio de aquella clase de tempera-

mentos, que exteriormente dejan la impresión de una vinculación excesiva a las rudezas de la vida, olvidando toda otra emoción y toda otra sensibilidad. Buscamos ahora nuestros propósitos, apartando cualquiera razón incómoda que los detenga, razón principal o secundaria, pero los tiempos van señalando, siempre en proporciones cada vez más desmesuradas, la distancia entre el grado de incontinencia del deseo que se persigue y el grado de digno acatamiento a la imposición final de los hechos. Y la medida de moral no se aprecia, quizá, por la resignación pura al acto cumplido, sino por la contrariedad o el éxito que acompaña al mismo. Probablemente de ahí resulte la natural indiferencia que despiertan, en estos días, hombres como el Dr. José María Muñoz, demasiado claros en la previa presentación de sus características, trascendentales, empero, para el juzgamiento definitivo de sus acciones.

■ ■ ■

Hay una multiplicidad de vidas dentro de esta vida. No se trata de una inquietud fundada en el fin de abarcar todos los mundos de la actividad, con el propósito vanidoso de alejarse de la unilateridad que disminuye el valor de una existencia. No es tampoco el desentendimiento sucesivo de un asunto por otro, obedeciendo a un sentido superficial de nuevas experiencias que no concluyen de ultimarse, por lo mismo que no coinciden con una orientación firme y profunda. Por el contrario, una comprensión especial de cada momento y de sus imperios inmediatos, hace que el Dr. Muñoz responda a distintas realizaciones, aparentemente contradictorias, a veces, excluyentes otras, pero definitivamente coincidentes en su abnegada interpretación patriótica. El suceso atrae su esfuerzo, sin el cálculo premeditado de las ulterioridades de su actitud, sin la intranquilidad, tampoco, de que un sentimiento veleidoso lo lleve a interrumpir la acción inicial. Demasiada substancia animaba aquella organización humana para que estuviera subordinada a transformaciones pueriles, incapaces de justificarse ante un concepto efectivo de seriedad formal e interna. La frivolidad jamás apareció en la amplitud varia y diversa de esa actuación infatigable. Y así va surgiendo la personalidad extraordinaria de este hombre. Cuando el general Paz improvisó un ejército de defensa de Montevideo, en 1843, José María Muñoz estudiaba derecho, ejerciendo a la par el comercio. Aquel hecho venía, sin duda, a detener su carrera y a desviar su marcha, encaminada hacia destinos opuestos, entonces, a los que creaban los sucesos. Se organiza la Guardia Nacional, confiándose la jefatura de uno de los cuerpos a D. Francisco J. Muñoz, hermano mayor de D. José María. Muere aquél, y éste lo sustituye en el cargo. Más tarde comanda cuerpos de línea, contactando entre sus compañeros al general Mitre, y se mantiene en su puesto durante los nueve años de la lucha, sin más interrupción que la que le impusiera su resistencia al movimiento revolucionario preparado dentro de la plaza misma. De jefe intrépido, pasa en esa época a hombre de gobierno, ocupando los Ministerios de Hacienda y de Guerra. Vuelve a la lucha y demuestra una valentía singular.

Dentro del ejército de la Defensa, existía un capitán inglés, Samuel Bentead, a quien se le confiaban comisiones de excepcional arrojo, utilizando para ello, frecuentemente, elemen-

tos de otros cuerpos de la guarnición. Recibe orden el doctor Muñoz de prestar, a su vez, parte del contingente de su batallón, y lo hace, pero considerando inconveniente e injusta la medida.

Prodújose, entonces, entre el general Paz y el comandante Muñoz el siguiente diálogo, así narrado por este último:

—¿Usted ha dicho, señor comandante, que sería capaz de tomar el Cantón de Vilardebó?

—No, señor general: lo que he dicho fué que en mi calidad de jefe de un cuerpo disciplinado, me consideraba tan capaz o más que el capitán Samuel Bentead para ir a batirme donde me mandasen mis superiores, aunque fuera para atacar el Cantón de Vilardebó,



El doctor José María Muñoz durante su permanencia en Buenos Aires

que era el más fuerte del enemigo.

—Pues mañana, señor comandante, irá usted con la fuerza disponible de su batallón a llevar el ataque al Cantón de Vilardebó.

Y José María Muñoz puso en armonía su decisión con su energía, llegando con las fuerzas a las puertas mismas del fortín inaccesible.

■ ■ ■

El valor, o es un sentido de la virilidad o una manifestación de la inconsciencia. Aun dentro de este último aspecto, existen variantes de una delimitación fundamental. Para muchos, el peligro debe producir reacción nerviosa, por fugaz que resulte, importa temor. Y para la simplicidad dominante, valor es la inmediata, obscura y pujante agresión, sin discernir claramente la causa que la provoca ni la medida de las consecuencias que origina. No aparece así la relación que media o que debe mediar entre el poder de convicción y el poder de sostenimiento de la misma. Es, en concreto, una vez más, el debate sin solución entre los factores que aspiran a definir los secretos de la selección humana y los que prefieren la fórmula fácil de la interpretación de las exterioridades, al margen de toda consulta interna. Por cierto que José María Muñoz no figuraba entre estos últimos intérpretes. Si la primera concepción del valor enaltece, la segunda no interesa al juicio de los hombres. Jamás será acto ponderable aquel que no esté caracterizado por una resolución que implique tortura anímica previa, propósito prescrito para realizar la volición adoptada, carácter suficiente para cumplirla. La estadística moral del mundo no se enriquece, sin duda, con el aporte

de los insensibles, surgidos por innata deficiencia o por ulterior deliberación interesada.

■ ■ ■

Termina el Dr. Muñoz su interrumpida carrera de abogado e ingresa a la Cámara de Diputados, siendo proclamado presidente de la misma. Define desde entonces hasta su muerte un concepto de la política, inquebrantable, que no es síntoma de terquedad ni de empecinamiento, sino de rectitud inflexible y por lo mismo, de consecuencia fiel con el bien al través de acciones diversificadas por las circunstancias, pero que, no obstante, ofrecen un núcleo esencial de conjunción principista.

La censura reiterada de muchas épocas lo ha señalado como un intransigente, por su adhesión al tradicionalismo histórico. Convengamos, si fuera exacto el reproche, en una aclaración previa. La tradición partidaria, la tradición colorada, contaba con su sacrificio, con el valor de su vida, con el aporte viril de su cerebro y de su temple. Capital participación le cabía en aquel culto, y humano fuera que se sintiese vinculado a su propio esfuerzo. Pero un principismo—acaso inconcebible en los tiempos del momento—le impedía toda contradicción con su conducta. No combatió al caudillaje y al militarismo, para luego transar con uno y con otro. Su oposición, ya citada, al movimiento riverista dentro del ejército de la Defensa, se repite en los años 1853 y 1855 contra Flores y se reproduce lo mismo contra Latorre, contra Santos y aun contra Cuestas en el golpe de Estado de 1898. No poseyó la cavilación recóndita y desconcertante del politiquero. Su punto de vista no encerraba posibles desviaciones, ni se cubría con apariencias capaces de apartar al espíritu público del propósito realmente perseguido. En ese sentido, la vanidad inferior de los que cultivan el engaño, como signo de superioridad en el intercambio de ventajas y conveniencias, ciertamente no alcanzó a perturbarlo. Era resuelto, sin ser precipitado, y era terminante, siendo fundamentalmente reflexivo. No le atrajo la imitación de que padecen los desposeídos de intrínseco valimiento. Sus actos eran orgánicamente propios. Pero, tal vez, se incurriría en inexactitud si se dedujese de estos rasgos una fisonomía demasiado rígida, privada de la condición de la accesibilidad. Su vibrante expresión varonil no excluía la ternura de un sentimiento acallado en el momento crudo de una disputa, para no desperdiciar energías. La intimidad de D. José María Muñoz era de preocupación sensible, dulce, paternal. La nobleza jamás lo abandonó, ni aun en las horas de su exaltación máxima. Sentía un cariño suave, compensación, acaso, de la bravura que exigían sus constantes batallas militares, políticas y morales.

El sentimentalismo deja de ser virtud cuando se convierte en desistimiento de todo encuentro espiritual desagradable, y degenera en timidez o en claudicación cuando no puede suprimirse frente a una necesidad impostergable de lucha. Ningún temperamento como el del doctor José María Muñoz escapó a una definición semejante. Y la estrictez de sus costumbres—de sus costumbres tan distantes de las de ahora—no le impidió la generosidad, dentro del equilibrio más completo sobre el valor del dinero. Un paralelo de acciones lo evidenciaría. No se conoce en la actualidad el caso de un ciudadano que renuncie, ni intente hacerlo, a la jubila-

ción, a pesar de poseer recursos suficientes para su subsistencia. Se tienen noticias—y repetidas—de que cuando un azar cualquiera coloca a un hombre en la oportunidad de recoger del Estado una mensualidad apreciable, la acepta, y aun, si la ley le ofrece resquicio, pretende elevarla. Don José María Muñoz, cuando terminó el sitio de Montevideo, renunció al grado de coronel, otorgado en el campo de batalla y rubricado por don Joaquín Suárez y por don Melchor Pacheco y Obes. Renunció igualmente a los sueldos; pero, en cambio, considerándose responsable de las bajas ocasionadas por el temerario asalto al Cantón Vilardebó, pasó a los descendientes de los oficiales y soldados muertos una pensión que mantuvo hasta el final del largo término de su vida, no obstante carecer de bienes de fortuna. La extrema severidad de una conducta de método y de ahorro no es, como se ve, incompatible con las reglas selectas del altruismo y del desprendimiento.

■ ■ ■

Ese mismo temperamento principista se revela en cuanto la ocasión lo exige. Relato brevemente un hecho saliente, entre los ya enunciados. Terminadas las revoluciones de julio y de septiembre de 1853 y constituido el unicato de gobierno por el ilustre coronel Flores, después de la muerte de los generales Lavalleja y Rivera, que integraban aquél, se produjo un movimiento de opinión que no interesa, desaparecidos los motivos que lo provocaron, juzgar en la actualidad. Un periódico—"La Libertad"—fué suprimido por orden del Gobierno. La medida despierta viva resistencia. Don José María Muñoz, diputado en esa época, asume la dirección del diario, haciéndolo circular, a pesar de la resolución gubernativa. La imprenta es secuestrada, pero "La Libertad" continúa imprimiéndose a cepillo, en forma clandestina. El jefe de Policía se constituye en el domicilio del doctor Muñoz, con orden de reducirlo a prisión. El doctor Muñoz se resiste a mano armada, invocando sus fueros de diputado. Entonces el propio general Flores, al frente de un batallón, se dirige a la casa del doctor Muñoz. Más de quinientos hombres ocupaban el domicilio de éste, pero estaban absolutamente desarmados. El doctor Muñoz los invita a salir a la calle. El batallón llegó a tocar con sus armas a los ciudadanos, sin que ninguno se moviera, y el general Flores, de tan extraordinario y probado valor, se dejó imponer por un pueblo que ofrecía su vida a pecho descubierto. Mandó abatir las armas y entró a parlamentar con el doctor Muñoz, respetando sus derechos de ciudadano y sus inmunidades de legislador.

Los acontecimientos posteriores obligan al doctor Muñoz a emigrar a Buenos Aires, y allí, en una modesta vivienda de la calle Victoria, vendía cal que él mismo preparaba. Quince años trabajó en este país, excepcional para el extranjero, y sobre todo para el uruguayo. Recordemos, al pasar, y con motivo de esta vida ilustre, que cuando se defendía la fórmula de anexión propiciada por Juan Carlos Gómez, alguien dijo, sintetizando una verdad íntimamente sentida: "Pero si la Argentina se confunde con el Uruguay, ¿dónde se refugiarán los perseguidos políticos de este país?"

■ ■ ■

Obligado por la necesidad a someterse a toda labor de que fuera capaz, fué visto por un argentino acaudalado para administrar sus estancias. Había preparado y vendido cal, y ahora se dedicaría a negocios ganaderos.

Don Gregorio Lezama requirió sus servicios. Era versión, aceptada como verídica, que

(Continúa en la pág. 34)

# EL VERDADERO PROUDHON



ERIODICAMENTE vuelve a surgir Proudhon en Francia y se le somete a la crítica. Ape- nas se torna a

erigir su estatua, de nuevo comienza la lucha a su rededor para saber quién tiene derecho a reclamar la filiación de su pensamiento. Y en los campos más opuestos siempre hay quien encuentra en esa obra inmensa y multiforme algo que justifica su propia táctica.

Los socialistas, a decir verdad, son los que parecen hoy realizar los menores esfuerzos para atraer hacia ellos a Proudhon. Porque Marx habló, el que ha triunfado del proudhonismo en los primeros congresos obreros internacionales. Trató al maestro de insignificante burgués por excelencia. Y esa es la designación que temen más los socialistas, perseguidos por el deseo de ser tan "revolucionarios" como los comunistas.

Del lado sindicalista hay más rendijas abiertas a la influencia proudhoniana. Pelloutier, primer organizador de las Bolsas del Trabajo y de la Confederación General del Trabajo en Francia, se apoyaba con frecuencia, para defender su pensamiento contra la manumisión de la política guesdista, en el autor de "La capacité politique des classes ouvrières". Léon Jouhaux ha conservado algo de esa actitud. Al mismo tiempo que la voluntad de reconstrucción positiva mantiene la voluntad de autonomía obrera con respecto a los partidos. Y en las resoluciones de los congresos en que hace prevalecer sus vistas—en el congreso de Lyon, por ejemplo—no es difícil encontrar las huellas del estilo proudhoniano.

Conviene añadir que, junto con los sindicalistas positivos, tratando desde ahora de hacer posible por la confrontación de los técnicos, de los expertos y de los obreros, una reorganización de la vida económica, los que podrían llamarse sindicalistas negativos se pretenden también dueños de Proudhon: los que cuentan ante todo con la violencia obrera, sobreexcitada si es necesario por "mitos" como el de la huelga general para barrer una civilización podrida. El autor de "Reflexions sur la violence", G. Sorel, encontraba medio de utilizar a un tiempo a Bergson y a Proudhon. Y después de la guerra, M. E. Berth ha descubierto que el autor de "La guerre et la paix" es uno de los más adecuados para conservar en el corazón de las masas el heroísmo liberador, por poco que tengan la franqueza de preferir deliberadamente la guerra de clases a la guerra de los Estados. De donde se revelaría que el insignificante burgués desdénado por Marx sería uno de los mejores auxiliares de Lenin.

Contra esa tentativa de acercamiento, muchos otros proudhonianos protestan, y no sólo socialistas, sino también radicales. A pesar de sus himnos a la guerra—cuya contraparte él mismo toma con presteza—, Proudhon ha declarado veinte veces que no era de ningún modo un "impulsador". La apología de la violencia obrera lo hubiera chocado vivamente. Ha podido exhortar a la clase obrera que expusiera su yo oponiéndose. No le reconoce todos los derechos. No le entrega todos los poderes. En el fondo no es acaso igualmente ruralista que obrerista? Esas muchedumbres campesinas que el marxismo desprecia cuando no va hasta olvidarlas con tanto orgullo, Proudhon, rural de origen, no deja de pensar en ellas. Celebra, como Michelet, el matrimonio del agricultor con la tierra. Espera de ello toda clase de beneficios. Considera que la obra maestra de la política es una nación de agricultores libres, que hacen vivir sus familias en el suelo que fecundan con su sudor. Libres, es decir, propietarios de

sus bienes, sin restricciones ni reservas. Proudhon se da cuenta cada vez más de la necesidad de mantener esta cosa absoluta. Y por eso es que, comenzando con una diatriba contra la propiedad, acaba por entonarle un himno, por lo menos cuando se trata de la tierra y del agricultor. Su socialismo, si así puede llamarse, sería al fin de cuentas un socialismo para los campesinos, dice M. Berthod, y con el cual podrían acomodarse los radicales mucho mejor que los marxistas.

Pero cuando reivindica para el campesino el derecho de usar de sus bienes a voluntad, ¿a quién se refiere? ¿Contra quién toma sus precauciones? Contra el Estado, cuyas intervenciones lo inquietan, cuya potencia avasalladora lo espanta. Los grandes Estados modernos son, a los ojos de Proudhon, otros tantos monstruos tentaculares. Para que la humanidad pudiera al fin ensayarse en la libertad, sería preciso que aquéllos fueran antes barridos de la superficie del globo.

De esa crítica ardiente, que alcanza a los unitarios tanto como a los autoritarios, van a sacar provecho primero los adversarios de la centralización, los que creen que, en efecto, el siglo XX debe iniciar la "era de las Federaciones". Reeditando el "principio federativo", Charles Brun muestra que Proudhon ha puesto el dedo en la llaga profunda de que sufren las naciones modernas, porque han cedido demasiado a las empresas del Estado omnipotente. El federalismo podría hacerles un gran servicio si les enseñara no solamente a dejar un margen más grande de libertad a sus provincias, sino a tratarse ellas mismas como otras tantas provincias a la vez solidarias y autónomas. Se las vería entonces aceptar los lazos contractuales que no pesarian sobre la libertad de ninguna de ellas. Sobre estas esperanzas se ha constituido una sociedad de federalistas pacíficos, que ha tomado el nombre de Sociedad Proudhon.

¿Pero del antiestatismo de Proudhon, no hay acaso otro mosto que extraer? Luchando contra el Estado, Proudhon se encuentra arrastrado a perseguir con sus golpes a la democracia misma. ¿No es ella la idea del Estado extendida hasta el infinito? ¿No implica la creencia de que, a fuerza de sufragios y contando los votos, se puede llegar a resolver los problemas más arduos de la economía social? Proudhon no conviene ni que el sufragio sea el mejor medio de establecer la razón de los pueblos, ni que el parlamentarismo constituya el más feliz de los contralores, ni tampoco que la solución de la cuestión social implique la solución previa de la cuestión política. Todas las flechas que ha podido clavar en Louis Blanc y en sus émulo, los adversarios de la democracia de hoy las recogen con alegría. Por el vigor de esa argumentación endiablada lo declaran digno de figurar entre los "maestros de la contrarrevolución". Y finalmente, se ha podido asistir a un espectáculo singular: en el mismo seno del partido que toma por divisa "Política primero" y como programa la restauración de la autoridad, se ha formado un grupo para declararse, ellos también, procedentes de Proudhon glorificado.

M. Daniel Halévy ha publicado las "Cartas de Proudhon", en la colección "Les Ecrits". M. Moysset, en la gran edición Rivière, acaba de dar "La guerre et la paix". Mlle. Dupret presenta una tesis en Ginebra sobre "Proudhon sociologue et moraliste". Nosotros mismos, a tiempo que reeditamos nuestra "Sociologie de Proudhon" (Colin), preparamos trozos escogidos del autor para la colección "Réformateurs sociaux" (N. del A.)

dor de la anarquía, que no cesa de oponer con una especie de encarnizamiento la tradición de la Revolución a la de la Iglesia.

Sería prudente tratar de partir en pocas palabras estos proudhonianos tan alejados los unos de los otros. La variedad

se puede encontrar en él un detalle, una fórmula que convienen a cada cual de su propia idea, pero no se es de su linaje, no se piensa en su línea.

En primer rango de esos "leitmotiv" es preciso poner lo que los comentaristas de hoy olvidan con bastante frecuencia: el sistema mutualista que le inspiró su competencia de contador. Proudhon es "sociólogo" antes de la invención de la sociología. Y por ello hemos creído ilustrar varias obscuridades de su obra. Pero primero y ante todo es "contador". Y su programa de acción práctica se relaciona estrechamente con sus reflexiones de tenedor de libros. Hacer el balance entre el debe y el haber para la sociedad también es el camino de la justicia. Trabajo por trabajo, servicio por servicio, crédito por crédito; aplicando estas máximas se arrojará del mundo la usura y su siniestro cortejo. Por eso es que el gran pensamiento de Proudhon fué fundar un Banco del Pueblo, que permitiría generalizar, al mismo tiempo que el crédito gratuito, el cambio igual. Cuando cuatro obreros, todavía humeanes del pronunciamiento, vienen a pedirle su solución, esa es la que elabora. Y porque la ha elaborado, es terriblemente severo para todas las demás. Hay en Proudhon algo del inventor: un inventor exasperado, tembloroso, rugiente, porque no se aplica,



P. J. Proudhon, según un cuadro de la época

porque no se toma en serio su sistema de cambio. Y no se comprende nada de su actitud si no se recuerda que siempre tiene ese sistema en la cabeza. Es decir, que si se considera ese sistema inaplicable, si no se cree decididamente en las virtudes regeneradoras del cambio igual y del crédito gratuito, no se puede ya encontrar nada substancial, nada asimilable en el pensamiento de Proudhon? Muy lejos de eso. Porque si la justicia, para realizarse, exige cierto mecanismo del crédito y del cambio, es claro que se necesita que los hombres deseen la justicia ante todo. Tras del Proudhon contador aparece el Proudhon moralista. Y es moralista con una vehemencia que despliega y hace chasquear su bandera. Eso quizá es lo que más lo distingue de un Marx, obstinado en no hablar más que el lenguaje del idealismo justiciero, tanta fe pone en el determinismo científico. Proudhon no cree sólo en la fuerza de las cosas. También hace un llamamiento a la energía de las almas. Y se declara en guerra contra todas las potencias que adormecen a Prometeo, que le impiden romper sus ligaduras para que llegue el reino de la igualdad.

En el primer rango de estas potencias está la Iglesia Católica. Y detrás de la Iglesia, la propia religión. Toda religión tiende lógicamente a consagrar la autoridad, a justificar la miseria, a aplazar o a desviar la esperanza, a despreciar el trabajo, a enervar la justicia. Sobre todos estos temas, Proudhon es inagotable. Lleva su requisitoria en seis tomos con una mezcla de virulencia y de truculencia, que ningún polemista anticlerical ha superado nunca. La tradición de los filósofos del siglo XVIII reaparece en él, a la vez agravada y depurada: depurada por la llama de virtud que abrasa el corazón de Proudhon; agravada por sus rencores de plebeo.

de sus tendencias prueba, a lo menos, la riqueza de su pensamiento. Pero, ¿y su unidad? Esa es otra cosa. Y se advierte que es más difícil—para Proudhon más que para cualquier otro autor—hacer concordar todas las afirmaciones que pueden señalarse en sus obras.

¿Es por culpa del método "hegeliano"? Quizá en cierto modo. Ese método lo incitaba a tomar la contraparte de las proposiciones que acababa de demostrar, a hacer valer sistemáticamente la antítesis después de la tesis, esperando las síntesis que al fin debía declarar problemáticas. Pero es claro que ese juego responde en cierta medida a su temperamento personal. No detesta asombrar a la gente, y hasta escandalizarla. Espíritu "contrariante" por excelencia, se divierte a veces, a lo que se diría, en avanzar la conclusión directamente opuesta a la que normalmente habría debido esperarse de él. Agreguemos que Proudhon, "sociólogo" obstinado a pesar de su individualismo, se repite con satisfacción que la razón colectiva se encanta con las verdades desconcertantes, difícilmente accesibles a la lógica de la razón personal. Y basta para comprender que en un sentido todo está en Proudhon: hay con qué satisfacer, a lo menos en una página, a lo menos en una de las vueltas de su pensamiento, a los sostenedores de los partidos más diversos.

De todos modos, subsisten algunas ideas centrales "ejes", como habría dicho ese Fourier en el que más de una vez se inspiró, que son características de su pensamiento profundo, y tales que si no se las recuerda.

CELESTIN BOUGLE

(Para LA NACION)

PARIS, septiembre de 1929

yo, de campesino emancipado, que ha sentido pesar el yugo del cura sobre su aldea. La moral no deriva de la religión. La moral es incompatible con la religión. Cuando se ve con qué vigor Proudhon amartilla estos temas, es de preguntarse con sorpresa cómo tales partidarios de los regímenes de autoridad y de las creencias que fundan la autoridad pueden pretender acuerdo todavía con el autor de "La Justicia": Paul Bourget era más lógico, pues declaraba que Proudhon le daba horror.

Que después de esto pueda señalarse un párrafo en que Proudhon celebra los beneficios de la religión en las primeras fases de la humanidad, otro que hay interés en entenderse con el Papa, otro en que niega ser ateo o reclama el derecho de ser religioso a su manera, no cambia nada del sentido del conjunto. Y el conjunto de la obra de Proudhon es el monumento de moral laica más atrevido que jamás se haya edificado.

Una moral laica que tiende a la igualdad. Como es claro. Pero también una moral que no quiere abandonar la causa de la libertad, y aun que a ello se apega por sobre todo. Y eso también aclara la situación particular de Proudhon. Evoca no sólo la fuerza colectiva, sino la razón colectiva. Nos advierte que las revelaciones de ésta, preparadas por el desarrollo de la historia, superan con frecuencia las vistas estrechas de nuestra razón individual. Y, sin embargo, para que la razón colectiva se manifieste, importa que las razones individuales se enfrenten, y que cada una diga libremente su palabra. La confrontación, y hasta la oposición, la lucha incesante de las opiniones libres, es una de las condiciones necesarias para el establecimiento de ese equilibrio, que es el único orden social tolerable. La libertad de la prensa aparece, desde este punto de vista, no sólo como un derecho del individuo, sino como una necesidad del conjunto.

A medida que se desarrolla la reflexión de Proudhon, toma mayor importancia a sus ojos esa singular apología de la libertad. Se integra, en efecto, en el sistema de las soluciones, hacia el cual Proudhon se encamina cuando advierte que siguiendo a Hegel hasta el fin corre riesgo de perderse. Ha buscado largo tiempo en todos los órdenes—en la política como en la economía—después de la tesis y de la antítesis, la síntesis. Pero las dificultades que ha encontrado para formularla le hacen pronto comprender que la tarea es probablemente imposible, y el esfuerzo, en todo caso, inútil. Lo que pide el progreso de la humanidad no es la fusión de los elementos que se oponen en una unidad superior. Las unidades superiores alarman a Proudhon: tiene miedo de las "organizaciones", que acaban por mecanizar al hombre. En todo caso, no quiere a ningún precio que una sociedad humana se transforme en organismo: eso sería momificarse. Le parece, pues, oportuno que los elementos en presencia guarden su autonomía, y hasta no es malo que entren en concurrencia. Importa solamente que esta confrontación de las pretensiones termine con "balance" de justicia, en un contrato conforme al ideal del cambio igual.

Así protesta Proudhon cada vez más y se rebela contra el autoritarismo sin cesar renaciente de los "organizadores", cualquiera que sea su origen. Y de todas las agrupaciones que se constituyen hoy para defender tal o cual forma del ideal social, las que quizá podrían enorgullecerse de haber recogido lo mejor de su crisol son las que, invocando los derechos del hombre como el valor superior, tratan de mantener contra las ofensivas variadas del instinto de dictadura, la necesidad del liberalismo.



**D**H! cuánta razón tenía cuando en Amiens, de 1776 a 1780, y durante su viaje a Italia, en que luchaba contra el encanto de la muchacha demasiado joven y demasiado linda que quería doctrinarlo! ¡Qué locura le había hecho cometer el prior de Longpont! ¡Estaba tan tranquilo antes de su visita a casa del grabador! ¡Todavía esos detestables Cannel! Ciertos recuerdos lo obsesionaban. Este comienzo de carta dirigida al convento, cuando acababa de decidirse el casamiento... Por todo alegato ella le había dicho desde la reja: "Tengo tanta necesidad de que seas feliz". Estas palabras lo impresionaron mucho, y de regreso al hotel las repitió en una carta enviada a la Congregación: "¡Deseo tanto que seas feliz! Esas fueron tus palabras, ese es mi consuelo. ¡Guay de ti si lo olvidas o si jamás lo niegas!" Ahora comprendía a Lanthenas. En verdad estaba muy contento de haberle escrito. ¡Malditos sean los doce años de felicidad que ella le había dado! Si hubiera sido menos bien atendido en sus enfermedades, si ella no le hubiera formado un interior aseado y cómodo, si no hubiera desplegado tanta economía en la administración de sus intereses, tanto tacto en las relaciones familiares, tanta inteligencia, sobre todo, en la ayuda que prestara para el "Diccionario de las manufacturas" y más tarde para tantos otros trabajos comunes, ¡ay! no lo perdería todo hoy. Vivir sin ella, desprenderse de todo ese bienestar, de toda esa confianza, pobre hombre, ¿cómo podría hacerlo? Lo único que puede hacer es substraerla lo más pronto posible a París, ambiente infame y corruptor de los más virtuosos, lejos del execrable Buzot, que merecía todos los suplicios del infierno.

Entretanto, para obtener el derecho de abandonar el horrible teatro de todos los vicios, tiene primero que rendir cuentas de ministro renunciante, pero íntegro. El primer cuidado del exacto cumplidor de la ley ha sido ofraserías a la Convención al mismo tiempo que "su persona". Ha reiterado esa gestión, varias veces ya—hasta llegar a ocho—y no por una ridícula afectación de integridad, como se lo han reprochado injustamente historiadores hostiles, sino por las razones muy concretas que hemos enumerado.

El 23 de marzo de 1793, Roland escribe a la Convención:

"Suplico a la Convención, por intermedio de su presidente y por la quinta vez en dos meses, quiera devolverme mi libertad mediante la revisión de mis cuentas, cuya claridad es tan evidente que requieren muy poco examen para conocer y demostrar su exactitud.

Mi salud y mis intereses igualmente comprometidos reclaman mi presencia en el aire natal y en mi pequeña heredad, etc. (1).

A pesar de la hostilidad de la Convención y de su impopularidad, Roland recibía numerosas comunicaciones de pesar, de agradecimiento, de confianza. Mme. Roland las respondía con esmero. En una de esas cartas figura este pensamiento: "Amamos a nuestro país como a la virtud, menos quizá por los encantos que le encontramos que por los sacrificios que le hacemos, y nos encontramos en momentos en que debemos multiplicar éstos". (2).

En contraste citaremos una carta de Reverchon (3), convencional, a sus colegas de Comuna libre, 15 Ventoso, año II de la República una e indivisible, en la que hace, como sigue, el elogio de uno de sus comitentes:

"Yo no cesaré de decir que (nombre ilegible), desde la Revolución, ha sido uno de los más fervientes amigos de la libertad y del pueblo. Además, hace catorce años que no es guardia de corps, que no es noble, que sólo llegó a París en 1792 para arreglar asuntos pendientes con la Tesorería, que es el primero que hizo quemar la efigie de Roland en la Sociedad Popular, y que si es pariente suyo lo es muy lejano y que desde el momento en que los Jacobinos declararon a Roland indigno de la confianza pública, fué el primero en denunciar a sus conciudadanos a ese hombre pérfido, etc". (3).

Las cartas que Roland escribió entonces, especialmente a Garat, su sucesor en el Ministerio del Interior, son muy acer-

bas. Las circunstancias no eran como para quitarle el tono acre que le conocimos antaño, cuando era joven y nada lo disculpaba. Lo cierto es que no demostraba entonces ningún deseo de volver a la hoguera en que su partido había quedado. Le escribía a Champagneux:

"Se me puede reprochar la rigidez de un carácter inflexible, que busca el bien sin hesitaciones y sin calcular ningún interés personal."

También podía decir: "He odiado todos los despotismos y he protestado contra ellos en la misma época de su auge. Pero aquellos que más me conocen sólo me han criticado la aspereza de mi virtud." Firmado (¡oh sí!): Jean Marie Roland, ci-devant de la Platière. (4).

Pero bajo su pluma, como bajo la de su mujer, vuelve, a manera de estribillo musical, su confianza en el juicio de la posteridad. Es un punto que no debe perderse de vista, si se quiere imaginar a Mme. Roland en su verdadero carácter, este perfecto acuerdo con su marido. Quizá se tenga la tentación de pensar que sabía imponerle a éste, como a todos, sus maneras de ver. Sin embargo, en esta época debía tratar de escaparse.

La vida era sombría en la calle de la Harpe. Mme. Roland, pensativa, inquieta, ya no era el brillante centro de reunión de los jóvenes amantes de la libertad. Ya no vienen a su salón a recibir la palabra de orden. Por otra parte, ya no tiene salón. La musa heroica, viuda de poetas que inspirar, ya sólo es una pequeña burguesa cuya preocupación más urgente es calcular lo más estrictamente posible los gastos caseros. (5). Mme. Roland yendo y viniendo en sus tres piezas exiguas, hacia chocar contra las paredes sus alas rotas y sangrantes. Después de tantos trabajos y tantas fiebres, se trataba de descansar. ¡Cuántas disonancias y tropezones con semejante cambio de ritmo! Muchas certidumbres se habían descifrado para ella, y el gran amor que veía alzarse, como un sol sobre un campo de batalla, era su bello refugio y su gran tormento. Si; seguiría siendo la misma, pero ¡qué cargado de pesares y de renunciamentos se presentaba el porvenir! Era preciso que partiera a la provincia.

El campo, visto de lejos, pacificaba su alma fatigada. Pero sabía que una vez allá, el tedio y el pesar se apoderarían de ella, cubriría de frías cenizas sus impulsos, llenarían de tristeza las horas grises, y todos los días serían días inútiles. Ya no sentiría más quizá, como en 1791, la nostalgia de los tumultos y de los torbellinos. ¡Ahora ya los ha sondeado! Ahora se siente quebrantada, pero ¡qué ociosidad mortal la suya en medio de los trabajos rústicos! Recuerda las últimas vendimias y el hastío que le inspiraron. Entonces sólo aspiraba a volver al ardiente París que había dejado con una indecible sed de aire puro y el corazón todavía libre.

Apenas lo había aspirado, cuando su destino le había arrastrado de nuevo a los sitios de combate. Su marido resistía. Lo arrebató en su vuelo. Creía sentir todavía la asfixia pasada y bostezar bajo la persecución de la provincia, que había estado a punto de sofocarla.

Esta vez sería mucho peor. La pasión del bien público la atormentará, lo sabe, pero también el amor. ¿Tendrá fuerzas bastante para tarea tan severa? Y si llega a bastar, ¡qué horizonte tan cargado de sacrificios para esta criatura cuya juventud poderosa ha sido frustrada en beneficio de un Roland!

Ahora ocurrirá que las desgracias de la patria sean un poco veladas por sus intereses particulares. Si su marido ha cambiado mucho a los 39 años, ella está todavía fresca y juvenil, cuando cae, a mediados de marzo, la fecha del aniversario de su nacimiento, pero ambos sufren del mismo desequilibrio nervioso y son poco dueños de sí mismos. Bancals, si alguna

# MADAME ROLAND

II

Por MADELEINE CLEMENCEAU JACQUEMAIRE

(Para LA NACION)

PARIS, septiembre de 1929

vez se le quejó ella de este estado, penoso para las personas de carácter, pudo recordar lo que Mme. Roland le dijo una vez en el Clos: "Me parece que si llega a estallar la guerra recuperaré mi vigor y mi salud". Para devolverle su energía y su buen humor tendrá la cárcel y el cadalso.



M. y Mme. Roland con su hija Eudora durante el verano de 1787 en Zurich. (Silueta de G. Lavater)

Si ha dejado involuntariamente sorprender su corazón, está resuelta, como lo dijo, a conservar intactas su fidelidad, su abnegación y su cariño por un "venerable esposo" a quien honra y no ha cesado nunca de querer. No hace mucho que le escribía a Lanthenas en el curso de la crisis que los puso frente a frente: "Jamás me alejaré de mi marido, compartiré su destino y moriré como he vivido, no pudiendo encontrar la felicidad sino en mis deberes, aunque a veces me cuesta cumplirlos".

No hemos de darnos el gusto, como Taine y otros historiadores, de suponer que Roland aburría a su mujer, como nos aburría a nosotros mismos. Madame Roland era un espíritu serio. No era, pues, posible aburrirla proporcionándole alimento a su inteligencia, extremadamente ávida. Las disertaciones de Roland iban a ella como el trigo al molino. Recordemos que a los siete u ocho años, la pequeña Manon se entretenía, a falta de otras lecturas, con un "Tratado de Heráldica". Es de creer que le agradaba que la aburrieran, como a la mujer de Sganarelle le agradaba que la apalearan. Además, era demasiado sencilla y demasiado apasionada para tener esa ironía que introduce una burla en todo movimiento del espíritu. Podemos creer que cuando Sofia Cannel le escribía—con su poco de burla—que el "filósofo" que le presentaba tenía el defecto de preferir los antiguos a los modernos, simpatizó con el hombre que inspiraba esa crítica. No creemos que Roland la aburría nunca, ni que hubiera advertido la exageración de su pedantería y de su austeridad; al menos hasta el momento en que Buzot, a los 33 años, con su fino rostro y su palabra persuasiva, intervino y la obligó a comparar. Es por esto que ciertas reacciones tardías se advierten, aunque no estén expresadas en sus Memorias, escritas en los últimos días de su vida, cuando, completamente consagrada a Buzot, se sentía sobre todo vinculada a Roland por el deber. Pero en ningún momento de su vida, el examen minucioso de los textos—y Dios sabe si los hay y Dios sabe si habla en ellos libremente—no nos permite creer que ella no estuvo siempre convencida de que su marido era un hombre superior.

A principios de marzo el peligro extranjero parece llegar a los últimos límites y París estar amenazado. Las monarquías en armas contra nosotros por amor al derecho expulsan a nuestros embajadores, y los republicanos decepcionados se ven obligados a reconocer que los pueblos oprimidos no están prontos, como ellos creían, a libertarse de la "esclavitud" con nuestra ayuda. Inglaterra, "caballero de las libertades del mundo", decía Mme. de Stael, como todos los demás, apagó el entusiasmo de Mme. Roland uniéndose a los pueblos coaligados contra Francia. "La Francia había muerto la moral, suprimido el derecho." Y en virtud de esto los prusianos se instalaban en Dantzig y los ingleses en Tolón. Estos últimos, es verdad, no fueron a Venecia, respondiendo a las "súplicas" de los jefes realistas. M. d'Elbée les pide en vano que manden grandes ejércitos en auxilio de los vendeanos, y el caballero de la Roche Saint-André parte para España,

encargado por los comités de ir a pedir una ayuda militar. No tuvieron éxito el uno ni el otro, como es sabido, y en el seno de su propio partido no faltaron las decepciones. Charette le escribió al Conde de Provenza: "la cobardía de vuestro hermano lo ha perdido todo"; pero Pitt decía arrogantemente que, en adelante, en el sitio correspondiente a Francia, no habría en adelante más que una parte en blanco en el mapa de Europa.

Vadier, encarnizado contra los Girondinos (6), fué, según todas las apariencias, uno de los más violentos instigadores de la asonada del 31 de mayo. Ya antes de la muerte del Rey los señalaba a la Asamblea diciendo:

"Ya es tiempo, ciudadanos, de que sacudamos el yugo de esos pretendidos jefes de opinión que se atreven a llevar el cabestro. Quitémosles al fin la careta a esos intrigantes que, a fuerza de audacia y por medio de una estéril locuacidad, usurpan una reputación que sólo corresponde al verdadero mérito."

Designando a los Girondinos al furor popular, se defendía débilmente de ser "un discípulo de Marat" "a menudo útil por sus presagios, algunas veces austero y puro en sus principios, sobre todo poco peligroso por sus consejos... No sucede lo mismo con el moderantismo. Es una opinión que mata lentamente y cuyo único remedio es la insurrección".

En la tarde de aquel 31 de mayo, seis hombres, ya armados, se hicieron abrir el pequeño departamento de la calle de la Harpe. Los comisarios del Comité revolucionario de la Comuna insurreccional vuelven para arrestar a Roland, que había conseguido librarse de ellos la primera vez, pasando al departamento que ocupaba el propietario de la casa, quien lo ocultó hasta la noche. Mme. Roland fué a verle y esa fué su última entrevista (6). Un amigo, probablemente Box, fué a buscarlo cuando cayó la noche y lo llevó a su casa; le hizo atravesar todo París y salieron por la puerta St. Denis, dirigiéndose al Priorato de Santa Radegunda, donde Roland permaneció oculto en el más apartado de los bosques de Montmorency.

Pero vueltos a la vida privada, "abandonado el empleo", como lo dijo la misma Mme. Roland, la obligación no era la misma, y le parecía "muy bien que Roland evitara el furor popular o las garras de sus enemigos". En cuanto a ella, no había creído hasta ese día que corriera un verdadero peligro, y si un 2 de septiembre había de repetirse, prefería, sí, "morir a ser testigo de la ruina de su país" y consideraría con honor el contarse entre las gloriosas víctimas.

Ese día, especialmente, no siente el deseo de huir. Pancouke le manda a su asociado Ayache para advertirle que es peligroso se quede en su casa y ofrecerle un refugio en Marly-le-Roy.

"Desde la salida del ministe-

rio me había retirado a tal punto de la sociedad, que casi no veía a nadie. Los dueños de una de las casas en que hubiera podido ocultarme estaban en el campo; en otra había un enfermo que hubiera dificultado la admisión de un nuevo huésped; aquella en que Roland se había ocultado no podía recibirme sin gran molestia, y hubiera sido demasiado chocante, quizá impolítico, que me refugiara bajo el mismo techo. En fin, me hubiera sido penoso abandonar los sirvientes. Volví, pues, a casa, calmé sus inquietudes, ya muy vivas, abracé a mi hija y tomé la pluma para escribir una carta que quería le llegara al día siguiente muy temprano a mi marido."

Era media noche. Apenas se había sentado cuando una "numerosa diputación" llama a la puerta y viene a reclamar a Roland. Consigue verse libre de ella; pero dejan centinelas en la puerta del departamento y en la de la casa. Muerta de cansancio, cena, escribe la carta, se la confía a la sirvienta Fleury, se acuesta y se duerme. No había pasado una hora cuando Lecocq, su sirviente, viene a despertarla. Unos "Señores de la Sección" preguntan por ella. Comprende inmediatamente que vienen a arrestarla, y cuando Fleury se sorprende de que ponga "más ropa que un peinador": "Es que hay que vestirse decentemente para salir", le responde. El mandato de arresto procedía de un comité revolucionario sin poder legal y la causa invocada estaba en blanco. Se pregunta si va a resistirse como Roland. Se dice a sí misma que aquellos hombres tienen la fuerza, que "la resistencia es inútil y podría exponerla". Llega el juez de paz. Se ponen los sellos en todas partes. Pero antes de esto saca de los armarios las ropas de su hija y hace para ella "un pequeño lío". El oficial se opone a que le escriba dos palabras a un amigo para recomendarle su hija, y mientras tanto, cincuenta, cien personas, entran y salen continuamente, llenando las dos piezas, tapándolo todo, pudiendo así ocultar a los mal intencionados que se propusieran llevarse o depositar algo... El aire se carga de emanaciones hediondas: me veo obligada a acercarme a la ventana de la antecámara para poder respirar... Las formalidades, que están dadas a las 3 y 30 de la mañana, duraron hasta las 7 de la mañana. Cuando, en fin, todo estuvo bajo cintas de hilo y sellos, Mme. Roland fué invitada a firmar el acta del sellado.

Es la primera vez que vemos una firma suya que sea indecisa y agitada. La letra inicial de Roland es regular, pero la "o" ha sido trazada en dos veces, la "a" tiembla, la "n" está mal formada. Pero la valiente mujer reacciona en seguida, porque el "néé Philippon" tiene el aspecto habitual.

"Por fin, a las siete de la mañana, dice, me separé de mi hija y de mis sirvientes después de haberles exhortado a que tuvieran calma y paciencia. Yo sentía que sus lágrimas me honraban más de lo que la opresión podía consternarme. "Aquí tiene usted personas que la quieren", dijo uno de los comisarios. "Nunca he tenido otras a mi lado", repliqué, y salí."

Una vez abajo, Mme. Roland pasó entre dos filas de hombres armados. Un fiacre, apostado del otro lado de la calle, esperaba en medio de una aglomeración de gente. Algunas mujeres gritaron: "¡A la guillotina!"

"Este desgraciado pueblo, al que se engaña y que es decapitado en la persona de sus verdaderos amigos, atraído por el espectáculo, se detenía a mi paso... ¿Queréis que se corran las cortinas? me dicen atentamente los comisarios.—No, señores, la inocencia, por oprimida que se encuentre, no toma la actitud de los culpables; no temo las miradas de nadie y no quiero substraerme a ninguna.—Tenéis más carácter que muchos hombres, pues esperáis tranquila que se os haga justicia.—¡Justicia! Si la hubiera, no estaría en este momento en vuestro poder; pero, aunque un procedimiento inícuo me llevara al cadalso, subiría a él con el mismo paso firme y tranquilo con que voy a la prisión. Lloro por mi país, deploro los errores que me lo hicieron creer preparado para la libertad, para la felicidad; pero aprecio la vida; sólo

(Continúa en la pág. 34)

EL VIAJERO  
EN CORDOBA  
EL COLEGIO  
NACIONAL DE  
MONSERRAT



Una vista exterior del Colegio de Monserrat

**IP** ODEIS estar seguros. Las calles de Córdoba tienen una horizontalidad desesperante. Son como todas las calles de todos los pueblos, villas y ciudades de la República. Calles tiradas a cordel, transversales y paralelas, chatas, angostas, uniformes, sin una curva que las diferencie, ni una desigualdad que las destaque.

A veces la calle tiene un impulso de altivez temeraria, y busca elevación por la sinuosa pendiente que conduce al parque Sarmiento, por los desniveles de extramuros o por el derrotero de la sierra cercana, donde las quintas decoran su placidez con el verde vivo de los árboles. Pero la calle no se dobla, ni se curva, ni se desvía; va recta como un dardo a romperse por el laberinto del parque o a extinguirse bajo el dilatado contorno de las lomas.

En este damero de la ciudad no busquéis lo imprevisible, porque la línea recta carece de aventura. El espíritu de la colonia yace para "in eternum" en las naves de las iglesias, o vuela con aletazos invisibles sobre los viejos campanarios. Está en la tierra y en el aire. A veces lo creéis sumergido en las quietas aguas de un estanque cuadrado y orillado de fastuosos árboles de sombra. El nombre del gobernador Marqués de Sobremonte, injustamente juzgado por algunos historiadores, prestigia la evocación de este espejo móvil, órbita todavía viva donde el cielo se transparenta.

Pero el espíritu colonial ha huido para siempre. La ciudad se ha sacado de encima el polvo de los siglos, y un viento de renovación ha desmoronado de la vieja y noble arquitectura.

Podemos asegurar que todo cuanto Córdoba ha ganado en cuanto progreso lo ha perdido en estilo. Las casas vecinales, las flamantes fachadas, los caprichos arquitectónicos de nuevo cuño que por todas partes aparecen, han vestido la urbe tradicional de un carnavalesco e híbrido ropaje inmigratorio. Nunca los estilos de esta arquitectura desordenada conseguirán identificarse con el sentido histórico de la tradición, que es, ciertamente, lo que hace ilustres a los pueblos. La ciudad, con su convulsivo trastorno reconstructivo, es comparable a esos mayorazgos de sangre que se procuran alianzas juveniles y prósperas, aunque plebeyas, como medio único posible de apuntalar los venerables y ya gastados cimientos del origen.

Con este criterio de la rea-

Portada principal del Colegio de Monserrat, fundado en 1695

lidad visible que os rodea, nada o casi nada despierta vuestra curiosidad. Si algo antiguo subsiste en medio de la invasión modernizante, una vieja casona, un muro con rejas floreadas, un dintel esculpido, un cornisamento, un balcón señorial o uno de aquellos soportales con luminarias mortecinas que daban carácter a la plaza, vuestra vista no para atención en ellos, ni vuestro espíritu se siente halagado por su belleza permanente. Así están de mutilados, contrahechos y mal cubiertos de juventud artificial esos pobres vestigios.

Cuando queréis invocar la falta de respeto y de comprensión que revelan tan absurdas experimentaciones artísticas, os atajan con comentarios como éste: "El espíritu de la colonia puede considerarse entre nosotros completamente fenecido. Lo criollo, para la América renovada y rejuvenecida por el esfuerzo y el trabajo de las generaciones nuevas, representa lo extático en el tiempo. Y nosotros no queremos cristalizarlos en la contemplación de un pasado remoto, inactual, sin razón y sin fuerza renacentista desde las contiendas libertarias del siglo XIX. Somos vitales y con juventud política, y al pertenecer a un conjunto de pueblos que se fortalecen y desarrollan y nutren con la substancia del trabajo, queremos ir adelante sin tropiezos y sin que el recuerdo o el peso de una tradición, por venerable que ésta sea, ponga obstáculos a nuestra esperanza".

Todo eso encuadra dentro de la lógica. Pero el carácter de los pueblos americanos tiene raíces profundas en el espíritu de los hombres que descubrieron y poblaron el Nuevo Mundo, que hicieron sus leyes primigenias, que fundaron ciudades, que abrieron rumbos a la civilización y que explotaron las riquezas innumerables y ocultas de todo el continente. Vale decir que aquellos hombres, progenitores de la raza nueva, hicieron posible nuestra realidad presente con la obra magnífica que emprendieron y realizaron.

No han nacido nuestras energías ni se ha modelado nuestro espíritu por generación espontánea, ni somos iniciadores sino continuadores de una historia imperecedera. Fijándonos bien, observaremos que nuestro ímpetu creador es el mismo que hizo grandes a los descubridores de la selva. Condenamos en ellos la tenacidad con que destruyeron la remota civilización aborigen, para su plantarla, y caemos en el mis-

Puerta de acceso sobre la calle que lleva el nombre de Duarte y Quirós, fundador del viejo instituto de enseñanza

mo prejuicio de menospreciar lo bueno que heredamos de ellos.



Si vuestro ánimo no se siente maltrecho por la monotonía del ambiente, podéis arriesgaros por las calles asfaltadas y limpias. El orden ha puesto en todas las cosas un invariable sello de reglamentación que obedece, sin duda, a previsoras ordenanzas municipales. La indiferencia con que iniciáis la caminata os pone delante de los ojos, repentinamente, un signo de aventura, un rasgo bien acentuado de originalidad, de audacia, de afirmación artística. Os paraliza la sorpresa. El antiguo Colegio de Monserrat se ha mostrado rebelde al paralelismo de la calle. Ha hecho un avance posesorio. La torre perfilase, solitaria y altiva, afirmando su elevación sobre los aleros y balcones del edificio. Yérguese con el orgullo de su elegancia prócer, no empuñada siquiera por la vecindad del severo y majestuoso convento de los jesuitas.

La reconstrucción de la vieja casa de enseñanza fué realizada con un criterio ponderable. Un criterio de renovación que no ha borrado los caracteres de la arquitectura originaria. Por el contrario, vemos que ésta se ha vestido recientemente de una suntuosidad discreta de que antes carecía. Su estilo tiene la nobleza legítima del siglo XVIII, pero ajustado a normas y proporciones muy en concordancia con la época en que vivimos.

Ese bien realizado milagro de juventud se extiende a los distintos cuerpos del edificio. Todos los detalles arquitectónicos corresponden al período de la fundación, pero el espíritu de la reforma es tan flamante, tan nuevo y tan empíricamente ajustado a las necesidades actuales, que parecería absurdo atribuir al arquitecto Jaime Roca, autor y director de los trabajos constructivos y decorativos, ni tan siquiera una nebulosa idea de reconstrucción arqueológica. Y es que el tiempo no envejece nunca los estilos. Son éstos los que se hacen caducos, rancios e inactuales cuando la fisonomía que los

ANTONIO  
PÉREZ VALENTE  
DE MOCTEZUMA

distingue no ha logrado identificarse con la historia.

Los balcones, rejas, pórticos, galerías, tapias, columnarios y demás elementos arquitectónicos del Colegio de Monserrat dignifican el espíritu positivista y utilitario de la nueva Córdoba, cuya compacta edificación levántase, híbrida y uniforme, sobre los escombros vetustos. Y dais entonces en pensar que las sociedades criollas del pasado realizaron su obra, buena o mala, y que ésta quedó como testimonio permanente y ejemplarizador de sus esperanzas e inquietudes. Por eso consideramos encomiástico lo que se hace actualmente para perpetuar el espíritu de la tradición, cuando ésta ha conocido momentos sublimes y se ha visto engrandecida por el arte, la sabiduría y la belleza.

El monumento que nos sugiere tales consideraciones, cuyo carácter rememora una época de formación, dice más al sentimiento de los verdaderos argentinos de sangre, que cualquiera moderna construcción de las que empiezan a embellecer nuestras prósperas y laboriosas urbes. El estar rejuvenecido no resta encanto a su fisonomía, puesto que las galas con que se viste ahora son las mismas que singularizan el noble estilo de la época.

El Colegio de Monserrat hállese vinculado a la historia cultural de Córdoba por más de dos siglos de servicios ininterrumpidos. La juventud de la colonia y de la independencia encontró en estas aulas los puntales del conocimiento, indispensables para ellos y también para los que más tarde habían de regir los destinos de la República. Justo es, por consiguiente, que ahora se le hayan puesto algunos puntales a sus cimientos envejecidos para librarlos de la clausura y de la muerte.



La construcción del Colegio Nacional de Monserrat se hizo a expensas del benemérito sacerdote D. Pedro Ignacio Duarte de Quirós, con los cuantiosos bienes de su heredado patrimonio. Había nacido en Córdoba a mediados del siglo XVII. Era doctor en teología, encomendero de Caroya, y unía al timbre de sus virtudes ciudadanas, la circunstancia de pertenecer, por origen, a un claro linaje lusitano.

Sobre el pórtico de la entrada campean las armas nobiliarias del fundador como emblema permanente de la casa de estudios, a cuyas aulas, amplias y ventiladas, concurren actualmente cerca de mil

matriculados. Allí, bajo el silencio de los claustros, los jóvenes estudiantes se someten a las disciplinas de la enseñanza clásica, con el conocimiento de la lengua latina, las matemáticas, el idioma nacional y la historia.

Cabe recordar que en los doscientos treinta y cuatro años de labor ininterrumpida, el instituto estuvo bajo el magisterio de la Compañía de Jesús, de la Orden Seráfica, del clero secular y el profesorado que nombra y oficializa la gobernación de la provincia.

Su actual rectorado, que preside con toda eficacia el ingeniero D. Rafael Bonnet, sigue y mantiene las tradiciones del colegio con un elevado espíritu artístico y educativo. A sus gestiones personales débese la renovación y ampliación del plan antiguo, que se extiende a los seis años que sólo regían hasta la fecha en el Colegio Central de Buenos Aires. Ha financiado el empréstito bancario que hizo posible la moderna reconstrucción del edificio, y tuvo además el acierto de elegir un arquitecto que comprenda los valores estéticos y que posee la ductilidad y el sentido de la belleza, indispensables para emprender sin titubeos una obra tan difícil y delicada.

Los ruinosos muros de la casona cordobesa tienen su viejo encanto renacido. Azulejos policromados ponen la geometría de su dibujo sobre los zócalos del umbral, del patio y de la galería. Las plantas trepadoras cubren de un verde profundo la blancura granulada y áspera de los paramentos. El sol penetra por las características linternas de vidrio, las cúpulas y los tragaluces, poniendo en cada interior una clara y dorada atmósfera de primavera.

Parte de la vieja techumbre ha desaparecido. En su lugar, ábrese a la perspectiva de los claustros internos un solárium con arcadas simétricas, poetizado por el tono de los cipreses, el canto de los pájaros y el salterio de la fontana, que deshila sus hebras de oro sobre la taza rumorosa.

El arquitecto D. Jaime Roca, animador y ejecutante directo de la reconstrucción, debe sentir un orgullo justificado. Ciertamente la obra, no obstante los arcaísmos inevitables del estilo, presenta en sus volúmenes y composición de detalles ornamentales, un fuerte matiz californiano. Pero ha conseguido lo que se proponía. Afirmar las tradiciones artísticas de la ciudad, demostrarnos cómo puede salvarse de la ruina un monumento arquitectónico, y darnos la medida de su capacidad técnica con un trabajo que merece alabanzas y que se presta al comentario más fervoroso de la crítica.



Benito Cattáneo de la guardia vieja de los boleteros porteños, ahora, en presencia del retrato de la famosa María Barrientos, las brillantes temporadas líricas del Politeama, tan celebradas porque sirvieron para que nuestro público conociera a los más prestigiosos cantantes del mundo y para que en la vida teatral de Buenos Aires quedase aquella época señalada como uno de los grandes acontecimientos populares

La idea de crear una biblioteca para los actores ha constituido, en el Nacional, una iniciativa simpática. En un momento de tregua, los personajes principales de "El conventillo de la Paloma": Emilia Pezzi, Félix Mutarelli, Samuel Jiménez, Josefina Suárez, José Charmllo, Libertad Lamarque y Pierina Dealessi, entregados a las lecturas y a la meditación

# Kodak Teatral

Itala Ferreyra, vedette de la compañía Tro-Lo-Lo, que actúa en la Opera, ha conseguido difundir rápidamente una canción típica del folklore brasileño, "Jura, mi negro", que la simpática artista canta con mucha gracia e intención. El maestro y director de la compañía, Jardel Jercolis, en un brevísimo ensayo con la tiple, antes de presentarse al público

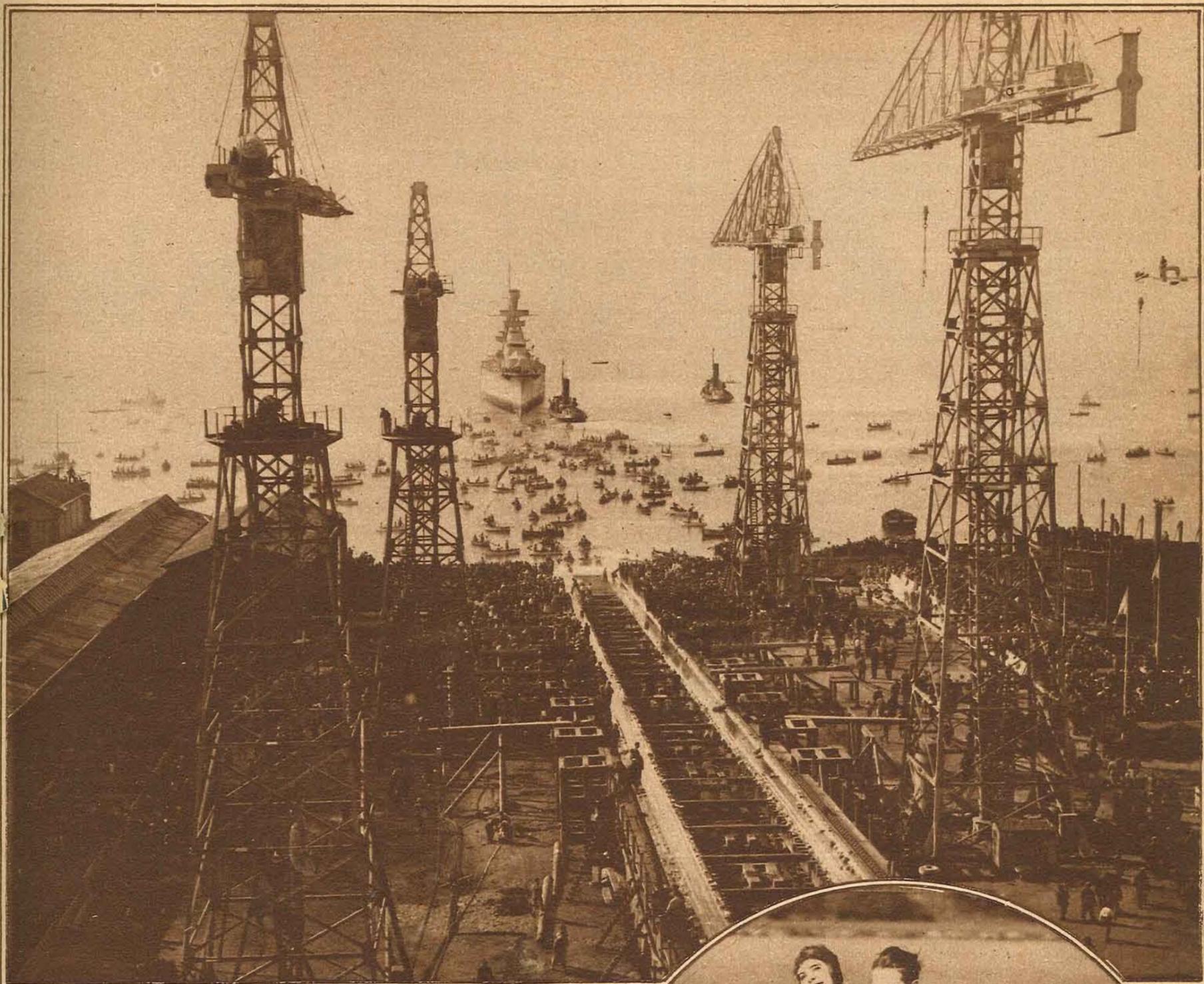


"Por todos laos se ve materia pa cortar"... Empieza así un nuevo tango de éxito, "No es por hablar mal", de Enrique Delfino y Manuel Romero, que Sofía Bozán ha estrenado últimamente en el Sarmiento, agregando a su amplio repertorio una canción más de las que el público consagra desde la primera audición



"La sinfonía de los colores", el cuadro final de la revista "Rio-Paris", una de las piezas con las cuales debutó con gran aplauso de público y de la crítica la compañía brasileña Tro-Lo-Lo





Una vista de los astilleros navales de Génova, momentos después de haber sido botado al agua el acorazado argentino "Almirante Brown".



Se ha puesto en boga en Gran Bretaña un flotador automóvil, que permite a los aficionados a los sports náuticos el desarrollo de grandes velocidades en el agua. Una pareja probando el nuevo flotador lanzado a toda velocidad.

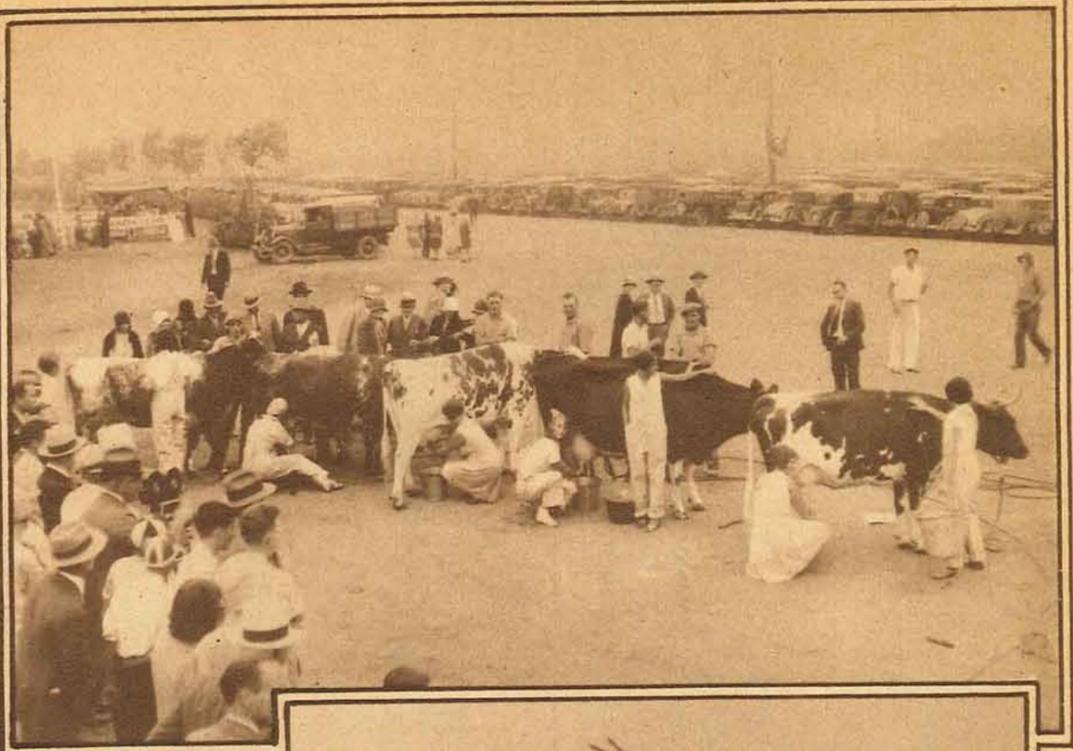


Miss Agnes Nicks, la conocida nadadora británica, cruza bajo el puente de la Torre de Londres remolcada por un flotador.

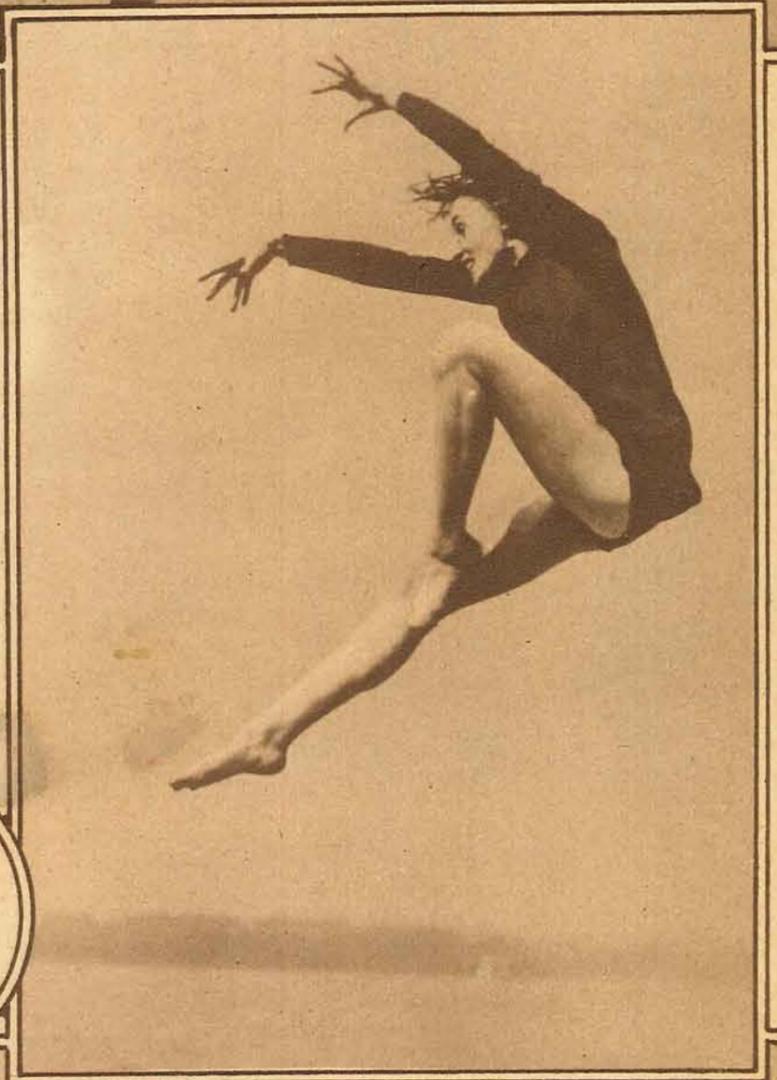




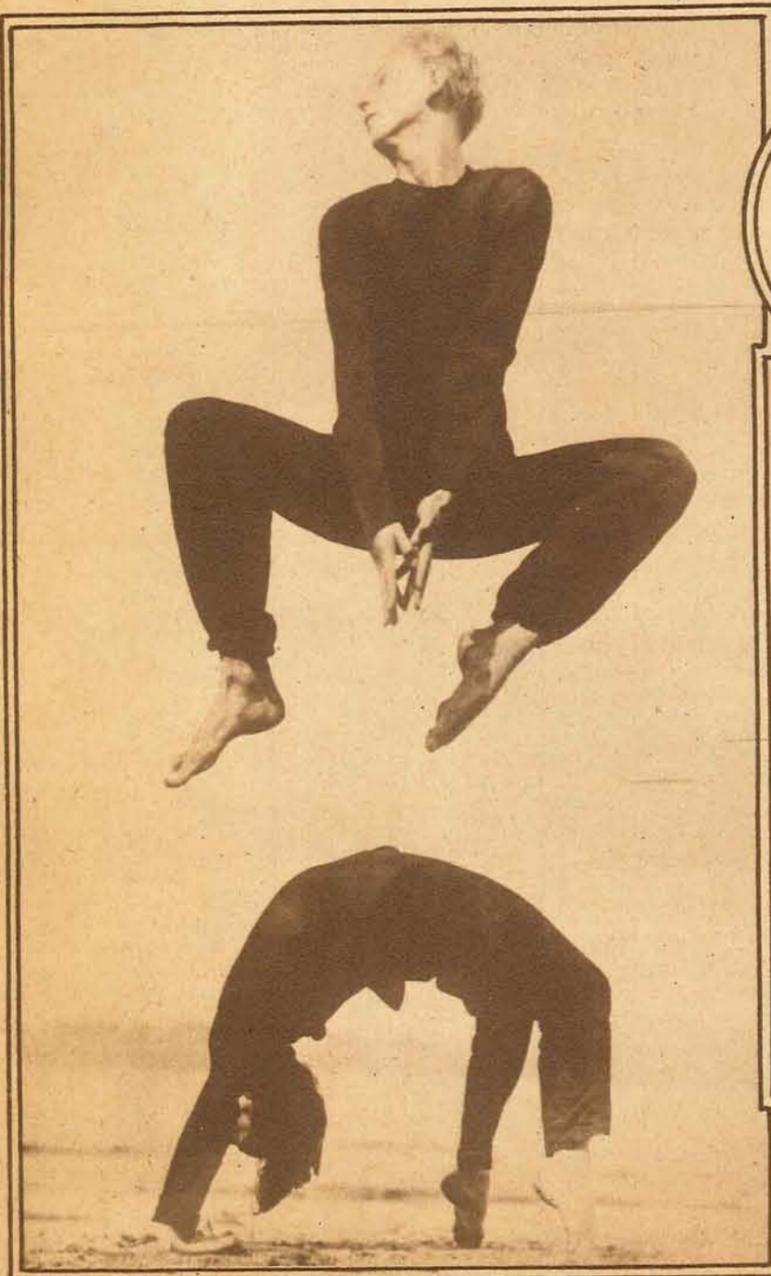
La joven estrella cinematográfica Loretta Young, luciendo un nuevo modelo de sombrero donde figuran como adorno dos pequeños aviones, uno de los cuales representa tomar aprovisionamiento del otro mediante una pequeña cadena de perlas.



En Pomona Fair se realizó recientemente un concurso para conocer cuál era la vaca lechera que producía más leche en los Estados Unidos. Durante el original campeonato.



Una clase coreográfica al aire libre



Tres espléndidas demostraciones de danzas interpretadas al aire libre por los artistas berlineses que dirige el profesor Frau Jotta Klamt, considerado como uno de los más famosos del mundo. Estas interpretaciones fueron utilizadas para hacer un estudio técnico.





No diga:  
galletitas para sandwiches.

Diga y exija:  
"EXPRESS" de TERRABUSI  
que son algo más...



# Galletitas "Express"

**"¡Juventud, divino tesoro!"**

...tesoro que en los niños queda confiado, principalmente,  
a una sana y equilibrada nutrición.

En lugar de pan, alegre sus niños con las deliciosas  
"EXPRESS", de un valor nutritivo y digestivo muchísimo  
mayor.

Déles así lo que muchos y muy grandes médicos han cali-  
ficado de todo un "hallazgo" tanto para la nueva como  
para la vieja generación.

Pídalas a su proveedor.

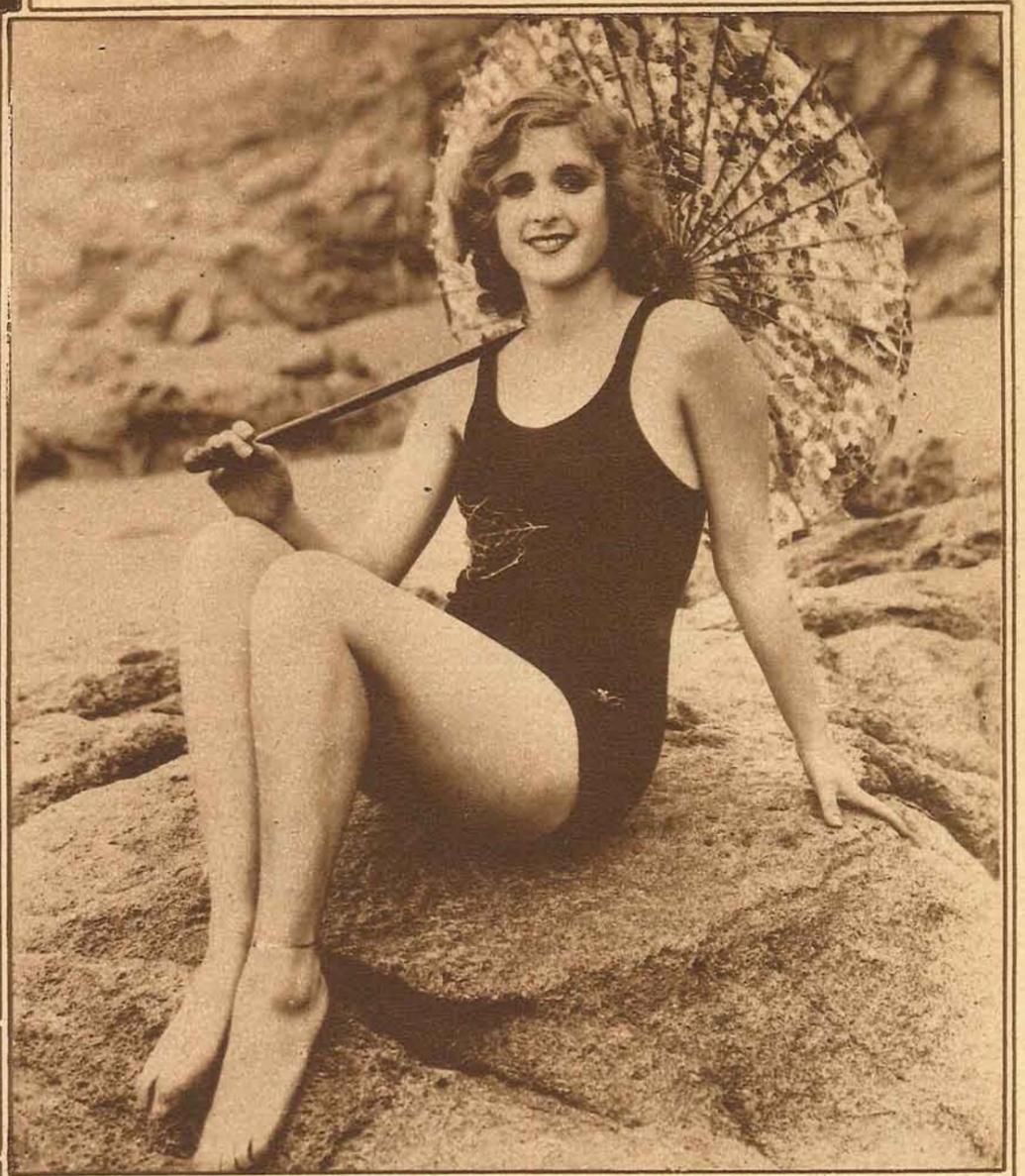
Se venden en todo el país,  
en cajas de 1 y 2 kilogramos.



ESTABLECIMIENTO MODELO  
**TERRABUSI**



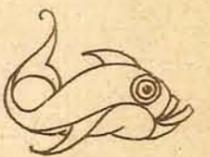
Figuras de la pantalla: Myrna Loy.



Betty Caldwell.



Artistas del Teatro Nuevo, de San Diego, huyendo ante las olas en la playa de Coronado. Participaron en una reunión de atletismo, en la cual hubo pruebas de natación, zambullida, deslizamiento sobre el agua y carreras de lanchas autom6viles.



# CORDERO

**ES EL VINO GENEROSO**

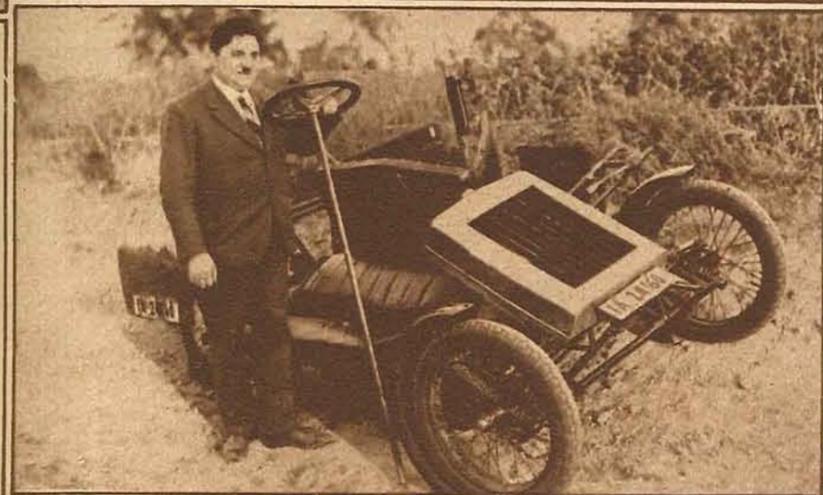
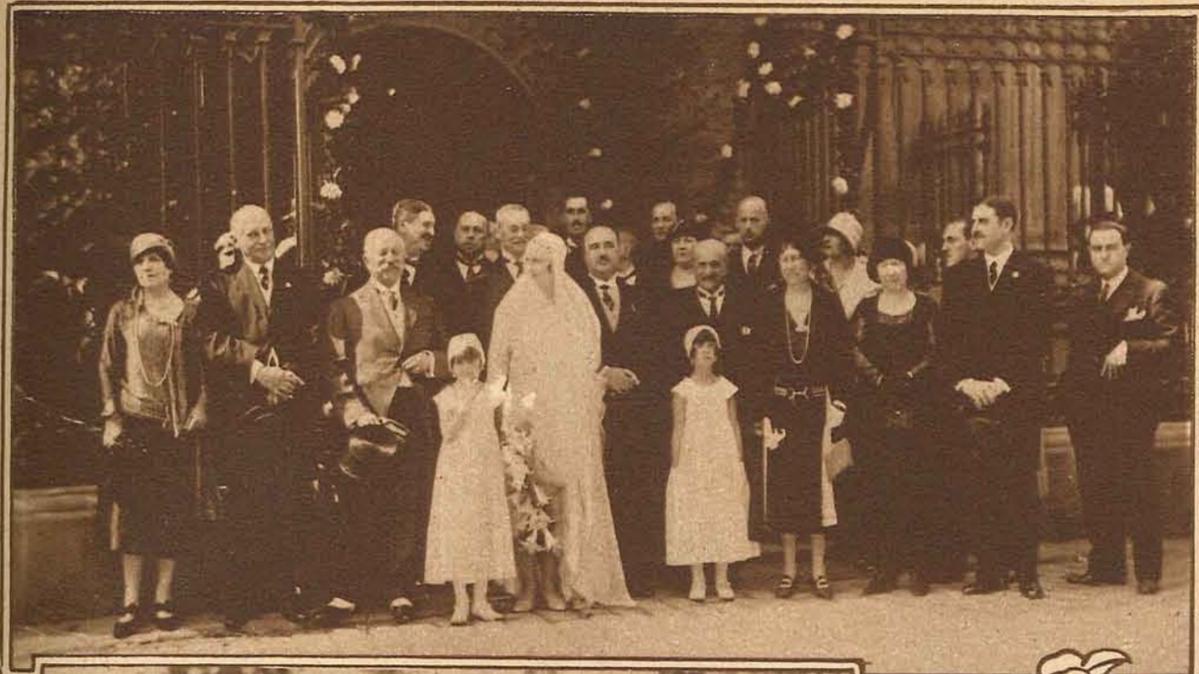
**QUE EN TODA MESA  
BIEN SERVIDA, NO  
DEBE FALTAR A LOS  
... POSTRES. ...**



EXIJALO A SUS PROVEEDORES  
Y NO LES ACEPTE OTRO  
... EN SU REEMPLAZO ...

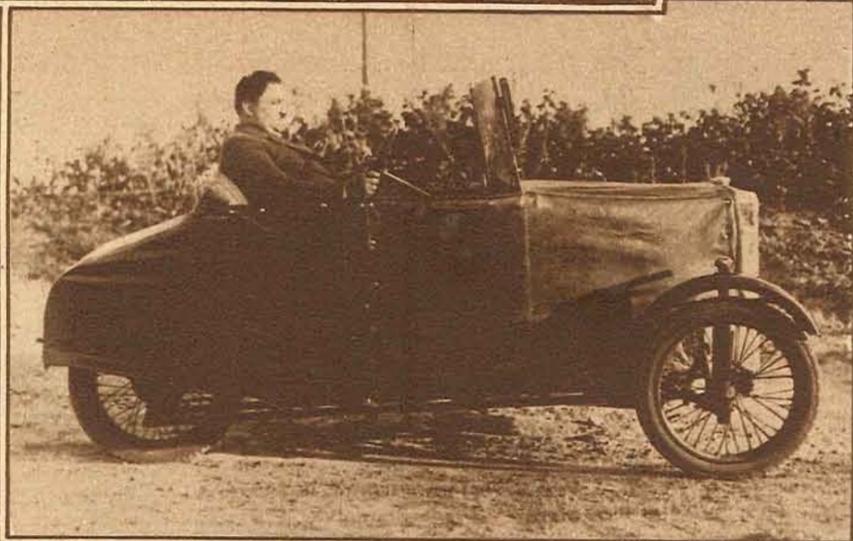


Jean Arthur, artista de la Paramount, que concurre asiduamente al gimnasio de la empresa.

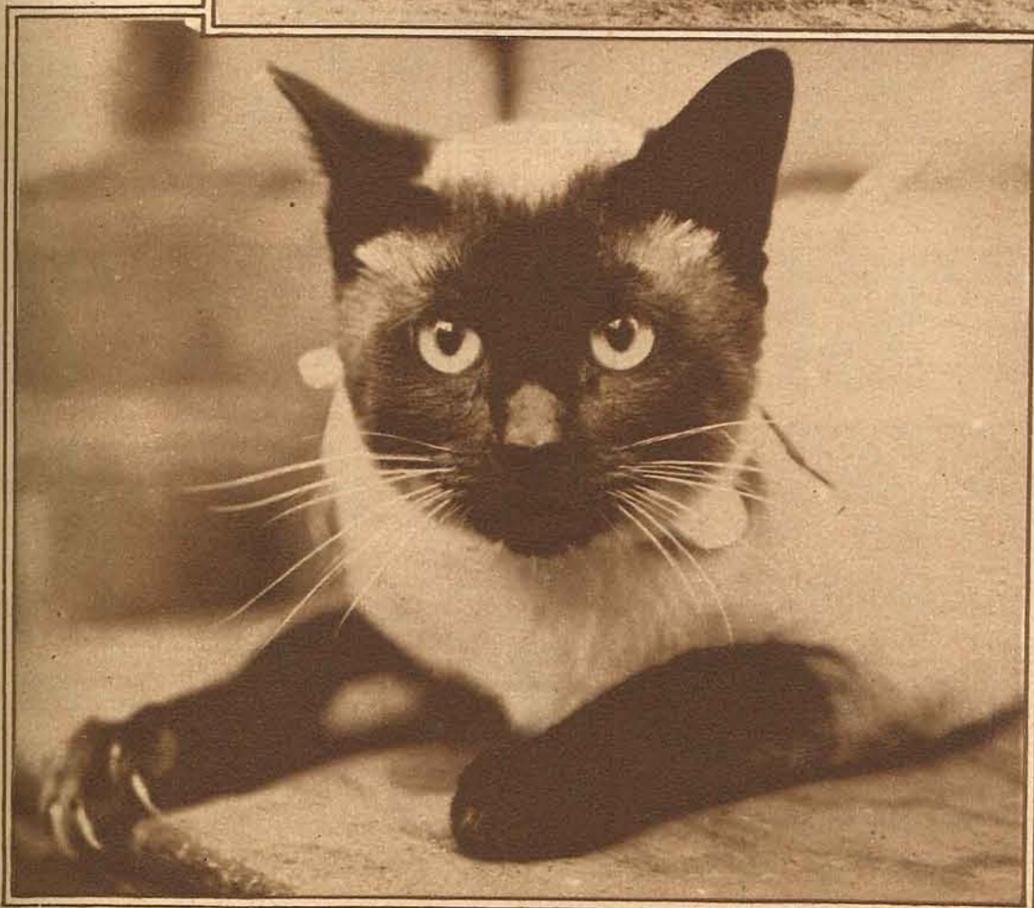


El 26 de septiembre se realizó en San Sebastián la boda de la señorita Pérez Caballero con el marqués de Encinares. Asistieron el marqués de Estella y el conde Romanones, quienes actuaron de testigos. Después de la ceremonia nupcial.

El ingeniero Heinrich Zaschla con el pequeño automóvil plegado de su invención, cuyo costo alcanza a solamente 7.000 francos.



La princesa Verga, inspectora provincial de la Legión Fascista Femenina, conocida en toda Italia como "la mano izquierda de Mussolini", y que sólo cuenta 26 años de edad. A raíz de un accidente de automóvil, ha tenido que sufrir la amputación de su mano derecha.



"Hum Guffin", ganador del primer premio de la exposición de gatos siameses, realizada en Earl's Court.



DE USTED DEPENDE QUE SU CUTIS SEA HERMOSO

No tema los cambios bruscos de temperatura ni las inclemencias del tiempo. Crema de Almendras será la mejor protección para su cutis. gas, grietas, pampaduras, resaca- miento y en general contra todo aquello que conspira contra la belleza y lozanía de la tez. Ensáyela usted y se convencerá de su superioridad. Como base de adherencia para polvos de tocador, es maravillosa.

Precio en la Capital Frasco de ensayo \$ 0,30 Frasco corriente „ 2,20

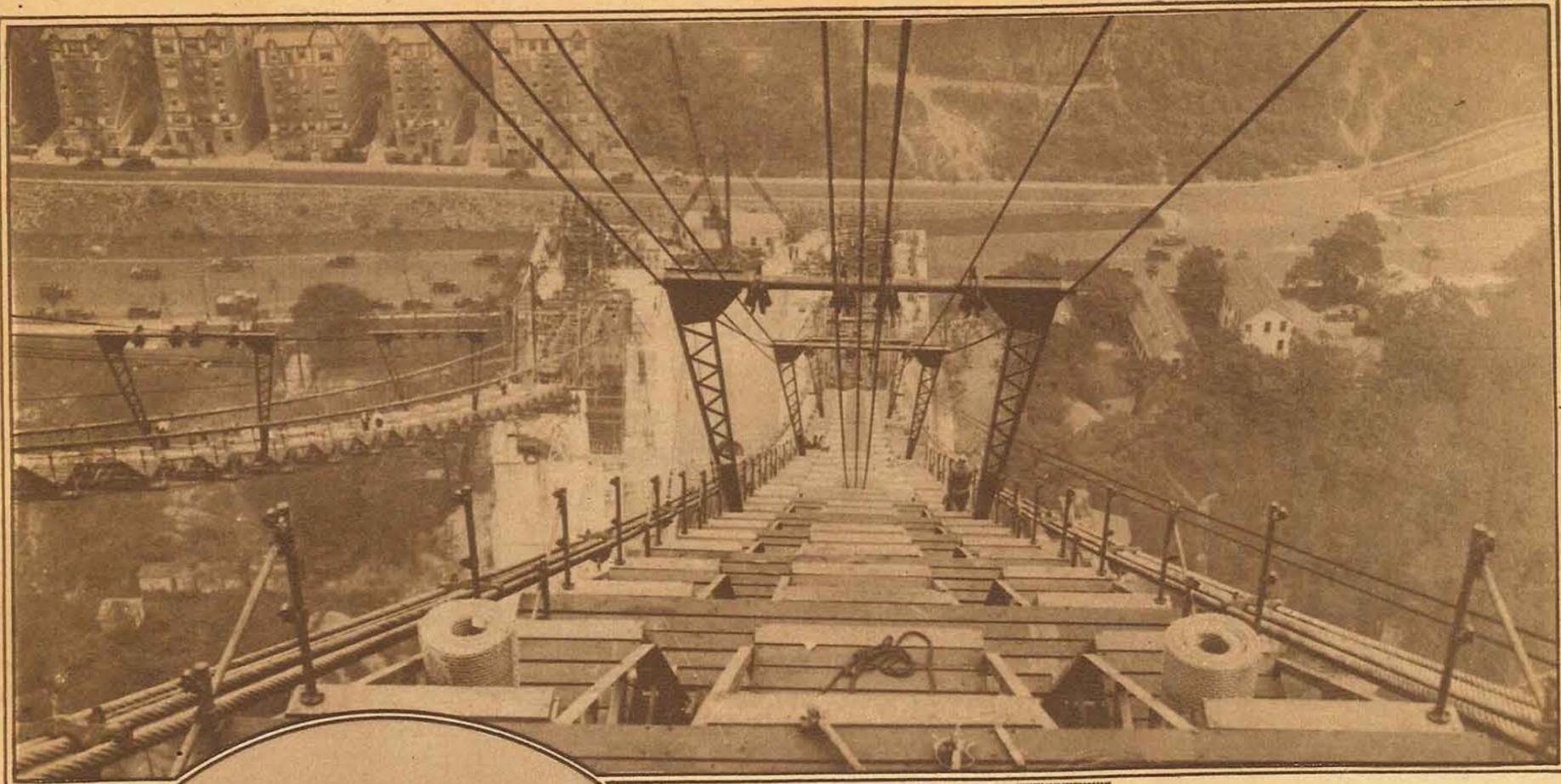
Si su proveedor no la tuviera solicítela acompañando su importe más \$ 0.10 para franqueo, a sus únicos concesionarios.

JORGE GLENZ & CIA.

Lavalle 1667

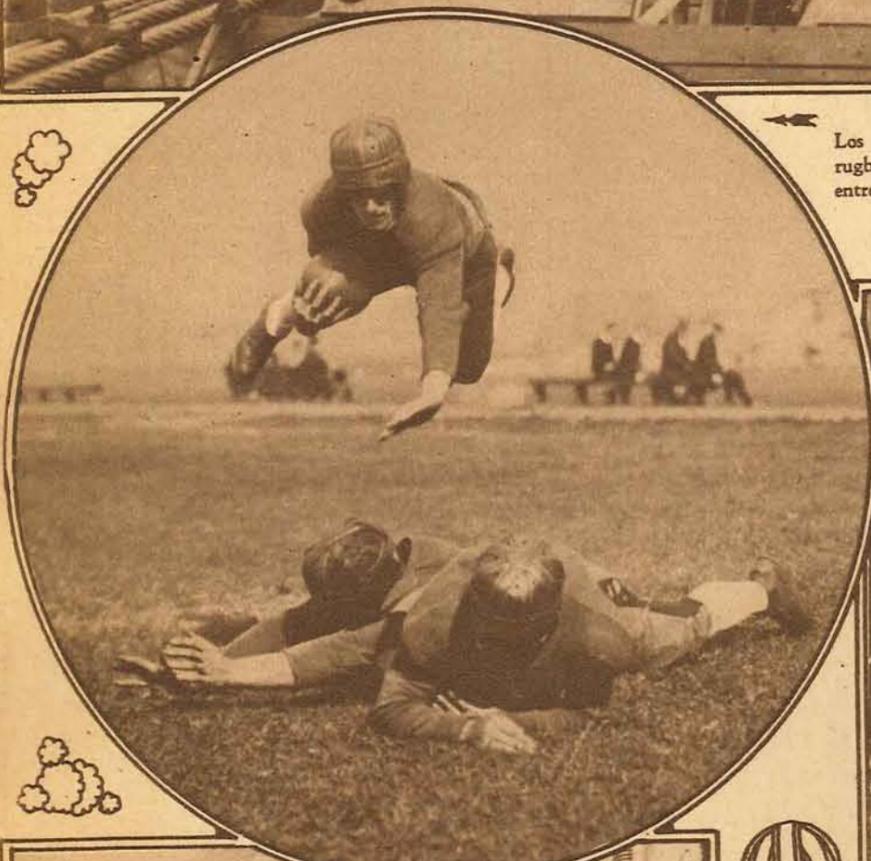
Buenos Aires

CREMA GLENZ EL SECRETO DE LA BELLEZA

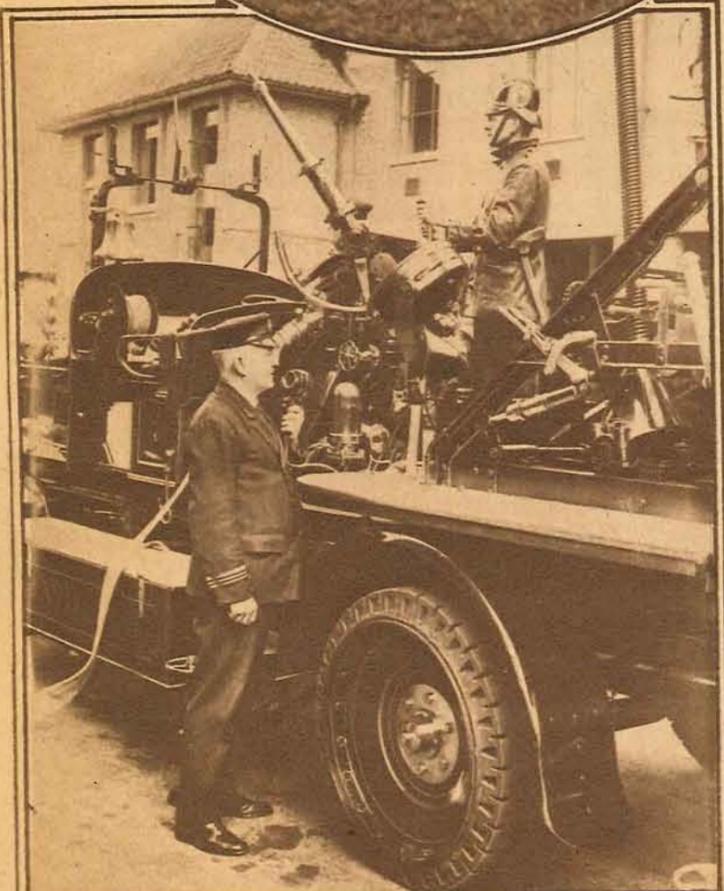


Estado de las obras del nuevo puente sobre el Hudson, que unirá Nueva York con Nueva Jersey. El puente costará 60.000.000 de dólares y deberá estar terminado a principios de 1932.

Los componentes del equipo de rugby del Manhattan College entrenándose para la próxima temporada.



En las calles de Tokio. Tres hombres "sandwich", cubiertos con enormes sombreros de paja.

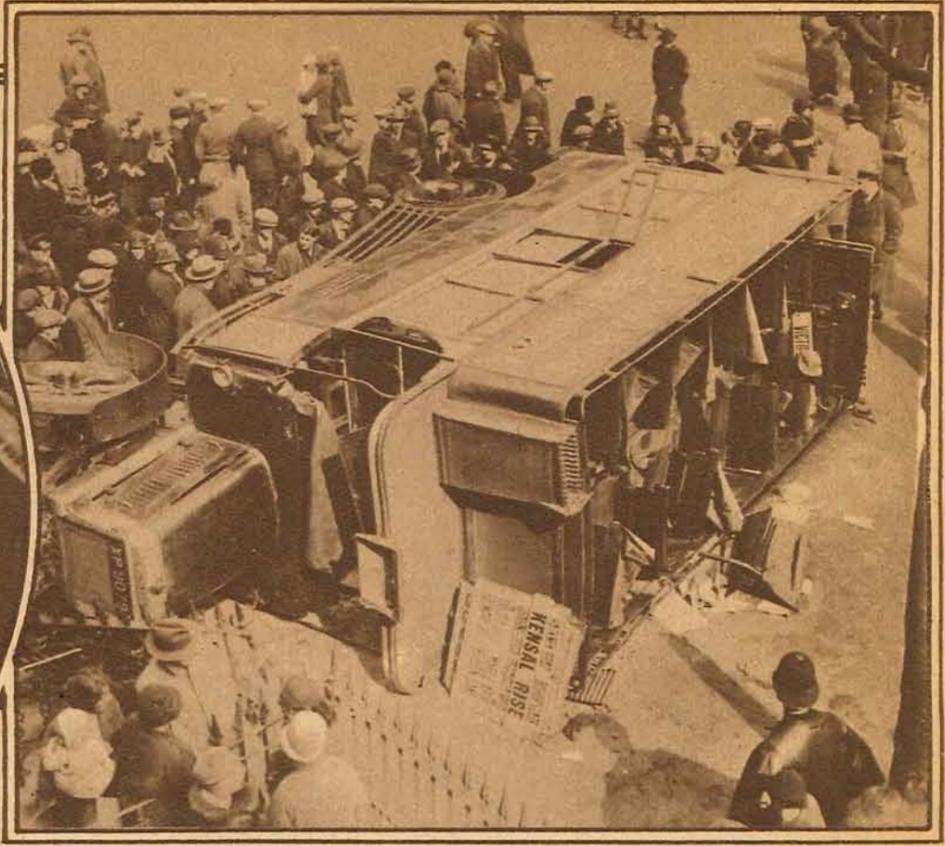
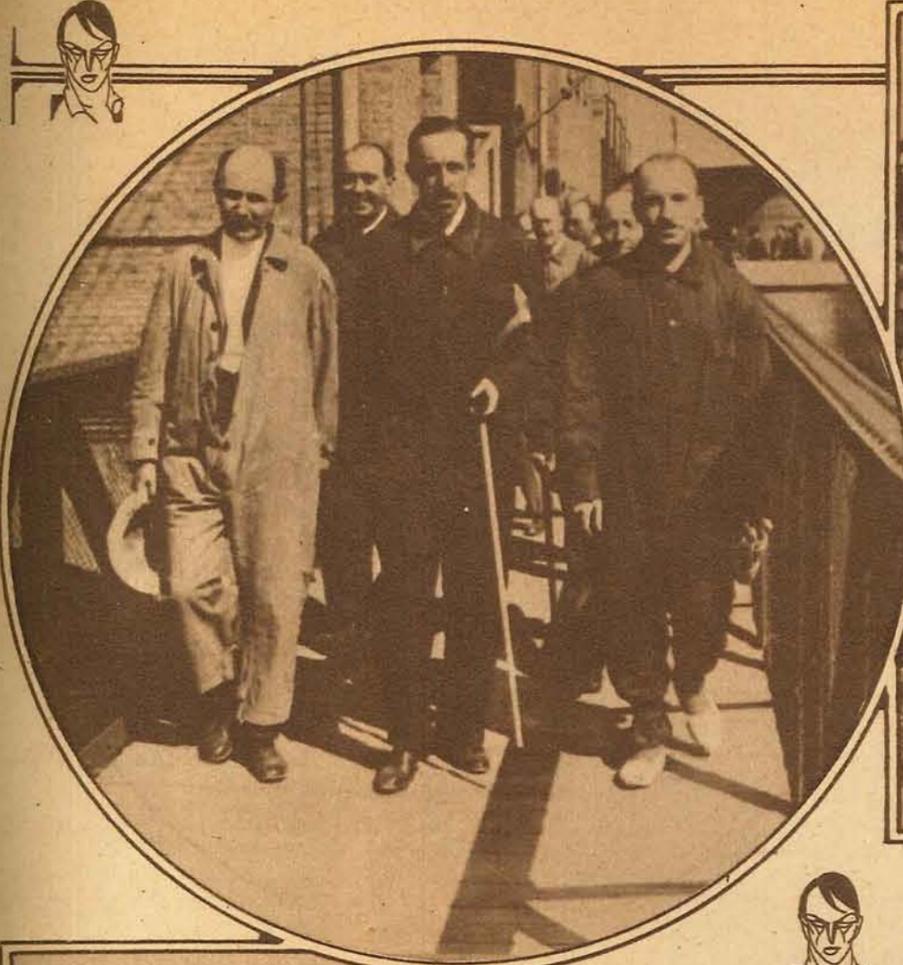


Debido a la gran altura de la nueva escala que posee la brigada de bomberos de Leicester, es necesario transmitir telefónicamente las órdenes a los hombres que se hallan en lo alto.



**BIZCOCHOS CAÑALE**

Se apartan de los demás productos similares por su sencillez e inconfundible presentación. - No predomina en ellos esencia de especie alguna. - Su exquisito sabor proviene de los insuperables y ricos elementos con que se fabrican.

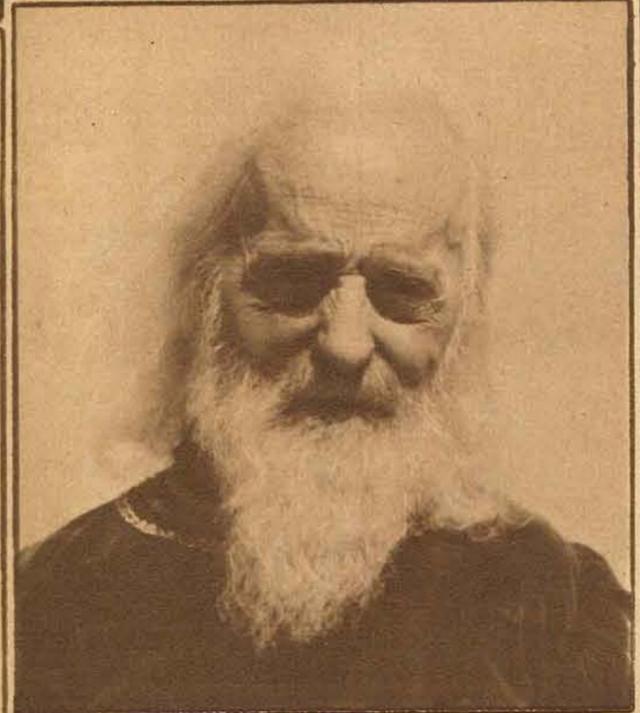


En Maida Vale (Gran Bretaña) un ómnibus de pasajeros chocó contra un camión, estrellándose después contra la verja de una casa. Finalmente volcó, ocasionando el pánico en el pasaje.



El rey de España visitó, en Barcelona, una mina potásica. Para llevar a efecto esa visita debió vestirse con el traje de minero con que aparece en la fotografía.

La actriz cinematográfica Gloria Swanson al llegar a Nueva York a bordo del "Ile de France", en viaje de regreso de Europa. La estrella desmintió la noticia de su separación del marqués de la Falaise.



William H. Taylor, de 101 años de edad, aparece en la película parlante "El rey vagabundo". Dice este curioso intérprete que hace cincuenta años que no se corta el pelo y treinta que no se afeita.

**Manos exquisitas**  
por su distinción y suavidad, por lo blancas y bien cuidadas, son las manos de quien usa asiduamente

**JABÓN HENO DE PRAVIA**

En cuanto lo pruebe, será su jabón favorito. Encantará a usted la pureza de su pasta compacta, su espuma abundante y suave, su perfume delicioso, inconfundible, tan intenso al final como al principio de la pastilla.

Úselo, y cada día añadirá encanto a su belleza.

**\$ 0,70**  
en Tiendas, Farmacias y Perfumerías de toda la República.

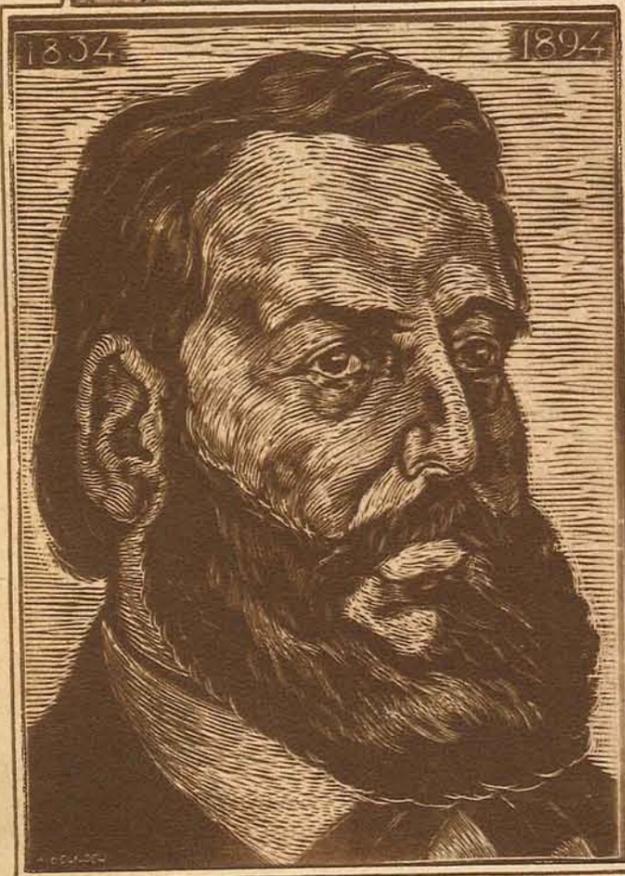
**PERFUMERÍA GAL. - MADRID**  
Sucursal en la Argentina: Maure, 2010-14. - Buenos Aires.  
Proveedores de S.S. MM. los Reyes de España.



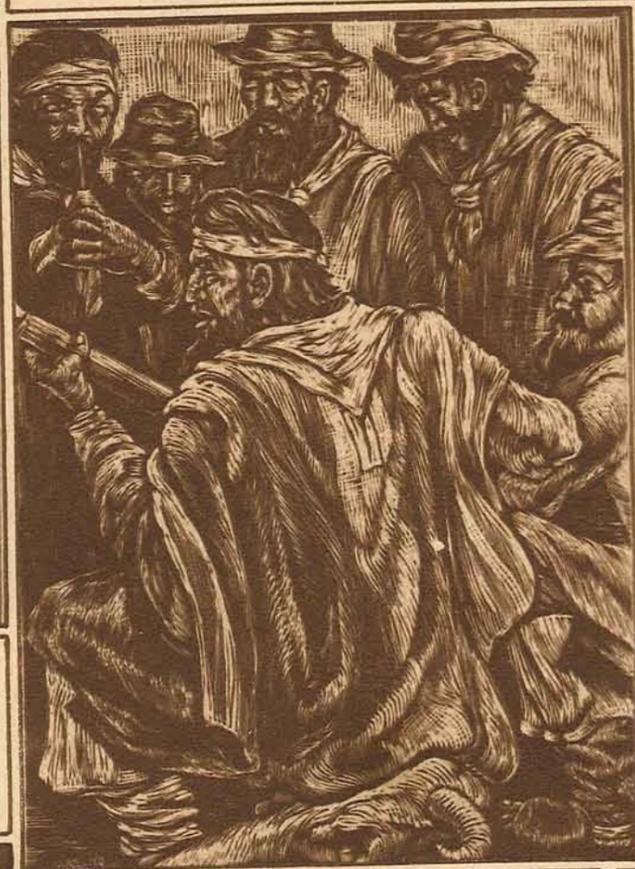
Aparato análogo al "Jesús del Gran Poder", con mayor capacidad de combustible, en el cual los pilotos españoles Haya y Barberán proyectan realizar un gran raid de distancia.



El capitán Haya, del ejército español, que se apresta a la realización del raid.



Retrato de José Hernández, grabado en madera de Adolfo Bellocq, que forma parte de la colección que servirá para ilustrar una edición de "Martín Fierro", dispuesta con el patrocinio de "Amigos del Arte".



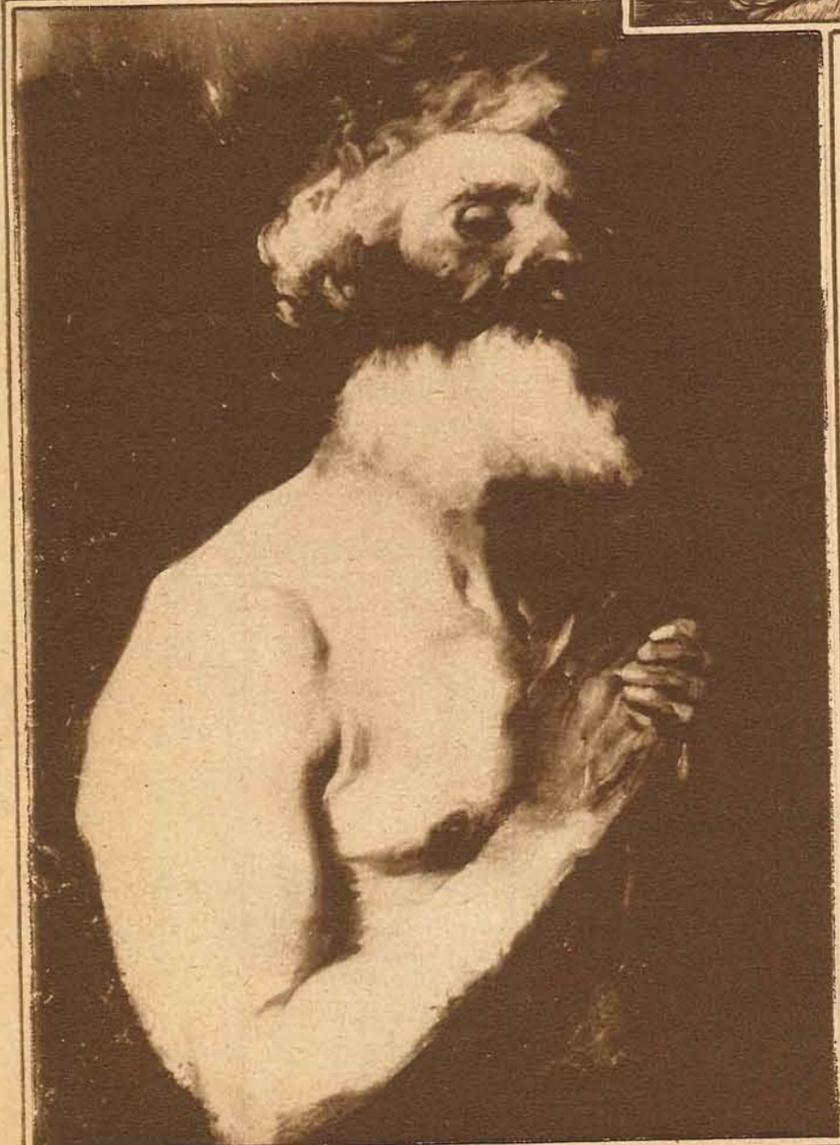
Otro grabado de la misma colección, que representa un pasaje de la obra.



"Viejo orando", cuadro de Caraffa, que pasará al Museo por resolución de la Comisión Nacional de Bellas Artes.



El violín de Sarasate. Un admirador ferviente del gran artista español ofreció 2.000.000 de pesetas por el mágico instrumento que se guarda como una reliquia en el Conservatorio de Música y Declamación de Madrid. La propuesta no fué tomada en cuenta.



De la música popular. Maestro Alberto Haimovitz, director de la orquesta del Ocean Club, de Mar del Plata.



Pepe Arias, el aplaudido actor cómico, que actuará con Alippi-Pomar, en Montevideo.





Es sído requerido para que trate este título, que encierra raras y a parentes contradicciones para los novicios y

que da lugar a tantas controversias en mérito de aquella convención reglamentaria que aconseja no abrir el juego con el semifallo si el compañero no ha declarado ese palo.

¿Y por qué se considera mala, en general, la salida del semifallo?

Los partidarios de esta jugada (que aunque raros, los hay todavía) sostienen que debe ensayarse la posibilidad de hacer bazas aprovechando, antes del destriunfe obligado que hará el declarante, los pequeños triunfos como único medio de salvación de muchas partidas perdidas de otra manera.

Pero son mejores las razones que inclinan a sostener como regla general una tesis contraria.

Ante todo es evidente que, teniendo solamente una carta de un palo cuya distribución es una incógnita, hay probabilidades de que las cartas restantes de ese palo se encuentren divididas entre los demás jugadores a razón de una tercera parte cada uno. Abrir el juego en ese semifallo resulta, pues, casi siempre colocar al compañero entre dos juegos.

Además, es lógico suponer las cartas fuertes en manos del declarante cuando no hay una indicación que nos haga suponer lo contrario. Iniciando el juego, según esta tesis, sólo se conseguirá, en general, franquear un palo dudoso facilitando la acción del declarante, que no podrá dejar de advertir esta situación realizando un destriunfe en la primera oportunidad. A raíz de ello, el declarante, bien informado sobre la ubicación de las cartas de ese palo, no tendrá dificultad al-

# BRIDGE SALIDAS DE SEMIFALLO

guna en sus finezas y hasta deducirá sin mucho trabajo la cantidad y posición de otras cartas en las respectivas manos de sus adversarios.

Ese ataque de semifallo resulta a menudo la causa de los "chelen" imprevistos. El palo desconocido y franqueado gracias a las facilidades otorgadas por la salida puede resultar el fuerte del "muerto" o del declarante, y con ello interminables descartes con las consecuencias del caso, inevitables después.



♠ A-K J-9 8	♥ Q-J 10	♦ 10-8 7	♣ K-J
-------------------	-------------	-------------	-------

declarado por el compañero, es una jugada inobjetable e indicada.

No siendo así, sólo conviene hacerla en determinados casos. Veamos algunos: una salida de semifallo de As, especialmente cuando el compañero ha declarado un palo, es indicada. Después de hacer la baza inicial se entrará en la mano del compañero que, habiendo comprendido el motivo de esa salida anormal, le hará utilizar los triunfos que pueda. La salida de As y el subsiguiente cam-

bio de palo son indicaciones claras para que el compañero vuelva al palo de ese As a la brevedad posible.

Puede también atacarse del semifallo cuando el jugador a quien corresponde la iniciación del juego tiene el As de triunfo, o al menos el Rey, mediante uno de los cuales pueda interrumpir el arrastre que el declarante iniciará una vez que haya tomado la mano, a fin de evitar que el atacante aproveche sus pequeños triunfos.

Los muchos triunfos en el juego del atacante no deben tenerlo a tratar de aprovecharlos fallando. Por el contrario, su finalidad debe ser tender a debilitar al declarante y para ello será necesario que inicie el juego con su palo fuerte. Llegará el momento así en que sea dueño de la situación con la cantidad de triunfos, cosa que no hubiera sido posible con una salida del semi-fallo.

Sin embargo, la excepción confirma la regla; hay casos en que sólo la jugada del semifallo, puede salvar una partida. Las situaciones anormales exigen soluciones extraordinarias y esos remates encarecidos hasta obligaciones extremas de cinco o seis bazas, justifican salidas exóticas y antirreglamentarias. La razón es explicable: los grandes contratos tienen que estar basados en juegos sumamente sólidos, vulnerables sólo por un tropiezo imprevisto, como puede ser el resultado de esa salida de semifallo. A ella puede, pues, y hasta conviene recurrir en casos excepcionales.

En otras condiciones, la salida de semifallo es demasiado clara para que pueda pasar inadvertida para el declarante, cuya conveniencia será evitar, en cuanto le sea posible, los perjuicios que pueda ocasionarle tomando las medidas del caso. Además creo haber demostrado que todas las probabilidades resulten a favor de que ese ataque franquee un palo largo del declarante. Por eso conviene analizar los medios que se poseen para poder utilizar prácticamente esa salida, sin que ella pueda causar daños inevitables. Queda, pues, entendido que si bien, en general, la salida de semifallo o de palo débil (como puede ser el formado por dos cartas) no es aconsejable, tampoco puede considerarse mala en absoluto, ya que hay manos que la justifican como buena y otras como imprescindible y única tabla de salvación.

♠ 5-4
♥ K-5-4 3-2
♦ Q-5-4
♣ 4-3-2

**NORTE**

Triunfo es corazón. Oeste tiene la mano y ha abierto el juego con el cinco de pique. Sur hace nueve de las trece bazas contra cualquier defensa de Este y Oeste.

**SUR**

(En la edición de mañana publicaremos la solución de este problema)

♠ Q-10-3 2
♥ 9
♦ 9-5-2
♣ A-Q-9 6-5

Por intentar hacer alguna baza más con la jugada que comento se corre el riesgo, demasiado grande en proporción al beneficio, de dar muchas bazas libres y firmes al adversario.

Es por estas circunstancias que una salida de semifallo no es oportuna, en razón de que se pone en guardia al declarante del peligro que amenaza sugiriéndole que arrastre sin demora.

Abrir el juego de la carta sola, cuando ella es del palo

♠ 7-6	♥ A-8 7-6	♦ A-K J-6	♣ 10-8 7
-------	--------------	--------------	-------------

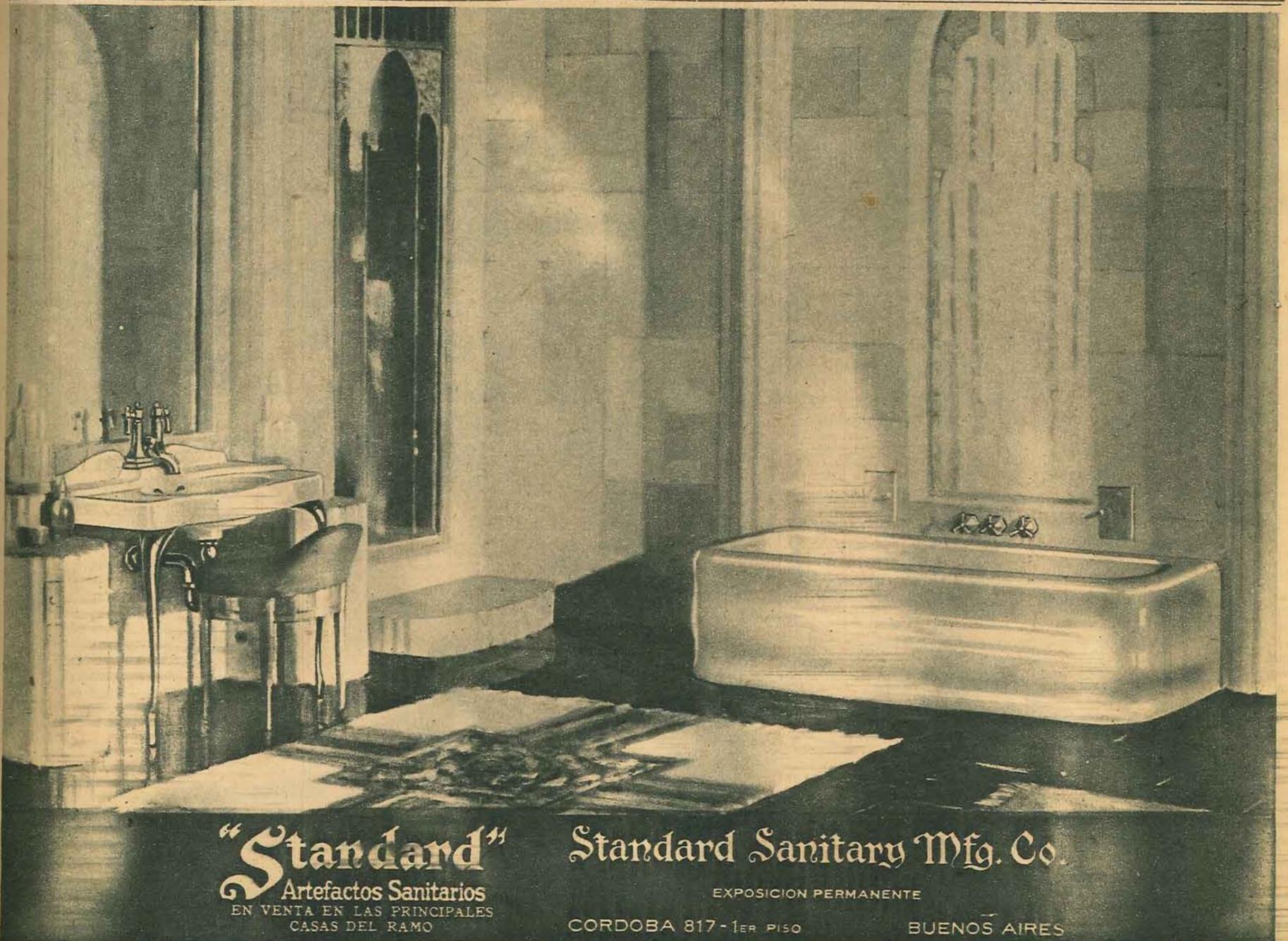


LEON CASABAL

bio de palo son indicaciones claras para que el compañero vuelva al palo de ese As a la brevedad posible.

Puede también atacarse del semifallo cuando el jugador a quien corresponde la iniciación del juego tiene el As de triunfo, o al menos el Rey, mediante uno de los cuales pueda interrumpir el arrastre que el declarante iniciará una vez que haya tomado la mano, a fin de evitar que el atacante aproveche sus pequeños triunfos.

Los muchos triunfos en el juego del atacante no deben tenerlo a tratar de aprovecharlos fallando. Por el contrario, su finalidad debe ser tender a debilitar al declarante y para ello será necesario que inicie el juego con su palo fuerte. Llegará el momento así en que sea dueño de la situación con la cantidad de triunfos, cosa que no hubiera sido posible con una salida del semi-fallo.



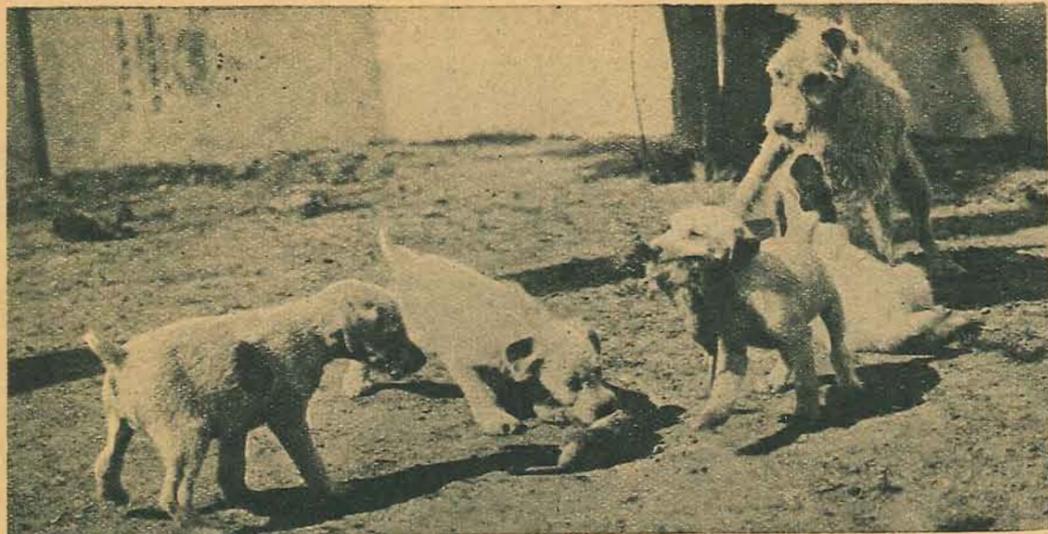
**"Standard"**  
Artefactos Sanitarios  
EN VENTA EN LAS PRINCIPALES  
CASAS DEL RAMO

Standard Sanitary Mfg. Co.

EXPOSICION PERMANENTE

CORDOBA 817-1ER PISO

BUENOS AIRES



A peste bubónica, no hace muchos meses, produjo justificada alarma en el público, al conocerse algunos casos aislados que se produjeron en la ciudad. ¿Cómo?, decía la gente. ¿No tenemos un Departamento Nacional de Higiene con todos los elementos necesarios para extirpar el mal?

Efectivamente, el Departamento Nacional de Higiene tiene el personal técnico y el material indispensable, pero no siempre cuenta con la colaboración particular para que la obra sea completa...

La matanza de ratas, origen de la peste bubónica, debería ser una tarea obligatoria para todo el mundo, y especialmente para las grandes empresas que almacenan cereales en depósitos ubicados dentro del radio de la ciudad. Sin embargo, la colaboración particular es escasa actualmente y era completamente nula hasta hace poco.

Felizmente, en noviembre del año pasado, el Gobierno dictó un decreto obligando a los dueños de galpones, de estibas, etc., a cumplir con las disposiciones que aconseja el Departamento Nacional de Higiene, y debido a ello, la cantidad de ratas, sobre todo en la zona portuaria, ha disminuído considerablemente.

#### LAS "BARRERAS METÁLICAS"

Amparado por el decreto al

Los cachorros fox-terrier aprendiendo el oficio bajo la vigilancia de la madre

que se hace referencia más arriba, el Departamento Nacional de Higiene, dentro de un plazo relativo, está obligando a los propietarios de galpones, y arrendatarios de terrenos para estibas, a colocar a su alrededor las llamadas "barreras metálicas", con lo que se evita que las ratas lleguen hasta las bolsas, las deterioren y hagan lo propio con el cereal.

Las "barreras metálicas" consisten en chapas lisas, de una sola pieza, que rodean el galpón o la estiba hasta una altura de 80 centímetros, y que además se hallan enterradas otros 80 centímetros, a fin de evitar que las ratas hagan excavaciones y se introduzcan lo mismo.

Las puertas de los galpones también han sido reforzadas con chapas lisas, y además, se les coloca una doble puerta de chapa de la misma característica para evitar la entrada o salida de las ratas.

Las ventanas y todas las aberturas de ventilación están protegidas por mallas de tejido metálico.

Cuando se está por despilar una estiba, sus propietarios tienen la obligación de dar cuenta al Departamento Nacional de Higiene y éste, antes de que se muevan las bolsas, ordena la preparación de una "barrera metálica" dentro mismo del galpón, a pocos centímetros de la estiba, para que al desaparecer

La eficiente colaboración de los fox-terrier. Cómo se adiestran los perros. Las barreras metálicas en los galpones y en las estibas

ésta no se escapen las ratas que se hallaran en la misma.

#### LA OFICINA DE SANEAMIENTO DEL PUERTO

A pesar del deficiente edificio que posee en el dique 3, unas antiguas casuchas de madera, la Oficina de Saneamiento del puerto, que depende del Departamento Nacional de Higiene, realiza una verdadera obra de desratización en la zona marítima, aunque no cuenta aún con la cantidad de elementos como para actuar con éxito en tan enorme jurisdicción.

Dirige esa oficina el Dr. Juan R. Pareto, quien tiene un eficaz colaborador en su segundo, don P. V. Coulin, que está a cargo de la sección portuaria, con carácter permanente.

Ambos vienen trabajando silenciosamente, pero con verdadera eficacia, en la desratización de los galpones y depósitos en general del puerto, a pesar de que no disponen nada más que de 80 peones para atender las necesidades de más de 30 kilómetros de puerto, desde Puerto Nuevo hasta Puerto Bryan, y además, todos los terrenos adyacentes.

Cuenta esa repartición actualmente con 36 perros fox-terrier (pelo duro) a los que se adiestra en la misma, para que presten servicio en la matanza de ratas.

El empleo de perros constituye una innovación, debida a los dos jefes mencionados, los que tienen el propósito de solicitar un plantel mayor al Departamento de Higiene, en vista del inmejorable resultado que están dando.

#### COMO SE ADIESTRAN LOS PERROS

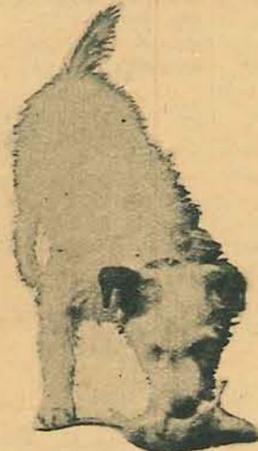
Por instinto, los fox-terrier (pelo duro) son cazadores de ratas, pero necesitan que se les adiestre bien para cooperar, no sólo en las cuevas, sino especialmente en los galpones, en las estibas, y sobre todo cuando se inicia el "despile" del cereal. En las oficinas de Saneamiento del Puerto se ha preparado una "pista", formada con latas lisas que tienen una altura de un metro, más o menos, y allí se adiestra a los fox-terrier, desde "cachorros".

Al principio se les largan lauchas y ratones, teniendo en

## Los perros al servicio de la higiene

Por Luis Almirón

Cerca de 200.000 ratas por año mata la Oficina de saneamiento del puerto, del Departamento de Higiene



Un fox-terrier dando fin a la vida de la rata

cuenta la poca defensa de los perritos. Por lo general, a los "novicios" los acompaña la madre, la que despliega en seguida gran actividad para enseñarles a defenderse del enemigo.

Los perritos no tardan en imitarla, y al poco tiempo cazan los ratones "en el aire", sin dárles tiempo a disparar.

#### EL PERRO "ENTRA EN SERVICIO"

Cuando el animal tiene "la edad" necesaria y se han hecho las últimas pruebas con ratos, comprobándose que ya tiene la práctica indispensable, se les destina a una de las cuadrillas de peones, enviándosele en seguida al galpón donde se requieren sus servicios.

El fox-terrier, una vez hecho a la "profesión", descubre inmediatamente si en un galpón o en una estiba hay ratas, por medio de su poderoso olfato. En cuanto se colocan las "barreras metálicas", los perros se sitúan dentro de la misma para iniciar la caza en cuanto se mueven las bolsas. En pocos minutos terminan su tarea, dejando el tendal de ratas destrozadas.

En los terrenos adyacentes al puerto, donde se hallan los galpones muy aislados de la zona marítima, por ejemplo en Puerto Bryan, por lo general las ratas "instalan sus cuarteles" haciendo cuevas profundas que se comunican entre sí a largas distancias.

En esos casos, las cuadrillas de peones llevan picos y máquinas productoras de gases, para secundar la tarea de los perros.

Los fox-terrier en cuanto se aproximan a una cueva, saben si en ella hay ratas, y escarban desesperadamente para dar con la presa. Los peones les aligeran la tarea destruyendo parte de la cueva con el pico. Y si así no se logra hacer salir a las ratas, se tapan todos los agujeros vecinos y se echa gas hasta que aparecen. En cuanto asoman, de un certero mordisco los perros les quiebran el espinazo.

#### CERCA DE 200.000 RATAS POR AÑO

Desde que se utilizan los perros adiestrados la matanza de ratas se ha intensificado enormemente en la zona portuaria.

Cuando aun la mayoría de los cerealistas no habían adoptado el sistema de las "barreras metálicas", en cada estiba que se deshacía se encontraban más de 1000 ratas, cuya mayoría huía hacia otras porque no se había dado con el procedimiento para evitar el desbande.

En la actualidad, con el nuevo sistema no se encuentran ratas debajo de los durmientes en los que descansan las bolsas de cereales.

De acuerdo con el informe facilitado por la oficina de Saneamiento del puerto, ratificado por el Departamento Nacional de Higiene, mensualmente dicha repartición mata en la zona marítima de 15 a 20.000 ratas, lo que da un promedio de cerca de 200.000 por año.

Hay que tener en cuenta que dentro de esa cifra no figuran las cazadas con tramperas, las envenenadas; las que se mueren dentro de las cuevas, por efecto de los gases asfixiantes, y las cuevas que se destruyen diariamente evitando la procreación.

#### NECESIDADES URGENTES

El esfuerzo que realiza la oficina de Saneamiento ha traído considerables beneficios al puerto de la Capital, hasta el punto de que hace mucho tiempo que no se produce un solo caso de peste; pero, desgraciadamente, el Gobierno hasta ahora no contribuye a evitar la proliferación de las ratas en la zona marítima.

En primer término, la Aduana, por la consiguiente autorización del Ministerio de Hacienda, permite el depósito de mercaderías al aire libre, frente a los diques, lo que da motivo a la existencia de verdaderos criaderos de ratas.

Luego, en el punto llamado Puerto Bryan, que es quizá donde hay mayor número de galpones y estibas de cereales, a muy pocos metros de estas instalaciones se hallan los viejos hornos de la quema de basura, donde se sigue arrojando residuos de todas clases, sin resguardo de ninguna clase, lo que ha originado otro gran criadero de ratas.

Y si tenemos en cuenta que una pareja de ratas, en dos años deja una cría que llega a 160.000 ejemplares, podemos deducir la urgente necesidad que existe para evitar esos focos.

#### BENEFICIOS

Conversando con los propios cerealistas a quienes se obligó a construir las "barreras metálicas" y otras defensas contra ratas, hemos llegado a la conclusión de que los beneficios obtenidos son verdaderamente cuantiosos.

Los cerealistas al principio se resistían a las "innovaciones", por el gasto que significaban, pero la práctica les ha demostrado su conveniencia. Según una autorizada estadística, las ratas perjudican al país en cerca de 200.000.000 de pesos, por la destrucción de los cereales depositados. Hoy se ha conseguido reducir esa cifra a la tercera parte...

Un fox-terrier en plena tarea



## No Friccione nunca su Rostro



**E**STIMULE la circulación golpeando vivamente la cara, en movimiento siempre ascendente, con una almohadilla de algodón empapado en agua fría y saturado con Tónico para el Cutis, que vigoriza y refresca los tejidos. No se

dé masaje ni fricciones, porque el masaje, con el tiempo, afloja los músculos y produce arrugas.

Las Preparaciones de Tocador "Venetian" de Elizabeth Arden, las vende en la Capital:

**Harrods**  
FLORIDA, 877

Y en provincias:

**GATH & CHAVES, LTDA.**

**ELIZABETH ARDEN**

NUEVA YORK · LONDRES · MADRID · ROMA · PARÍS · BERLÍN

# Juguetes del Destino...



Un organismo debilitado es como una frágil nave a merced de los elementos enfurecidos: tanto puede sobrellevar sus embates como perderse irremediabilmente... Especialmente después de una enfermedad, es preciso ayudar al organismo a recobrar el antiguo vigor y las fuerzas perdidas. Para ello es de inestimable valor la Malta Palermo ya que, sin ejercer una influencia precipitada, no sólo colabora eficientemente en la asimilación y digestión de los alimentos, sino también a recuperar las energías; vale decir, a abreviar la convalecencia. Malta Palermo es de riquísimo sabor y fácilmente tolerable.

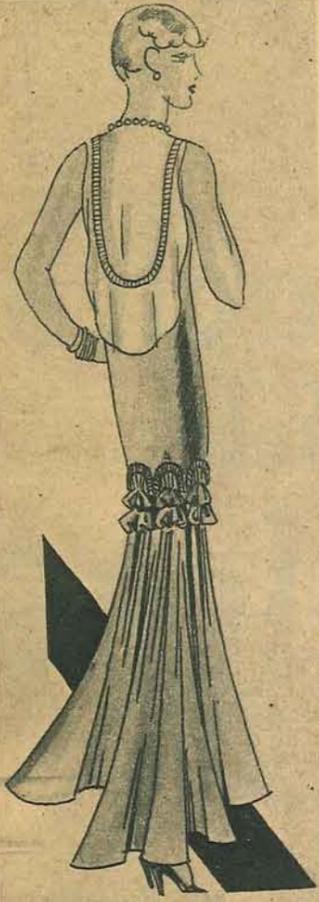
EN TODOS LOS ALMACENES DEL PAIS

CERVECERÍA PALERMO S. A.  
BUENOS AIRES



# ALGUNAS COLECCIONES NUEVAS A VISTA DE PAJARO POR EVA A. TINGEY

DIBUJOS DE PIERRE FOSSEY



Modelo de Redfern en satén marfil oscuro

Las nuevas colecciones nos ofrecen la confirmación de las tendencias que ya se iniciaron en la primavera y que se acentuarán, a no dudarlo, durante el verano. La silueta es completamente distinta; el cambio en el lugar del talle ha traído consigo derivaciones, entre las cuales la más importante es el alargamiento de la falda.

Patou tiene una colección de un gusto exquisito, de una distinción refinada, y que ya es una de sus características. El talle es alto, con cuerpo abultado, algo más bajo atrás que adelante; las faldas son largas y simétricas, con el vuelo repartido por igual, dejando las caderas ajustadas; son cortadas en forma con godets agregados, con puntas que caen debajo del ruedo. Los modelos en lana, tipo calle o sport, son generalmente con tablones y redondeados por igual, bastante más abajo de la rodilla.

Sus colores nuevos son un violeta dalia, verde y todos los tonos corrientes gris, beige, azul, etc.

Jenny sigue con su silueta forma princesa, colocándole un cinturón en la línea del talle, con bastante vuelo en el ruedo y también muchas puntas y ángulos. Emplea "decoupees", recortes, "panneaux", volados en espiral en la parte inferior de los tapados y vestidos, volados asimétricos y sobrepuestos. Sus faldas de sport son cortas, pero no tanto como en las estaciones anteriores; parecen muy estrechas, pero tienen comodidad para los movimientos, porque su forma recta disimula los tablones o los godets incrustados.

Drecol Beer ofrecen conjuntos de sport con sacos semilargos, de línea recta. Las faldas tienen vuelo por medio de incrustaciones, tablas o "plissé soleil". Este tipo subraya la línea del talle normal. Sus tonos preferidos son el marrón, azulado, negro, blanco, azul royo y verde agua.



Tapado de Nicole Groult, en lana gris beige con cuello de piel

Conjunto de Maggy Rouff, en lana azul marino y beige, blusa "imprimé"

Vestido de la Maison Tollmann, en crêpe de Chine verde claro

Vestido de Nicole Groult, en crêpe de Chine azul



Conjuntos para niños en lana, shantung y toile de hilo



Vestido de noche de Champ-communal en encaje

"Chez Premet": se ven modelos donde la silueta princesa aparece ajustada desde la cadera hasta el talle y algo abultada en el busto; boleros cortos, bertas en forma o espaldas drapeadas a la griega y jabots. El vuelo de la falda se consigue por el corte en forma, los volados anchos, godets y tablones. Tiene en su colección muchos conjuntos de sport, tapados cloche, levitones, vestidos con cuerpos distintos o con sweater simulados; cinturones en cuero.

Los vestidos de tarde son muy trabajados en las caderas, sin cinturón; túnicas bordadas y "plissé". Entre las telas se usa mucho el crêpe de Chine pointillé y el terciopelo liso e "imprimé". En esta casa se observa una marcada influencia Imperio en los trajes de noche; éstos son muy largos, con tapados cortos haciendo juego.

Marcel Rochas tiene una silueta casi recta, con la parte superior muy abultada, con las chaquetas abultadas, capas y boleros; el ruedo ligeramente abierto, con tablas, godets, "panneaux plissés" y volados. Para la noche, vestidos largos en colores variados.

En esta época de especialidades los niños tienen sus modelos propios, dentro de la tendencia general de la moda.

Disponen de telas fabricadas casi exclusivamente para ellos, con bonitos diseños. La idea del conjunto les resulta sumamente práctica. Los saquitos para los vestidos "imprimés" o lisos, en hilo, algodón o seda, deberán combinarse de manera que un saco pueda componer varios completos.

Se ven combinaciones de tonos muy originales, como ser un saco "imprimé" azul con reverso lavanda liso, con dos vestidos lisos, uno azul y otro lavanda; un "imprimé" verde con reverso amarillo, para usar con uno u otro color de vestido. El amarillo y el verde son las combinaciones más a la moda.

ALGUNOS ACCESORIOS ELEGANTES

Los accesorios son más importantes cada día; las grandes casas ya no exhiben sino conjuntos, sobre todo, para ciertas horas. Para la calle, el sport y los viajes, éstos fijan su elegancia en una severa sencillez de líneas, de corte sastre. Los sombreros de fieltro respunteado adornados con cinta de gros grain, que se usan indistintamente con ala caída o levantada, son sentadores y prácticos. Los zapatos que más se usan son igual-

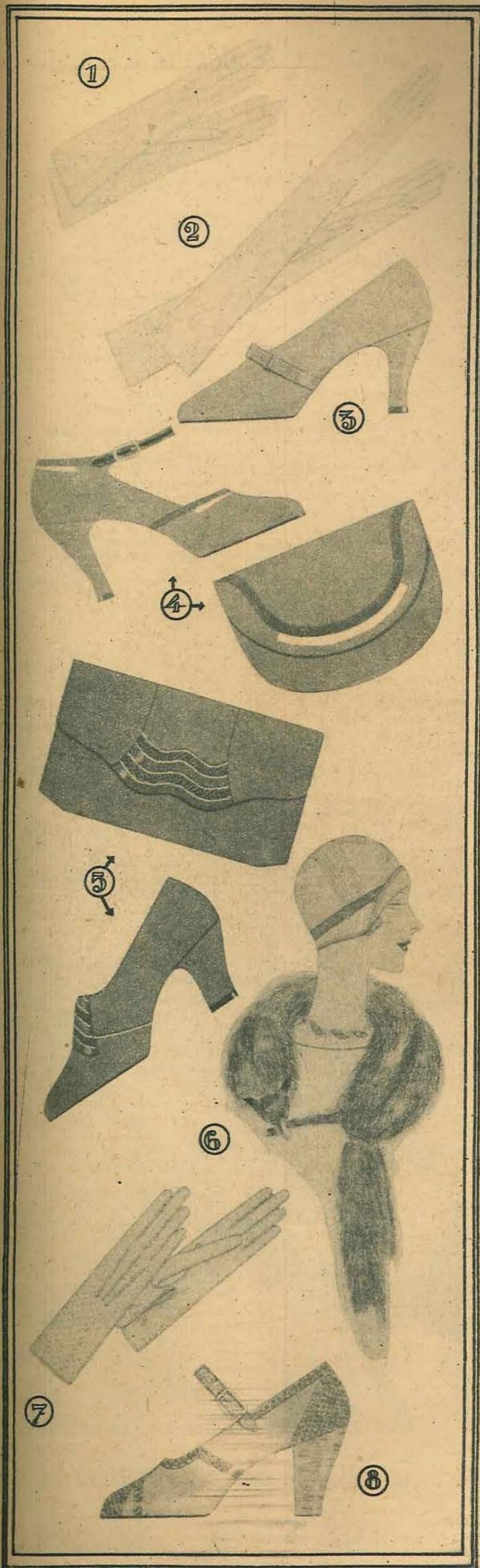
mente sencillos, en cabritilla o becerro, con taco de cuero, en marrón, beige o negro adornado con lagarto en el tono. Los guantes de cuero de chanco con un botón.

miento de la vida llegamos a la zona grave de su obra, no a la irónica y sonriente. No posemos frases que aludan a ese modo inquieto y oscilante de enfocar la realidad, móvil primario del arte nuevo que representan el "Quijote" y las novelas ejemplares. De las sublimidades de Lepanto o de Argel pudo brotar, en lugar de arte, santidad o filosofía. De ahí que siempre vengamos a dar a este resultado: que lo capital en la vida cervantina es su obra, en la cual se contienen los aspectos irreductibles de su más íntimo ser.

ALGUNAS FRASES CERVANTINAS

(Continuación de la pág. 13)

obra y la vida. Las palabras tuyas, transmitidas en momentos esenciales, gozan de una exquisita densidad. Nótese, en todo caso, que por el conoci-



ACCESORIOS ELEGANTES

Núm. 1: Modelos de guantes en piel de Suecia.—Núm. 2: Guantes en cabritilla blanca, para la noche.—Núm. 3: Zapato de noche en piel de seda negra, blanca, o del tono del vestido, con tira y hebilla engarzada en strass.—Núm. 4: Cartera y zapatos para tarde, en gamuza, adornados con cabritilla en dos o más tonos.—Núm. 5: Cartera y zapatos para tarde, en gamuza o cabritilla, adornados con lagarto, y vivos dorados.—Núm. 6: Sombrero en fieltro respunteado; cinta gros grain.—Núm. 7: Guantes en cuero de chanco.—Núm. 9: Zapatos en cabritilla o becerro adornados con lagarto en el tono; taco de cuero



Pruébelo en todos los casos de REUMATISMO-CIÁTICA-NEURALGIA-LUMBAGO-TORCEDURAS-GOLPES y quedara sorprendido por su rápida acción



\$ 2.- el franco

En las farmacias.

UNA PRECOZ EXPLORADORA

ANTONICA era una niña muy traviesa y muy audaz. Un día sus papás organizaron un paseo campestre, con picnic cerca del río y un programa muy completo. Pero al poco rato de llegar, Antonica se alejó sola, seguida únicamente por Billy, su inseparable compañero. Ella había oído decir que el guardabarrera tenía un bull-dog malísimo, pero en ese momento no pensó en él. Quería ir hasta la playa y allí sacarse los zapatos para meterse en el agua, y como sabía que no le iban a dar permiso para hacerlo, resolvió ir sola. Cuando estuvo bastante lejos vio una cosa blanca que se acercaba entre los árboles.



Inmediatamente pensó en el bull-dog de que le habían hablado, y sin perder un minuto se subió a un árbol, llevando en sus brazos a Billy. Este protestaba y quería salir al encuentro del recién venido, y no le costó poco trabajo a Antonica el retenerlo.

Efectivamente, cuando estuvo instalada en una rama bien alta llegó allí un enorme perro bull-dog, que empezó a ladrar desde abajo.

Llena de terror, la niña no se atrevía por nada a bajar del árbol, por más que el tiempo pasaba y sentía gran apetito. Pasaron varias horas. De vez en cuando le pareció oír una voz que la llamaba, y ella gritaba con todas sus fuerzas, pero el viento hacía tanto ruido en los árboles que nadie llegó a oírlo,

y el bull-dog permanecía siempre al pie del árbol.

Fué recién cuando ya empezaba a atardecer, y la niña pensaba con espanto que se habían olvidado de ella y tendría que pasar la noche en el árbol, cuando oyó la voz de su papá que la llamaba.

Su alegría fué inmensa al ver que venían en su socorro, pero grande también fué su desesperación al ver que la supuesta fiera que la aguardaba abajo del árbol movía la cola y pasó la lengua por sus rodillas cuando bajó. ¿Cómo? ¿Había pasado el día entero en el árbol, sin almorzar, sin bañarse en el río y temblando de miedo por aquel perro, que le parecía malísimo, y después de haber desperdiciado el tan deseado picnic y los delicados manjares que había visto preparar a su mamá resultaba que el animal era más manso que una oveja.

Pero todo eso le parecía todavía insignificante al lado de una duda que se había apoderado de su espíritu y que la mortificaba sobremanera. ¿Sabían sus padres que ella estaba allí? ¿La habían dejado acaso en el árbol como castigo por su desobediencia? ¿Lo habían hecho de intento o realmente no sabían dónde se encontraba ella?

He aquí un misterio que nunca llegó a aclarar, pues su orgullo le impidió preguntarlo nunca, y parece que sus padres se habían propuesto no hablar jamás del asunto.

LECTURAS INFANTILES

EL MARTIN PESCADOR

HABEIS observado qué pájaro tan bonito es el martin pescador? Su pico es marrón claro, como el tronco de una palmera, y su cabeza es bronceada. La parte de arriba de sus alas, azul como el cielo, y la de abajo es como el oro bruñido; su cola es de un azul de mar y su pecho blanco como la espuma de las olas. Pero este pájaro tan hermoso da unos gritos ásperos y desagradables.

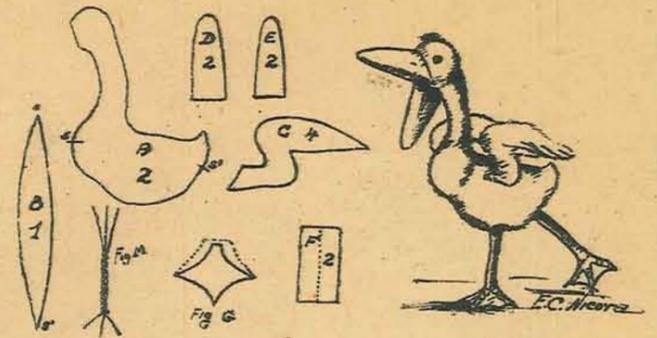
Hace mucho, mucho tiempo, la Madre Naturaleza, sentada al pie de un inmenso cocotero, sobre una roca parecida a un trono, se entretenía en hacer dones a todas las aves que desfilaban ante ella. Estaba el pavo real, adornado con sus hermosas plumas; el picaflor, con sus vivos colores; la cotorra, vestida de negro; la oropéndola, con su plumaje dorado; el gracioso colibrí, el viejo buho tan serio; el águila, con sus alas poderosas; el halcón y una larga procesión de aves de las que ignoramos el nombre o lo hemos olvidado si llegamos a saberlo alguna vez.

La Madre Naturaleza prodigaba sus dones a cada uno de ellos, y cuando hubo terminado, les preguntó si estaban satisfechos.

Todas las aves agradecieron con efusión, todos, menos el martin pescador.

En esos tiempos el martin pescador tenía unos colores oscuros y feos, pero poseía una voz que encantaba a todos los demás pájaros de la chungla. Este pájaro se acercó a la Ma-

COMO HACER UN JUGUETE SENCILLO



UN PATITO:

Elementos: zibelina color naranja o amarilla para el cuerpo y alas; moletón, paño o franela amarilla para el pico y patas. Se cosen las dos partes A, desde S hasta S', y a partir de estos puntos se coloca el patrón B, que formará como el vientre del pato. Se da vuelta el género por la abertura que se habrá tenido cuidado de dejar, y se rellena con paja. Para hacer el pico se cosen los patrones D y E, dejando sin coser la base de los mismos; se vuelve el género al derecho, se introduce un cartón de forma igual a la E (que será la parte inferior del pico sup.) y se rellena con paja. Lo mismo se hace con los dos restantes D y E, que se unirán a la cabeza en la forma que indica el modelo. Para las patas se cortarán dos pedazos iguales al de la fig. G y otros dos, aumentándole la zona encerrada por la línea de puntos y marcándolo sobre el género al bies. Se unen (uno de cada clase), se marcan los dedos, se rellenan éstos con un poco de paja y se introduce un alambre en cada uno de ellos, alambres que luego se unen para introducirlos en el patrón F primero y en el cuerpo del pato después (fig. M). A las alas se les coloca un alambre en su interior, a fin de darles una mayor resistencia.

dre Naturaleza y le pidió que cambiara su plumaje deslucido por un traje de resplandecientes colores.

Ella consintió en hacerlo, pero bajo la condición que sacrificara su hermosa voz.

Entonces todos los pájaros volaron hacia el cielo entonando un alegre canto en honor de la Madre Naturaleza. El martin pescador también voló, muy satisfecho por sus brillantes colores, zafiro claro y oro bruñido; abrió su pico para expresar su alegría, pero no consiguió sacar más que un grito áspero.

Entonces las otras aves de-

jaron de cantar, pues el grito del martin pescador mezclaba una nota disonante en medio de sus melodías.

Pronto el desgraciado pájaro detestó su propia voz y dejó de gritar.

Desde entonces el martin pescador vive lejos de las otras aves; sólo frecuenta el borde del agua y anda solitario por las orillas de los mares y de los ríos.

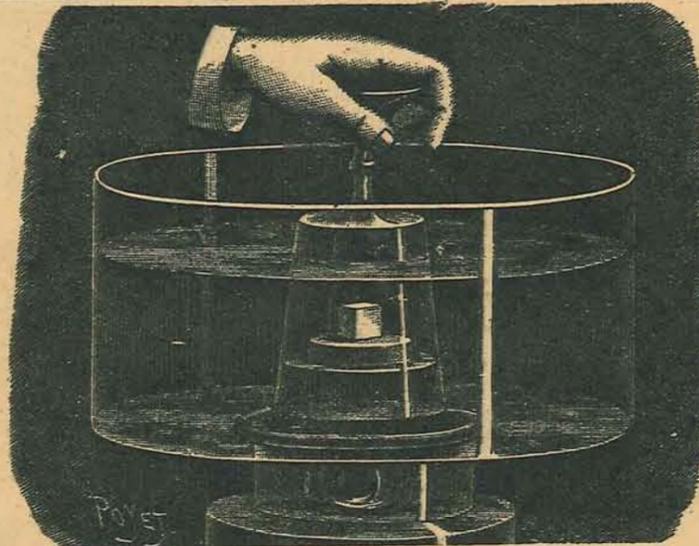
Pensativo y silencioso, escucha el dulce murmullo de las aguas y echa de menos el tiempo en que él también poseía una hermosa voz, maldiciendo su alegre plumaje.

MUJERES HEROICAS

UNA de las mujeres más célebres de la Roma antigua es sin duda Aria. Habiendo ordenado el emperador Claudio a su marido que se diera el mismo la muerte, Aria advirtió que éste no se animaba a clavarse el puñal. Era muy común en aquella época ordenar una sentencia tan cruel y todos los romanos se hacían un honor en ejecutarla, sin demostrar la menor emoción. La valiente mujer, que había resuelto no abandonarlo en la vida ni en la muerte, tomó el puñal en sus manos y hundiéndoselo en su propio pecho lo retiró luego diciendo:

—Toma, Peto, no duele.

Su ejemplo heroico bastó naturalmente para que Peto a su vez clavara el puñal en su pecho.



COMO SUMERGIR UN TERRON DE AZUCAR EN EL AGUA SIN MOJARLO

CUANDO metemos un vaso de agua volcado en un recipiente lleno de agua comprobamos que el nivel del agua del vaso es mucho más bajo que el nivel del agua de dicho recipiente. Este fenómeno, muy conocido, nos permitirá hacer una demostración interesante de la "campana de buzos", bajo la cual los obreros, a pesar de estar debajo del nivel del agua, pueden respirar y trabajar con tranquilidad.

Para que todos los espectadores puedan ver cómodamente el experimento, disponedlo en la forma que vamos a indicar. Como recipiente mayor tomaremos la tapa de una quesera, puesta boca arriba, colocándola sobre un frasco ancho, un vaso o cualquier otra cosa en la que quede bien calzada. Obtendréis así un recipiente transparente, que permitirá ver todo lo que pase en su interior. Bajad ahora un vaso volcado dentro del agua, cuidando de hacerlo bien horizontalmente, y os convenceréis de que el nivel del agua del vaso es mucho más bajo que el del recipiente, como lo hemos indicado anteriormente.

Apoiados en ese hecho, podemos realizar ahora el siguiente experimento: hacer bajar un terrón de azúcar al fondo del agua sin mojarlo.

Por más difícil que esto parezca, bastará para hacerlo colocar el terrón de azúcar en el centro de un corcho ancho (los de los frascos de mostaza, por ejemplo, son muy buenos), y

poner el vaso volcado sobre este corcho. Bajad entonces el vaso bien verticalmente para impedir que el corcho se vuelque y podréis mantener la copa en el fondo del recipiente lleno de agua todo el tiempo que queráis. Como se ve en el grabado adjunto, el corcho flotará sobre el nivel del agua del vaso, sin que se moje el azúcar.

Al subir luego el vaso y por lo tanto el azúcar y su soporte, podréis retirar el terrón de azúcar perfectamente seco, pues el aire contenido dentro del vaso habrá impedido que el agua entrara en contacto con él.



UN BUEN CHASCO

CUANDO los dos amigos llegaron al punto en que debían efectuar el picnic, abrieron la canasta, viendo con asombro que estaba vacía.

¿Quién fué el picaro que se comió los manjares que ellos tenían allí dentro?

Está escondido por ahí. Búsquelo.



EVITE LOS MALOS OLORES!

En la gira al campo... cuando se baila... siempre que se hace ejercicio, los humores del cuerpo son desagradables. Esto se evita teniendo a la mano una latita de Talco Boratado Mennen. Es ligeramente antiséptico y al absorber la humedad, neutraliza los malos olores. Úselo usted antes y después de cualquier diversión que requiera ejercicio, y consérvese nítida y cómoda todo el día.

Usar Mennen es usar lo mejor

POLVO BORATADO

MENNEN



Esta NIÑA de la SOCIEDAD

es adorada por todo el mundo. Continuamente está rodeada de admiradores - cuando está al aire libre. Pero adentro - las cosas cambian - todos le huyen.

La verdad es que la causa que pasa desapercibida al aire libre, - se manifiesta instantáneamente en el salón.

Ninguna persona inteligente puede pretender completa inmunidad del mal aliento.

El mal aliento es la falta social más detestable e imperdonable. Su presencia no es notada por sus víctimas - por lo que es la última cosa que nos imaginamos tener - cuando debería ser la primera.

La única forma de tener siempre el aliento fuera de

toda sospecha - es de enjuagarse la boca con ESTOMATINE todos los días, a la mañana, a la noche y antes de reuniones.

Siendo un germicida eficaz, ESTOMATINE ataca primero las causas que producen los malos olores y luego - siendo un poderoso desodorante - destruye los olores mismos.

Use ESTOMATINE todos los días - es mejor ser prevenida que ser desairada.

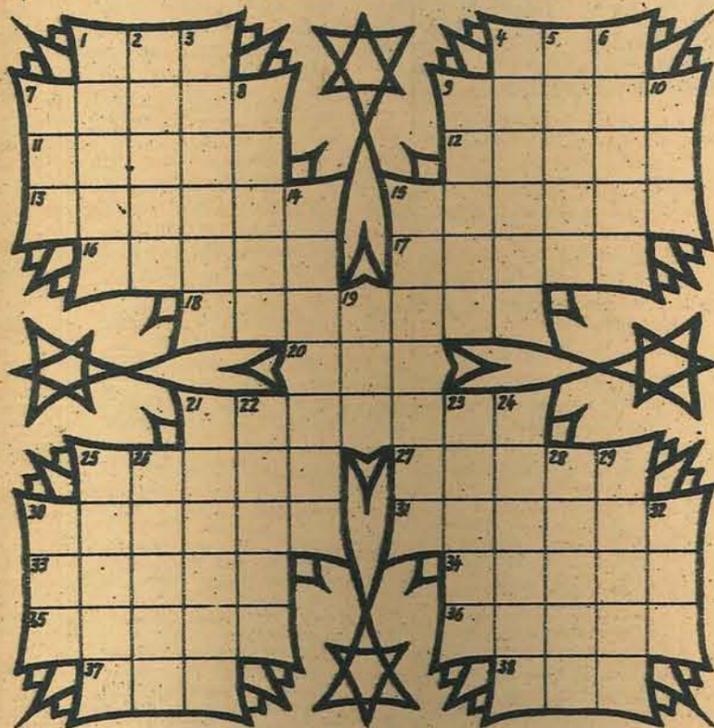
Compre ESTOMATINE en las buenas farmacias o remita \$ 2.- a la Compañía Industrial Farmacéutica, calle Cangallo 2563, Buenos Aires y recibirá un frasco a vuelta de correo.



UNA FORTALEZA INEXPUGNABLE

TRES cachorros de león del Jardín Zoológico de Berlín trataron inútilmente durante largo rato de apoderarse de una tortuga. Las pequeñas fieras olfateaban a esta última y no se conformaban con no poder comerla. Como se verá en la fotografía adjunta, los leoncitos cuando son muy jóvenes tienen la piel manchada como la de los leopardos. Estas manchas desaparecen cuando crecen.

PROBLEMAS DE PALABRAS CRUZADAS



REFERENCIAS

- |  |   |
|--|---|
| <p><b>Horizontales</b></p> <ol style="list-style-type: none"> <li>1. Yema de huevo batida con azúcar.</li> <li>4. Cada una de las paletas alabeadas que parten de un eje para formar la hélice.</li> <li>7. Humedecen una cosa con un líquido.</li> <li>9. Alma que pena en el purgatorio antes de ir a la gloria.</li> <li>11. Ansiosa, codiciosa.</li> <li>12. Hacen que un líquido pase de la boca al estómago.</li> <li>13. Que tira a morado; amoratada.</li> <li>15. Instrumento que sirve para pesar.</li> <li>16. Dícese del ganado compuesto por ovejas y carneros.</li> <li>17. Nombre de mujer.</li> <li>18. Va haciéndose cada vez más fuerte o violenta alguna cosa.</li> <li>20. Alga filamentosa que se cria en las aguas corrientes y en las estancadas.</li> <li>21. Consentias, permitias, no impedias.</li> <li>25. Saca o muestra alguna cosa por una abertura, o por detrás de alguna parte.</li> <li>27. Especie de trigo, muy parecido al fanfarrón, que produce un grano largo y amarillento.</li> <li>30. Presilla y botón, u ojal sobrepuesto, que se cose, por lo común, a la orilla del vestido o capa, y sirve para abotonarse o meramente para gala y adorno, o para ambos fines.</li> <li>31. Narración, cuento.</li> <li>33. Reunión donde se discuten públicamente asuntos políticos o sociales.</li> <li>34. Uno de los doce profetas menores que, según cuenta la Biblia, fué devuelto milagrosamente a la vida, después de haber pasado tres días en el vientre de una ballena.</li> <li>35. En sentido figurado, distante, lejano, libre de alguna cosa.</li> <li>36. Disposición para hacer con destreza y habilidad alguna cosa.</li> </ol> | <p><b>Verticales</b></p> <ol style="list-style-type: none"> <li>1. Lo que mueve material o moralmente a una cosa.</li> <li>2. Figura formada por dos arcos de círculo iguales que se cortan en uno de sus extremos y volviendo la concavidad el uno al otro.</li> <li>3. Astuta, sagaz, taimada.</li> <li>4. Empobrecimiento de la sangre por disminución de sus glóbulos.</li> <li>5. Chupan suavemente el jugo de una cosa.</li> <li>6. Grata, placentera, deleitable por su frondosidad y hermosura.</li> <li>7. Dolencia.</li> <li>8. Flotar en un líquido cualquiera.</li> <li>9. Derogué, dejé sin fuerza ni vigor para en adelante un precepto o costumbre.</li> <li>10. Nombre de mujer.</li> <li>14. Tratándose de cuentas, presentar, dar de sí como consecuencia o resultado.</li> <li>15. Alcanzar, conseguir con instancias o súplicas lo que se desea.</li> <li>19. Nombre de mujer.</li> <li>21. Maestro o preceptor de gramática latina.</li> <li>22. Procede, deriva, trae origen y principio de una causa de cuya substancia se participa.</li> <li>23. Pone a mayor distancia.</li> <li>24. Son cadencioso con que acompañan los marineros y otros operarios su faena, para hacer simultáneo el esfuerzo de todos.</li> <li>25. Aligeré, alivié la carga de una embarcación, o desembarqué toda la carga.</li> <li>26. Tejido arrasado.</li> <li>28. Llegar al sitio o lugar que se pretende.</li> <li>29. Toca o pertenece.</li> <li>30. Cabeza o señora de la casa o familia.</li> <li>32. Se dice que uno lo hace cuando se expone a la burla o lástima de las gentes, haciendo o diciendo tonterías, y también cuando se galantea o corteja sin reparo ni disimulo.</li> </ol> |
|--|---|

EL HAMSTER O RATA DEL TRIGO

El hamster es un intermedio entre los animales que viven de las cosechas efectuadas durante la mala estación y los animales invernantes. Hace también provisión de granos, pero sólo toma de la espiga la parte comestible y construye para guardarlos varios graneros, dentro de su morada.

"Cada uno de ellos — dice Housay — posee una cueva compuesta de una pieza para descansar, alrededor de la cual cava una o dos más, comunicadas con la primera por pasillos y destinadas a servir de graneros. Los viejos, más experimentados,

preparan cuatro o cinco de estos depósitos. El final del verano es la estación en que ellos trabajan. Se desparraman por los campos de cebada y de trigo, e inclinándose las plantas con las patas delanteras, cortan la espiga con los dientes. Una vez hecho esto, ellos separan el grano de la paja, dándole repetidas vueltas con sus patas, luego los conducen a sus depósitos, continuando su trabajo hasta que termina la reserva proyectada para el invierno.

Una vez terminado su trabajo, el hamster se fabrica una cama confortable, se acurruca bien y duerme como un bendito, después de haber comido opíparamente. Durante mucho tiempo

no queda así sin moverse y sólo se despierta de cuando en cuando para ir a comer sus provisiones, y si el tiempo está muy lindo, efectúa un pequeño paseo por el bosque.

ENTRETENIMIENTO



JEROGLIFICO

GARANTIZAMOS QUE

la **Caída del Cabello** se detiene

En los sitios donde ralea o falta el cabello ya, otro nuevo crece en su reemplazo; las canas recobran el color original de la cabellera; la caspa, la seborrea y afecciones del cuero cabelludo desaparecerán

— o le devolveremos el dinero.

¿Está usted sinceramente afligido por la pérdida de su cabello, por la grasicidad y picazón de su cuero cabelludo, por la caspa, la calvicie? Seguramente usted ya habrá hecho de todo para eliminar esas afecciones. Habrá usado alcohol o kerosene, tónicos, aguas y aceites, lavado la cabeza con jabón amarillo, con shampoo, con amoníaco — ha perdido tiempo y dinero, sin obtener resultado.

Ahora, considere lo que NOSOTROS le ofrecemos. Tenga presente cuán hermosa proposición es: nosotros **GARANTIZAMOS** que cesará la caída de su cabello — que crecerá nuevo en reemplazo del que ha perdido sobre la frente, sobre las sienas, en la coronilla, — que comenzará a crecer dentro de los noventa días de tratamiento — o le devolveremos el dinero.

**NUESTRO METODO ES UNICO** Naturalmente, usted pensará: "¿cómo puede alguien ofrecer semejante garantía?... es difícil detener la caída del cabello y hacerlo crecer de nuevo... yo usé muchas cosas y me fallaron". Esa es, precisamente, la razón porque miles de personas bendicen el día en que oyeron a los Laboratorios Vindobona. El tratamiento del cuero cabelludo con Solución Vindobona está basado científicamente. Los técnicos de los Laboratorios Vindobona estudiaron las afecciones del cuero cabelludo — no la manera de vender tratamientos. Han encontrado en sus investigaciones que las verdaderas raíces del cabello, las papilas pilíferas, no mueren ni pueden caer. En muchos casos de calvicie las raíces "duermen" esperando el tratamiento adecuado para despertarlas a nueva actividad, salud y vida.

**NUTRA LAS BAICES DEL CABELLO** Limpiar el cuero cabelludo — eliminar la caspa, — no es suficiente para detener la caída del cabello. La Solución Vindobona también elimina la caspa; — pero es sólo una de sus muchas cualidades. Penetra por los folículos pilosos hasta las papilas pilíferas, que son las elaboradoras de los cabellos, despertándolas a nueva actividad. Este tratamiento es seguro y rápido, y mientras fortifica el vello finito, común en las calvas, haciendo que se desarrolle y convierta en cabello fuerte, corrige las afecciones del cuero cabelludo, la seborrea oleosa, lo mismo que la seborrea-seca. Y con sólo dedicar unos pocos minutos diarios al uso de la Solución Vindobona, miles de personas obtienen como resultado: que cesa la caída del cabello — que las afecciones del cuero cabelludo se corrigen, — que las canas recobran el color original de la cabellera y que el cabello nuevo crece en reemplazo del perdido.



Sobre la frente el cabello que adelgaza, el cabello que cae, prepara la calvicie. Fortifíquelo ahora.

En la coronilla empieza la calva más a menudo. ¿Este es el caso suyo? Resuelva hoy recuperar y conservar ese cabello.

Entradas cada vez más pronunciadas, hasta que convergen y forman la calva. ¿Por qué perder el aspecto de juventud?

**INVITAMOS A INVESTIGAR** ¿Desea usted una prueba absoluta de la verdad de nuestra oferta y propiedades positivas del tratamiento? Consulte su médico o lea obras de referencia médica. ¿Quiere una prueba positiva de que nosotros podemos aplicar y aplicamos estos principios científicos? Vea en nuestra casa centenares de cartas de reconocimiento escritas por personas de todas las clases sociales, también de la Argentina, y además vea la cuenta "Garantía de devolver el dinero" abierta en nuestros libros rubricados, donde constatará que cuando — lo que sucede en un caso sobre cien — la Solución Vindobona no hace lo que nosotros prometemos, realmente devolvemos el dinero al cliente.

¿POR QUE PERDER EL CABELLO ENTONCES?

Antes de dar vuelta esta página, mírese en el espejo ese cabello adelgazado y escaso que aun conserva en la cabeza. Piense cuál será el aspecto de usted cuando haya perdido **TODO** ese cabello. Piense cuánto perderá usted en prestigio y en el parecer. Luego decídase ya. Ahora mismo venga usted por nuestra casa a recabar amplios informes o recorte en seguida el cupón de este aviso, para obtener gratis un librito que describe las causas de la caída del cabello y su curación y nuestra garantía.

**LABORATORIOS VINDOBONA**  
FLORIDA No 8 - PISO 1o  
Buenos Aires

Solución Vindobona se vende en las buenas casas, entre ellas:  
Farmacia Franco Inglesa, Sarmiento y Florida.  
Gath y Chaves,  
Casa Central y Sucursales, Farmacia González, Rivadavia y Centenera.  
Farmacia Gibson, Alsina y Defensa.

**PEDIDOS DEL INTERIOR SE ATIENDEN EN EL DIA**

En MONTEVIDEO:  
Andes 1338 - 2º piso

MANDE ESTE CUPON HOY

LABORATORIOS VINDOBONA L.N.S. 44  
Florida No. 8 - Primer Piso - Bs. Aires.

Sírvanse enviarme gratis, el librito descriptivo de la Solución Vindobona.

NOMBRE .....

CALLE .....

CIUDAD .....

Solución **VINDOBONA**

FIGURAS DEL URUGUAY  
EL Dr. JOSÉ MARIA  
MUÑOZ

(Continuación de la pág. 14)

Lezama, no obstante sus nobles cualidades, poseía un genio brusco, a veces intolerable. Conversaba con el doctor Muñoz sobre las condiciones de administrar las estancias, cuando se creyó en el caso de hacerle una advertencia: "Mire, doctor Muñoz: si alguna vez recibe cartas mías concebidas en términos incómodos, páselas por alto. Son arranques propios de mi carácter". El doctor Muñoz sonreía. Entonces el señor Lezama volvió a insistir en su advertencia; pero, un tanto desconcertado por la sonrisa del futuro administrador, le preguntó el por qué de la misma. "Pues me respondió el doctor Muñoz— porque usted no me escribirá más que una carta en esos términos. Apenas la reciba, vengo a Buenos Aires y arreglamos cuentas..."

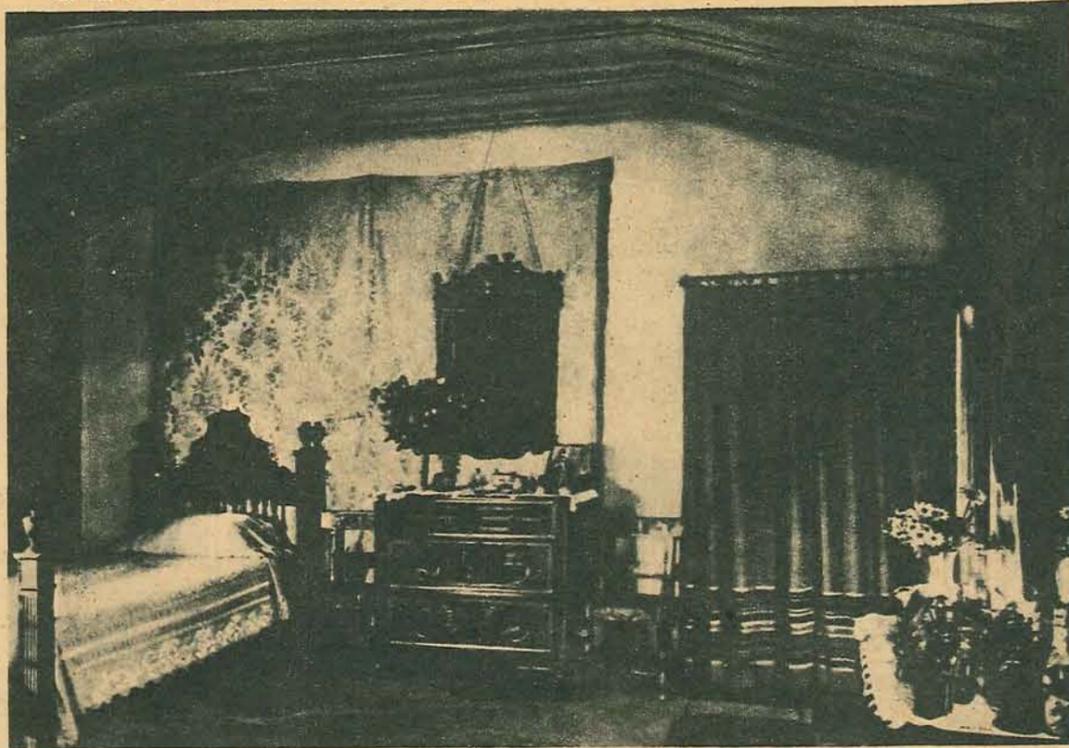
Los sucesos se modifican en el Uruguay, y el doctor Muñoz vuelve a la patria. Tras de un tiempo que pasa desempeñando modestas funciones en la Empresa del Gas, la política lo reclama de nuevo. Y es proclamado candidato a la Presidencia de la República, en momentos de excepcional expectativa para el destino democrático del país. Se quería abatir al militarismo, y claro está que los antecedentes de José María Muñoz lo presentaban como una garantía de dominio firme frente a cualquier contingencia de los acontecimientos. Su civilismo era insospechable y su capacidad de estadista indiscutible. Sin embargo, la suerte no le acompañó. La ansiedad pública hizo que se incurriera en un error colectivo—la conquista de un voto—error, ciertamente, explicable y justificado ya ante el concepto histórico, pero afirmemos, bien poseídos de la verdad, que el doctor Muñoz fué ajeno por completo a ese yerro, fruto de la desesperación de la época.

Esta derrota confirma una vez más la observación de Bryce: "No es frecuente que los grandes hombres sean elegidos presidentes. Los grandes hombres han atacado, probablemente, a alguno de los jefes de partido, han suplantado a otros, no se han prestado a caprichos..." Y José María Muñoz no podía escapar a esta regla. Con un sano respeto por la opinión ajena, no tuvo nunca la preocupación servil de halagar, sin sentirlo, el pensamiento de los demás como medio de prestigiar situaciones políticas. Fué inquebrantable sin que persiguiera, por otra parte, la "popularidad de la impopularidad". A menudo los postergados por el juicio público, después de fluctuar, sin éxito, por tiendas múltiples y opuestas, buscan la contradicción al sentido común como último refugio, capaz de salvarlos de la apreciación que exactamente los califique. La transparencia de ese principismo, que tantas veces recordamos, hacía imposible la suposición, siquiera, de procedimientos semejantes.

■■■

El guerrero que formaran

INTERIORES ELEGANTES



Dormitorio provincial francés antiguo con colgadura en brocato, cómoda bombé en nogal; una cortina en seda terminada con rayas en tonos concordantes oculta la puerta

las turbulencias ineludibles de aquellos tiempos y que renueva sus aprestos bélicos en el incidente sangriento del 10 de enero de 1875 y en la Revolución Tricolor, era también una personalidad completa de gobierno. Su talento reunía los tres dones clásicos: la solidez, la claridad y la eficacia. En el Cuerpo Legislativo impone su precisión inconfundible, su honesto poder persuasivo, el vigor de su raciocinio, siempre definitivo. Sabía aunar la atención concienzuda a la substancia primordial del asunto; pero, haciendo acaso excepción al menosprecio que sienten los espíritus superiores por el estudio del detalle, el doctor Muñoz se ocupaba con una minuciosidad ejemplar de los pormenores que aclaran la comprensión integral de un problema. En el Banco Hipotecario, cuya presidencia ejerció durante muchos años, están sus análisis de títulos, piezas admirables de honda compenetración jurídica.

De su laboriosa actuación parlamentaria destaquemos su notable discurso en el Senado, cuando se debatía el proyecto de fundación del Banco de la República. Tres hombres eminentes, los doctores Julio Herrera y Obes, Carlos María Ramírez y el señor Francisco Bauzá, combatían apasionadamente ese proyecto. El doctor Muñoz lo sostenía, y reafirmando el concepto del Gobierno sobre la necesidad vital de esa institución, expresaba "que no era posible esperar a que el egoísmo de accionistas eventuales determinara la época de satisfacer aquella necesidad nacional". "El país—agregaba—no puede estar condenado indefinidamente a renunciar a las ventajas del crédito popular del billete bancario". Y luego, aludiendo a los temores manifestados respecto a la administración del Estado, preguntaba: "¿por qué tanto horror a la administración por funcionarios y tanta confianza en los directores de sociedades anónimas nombrados por accionistas irresponsables?"...

■■■

Ocupó los más altos cargos, y fué fundador y presidente del Banco de la República durante un mal gobierno, sin duda, pero en el que la plutocracia no constituía la única garantía de honradez, dándose preeminencia a las virtudes intrínsecas de la entidad cívica.

La vanidad que enciende y que mantiene la credulidad de los valores falsos, jamás rozó al Dr. José María Muñoz, tan plegado a la realidad, tan confundido con los orígenes y las derivaciones de la misma. Un gobierno extranjero quiso hon-

rarlo—el hecho está muy difundido—con la condecoración de Caballero de Segunda Clase, suponiendo quizá, que llenaba aspiraciones nunca colmadas. Al agradecer el honor insigne, el Dr. Muñoz expresaba que no le era posible aceptarlo, porque siempre había sido caballero de primera clase en todas las naciones del mundo.

■■■

La violencia, punto predilecto de ataque de sus adversarios, reunía caracteres singulares. Desde luego no era la reacción irracional de los ofuscados ni la "debilidad irritable" de los decrepitos. Había, sin duda, un exceso, un superávit de energía que operaba siempre sobre una base de justicia, que jamás fué incompatible con la suprema cultura.

Un día, revisando los tesoros del Banco de la República, un empleado, al pasar, lo dejó poco menos que encerrado dentro de la caja. Tal era el temor por su presunta sanción, que nadie se animaba a abrirle la puerta. Apareció, sin embargo, un valeroso que lo hizo. Don José María Muñoz, consciente del episodio, salió de la caja sonriendo y agradecido, demostrando así la indole especial de su temperamento.

Pasó por arriba del dolor, comprendiéndolo pero sin rendirse a su acción debilitante. El dolor, que no es sino la denuncia de nuestra impotencia contra el designio que hiere un sentimiento, que malogra una aspiración, que trastorna un destino, que desvía una vida, no logró desplazar la esencia espiritual del Dr. Muñoz, tan torturada por la suma de adversidades acumuladas. El alma guerrera forjó una coraza demasiado intangible para que pudiera ser vulnerada por un accidente fugaz de la sensible.

Cuando ocurrió la muerte del Dr. Muñoz, produjose una injusticia, todavía no reparada. El presidente Cuestas, en ejercicio provisional del Gobierno, había impuesto a la Asamblea este dilema: o sus poderes eran legítimos, si lo confirmaban como primer mandatario de la República, o la Asamblea sería derrocada, porque no tenía, entonces, un origen legítimo...

No se puede hablar, ya, con pasión, para juzgar esos sucesos. Por el contrario, respetamos la opinión de los que sostuvieron esa tendencia, inspirados, sin duda, en un sentimiento de regeneración patriótica. Pero eso no impide reconocer, a la vez, la falta de equidad de aquellos que silenciaron los méritos del doctor Muñoz, porque conforme a su

rigidez principista no consideró viable una fórmula que, por un lado, aceptaba los votos de una asamblea, y por otro los condenaba si no resultaban eficaces a los propósitos del dictador eventual...

■■■

En medio de esa indiferencia partidaria murió José María Muñoz. El jefe de la Defensa, durante los nueve años de su mantenimiento, enemigo

MADAME ROLAND

(Continuación de la pág. 16)

he temido el crimen, y desprecio la injusticia y la muerte."

Aquellos pobres comisarios no comprendieron sin duda gran cosa de aquel lenguaje, que probablemente les pareció muy aristocrático. Fiel teorizadora de los principios revolucionarios, Mme. Roland sufre con el ultraje inferido a la Ley antes que la injusticia del trato infligido a su persona.

El fiacre, en medio de su escolta armada, se detuvo frente a la Abadía, una de las más sangrientas prisiones de septiembre. Se adivina que madame Roland debió entrar en ella con ese "aire risueño" que los testigos, estupefactos, le vieron siempre en los días más sombríos que aun le restaba vivir.

(1) Inédito.

(2) Inédito.

(3) Inédito. Reverchon, diputado de Saône y Loire a la Convención. Este Reverchon, aunque algo grueso, era un buen mozo, de perfil bastante napoleónico, salvo la nariz, que era algo borbónica. Llevaba, en el grabado que hemos visto, un traje muy suntoso, más bien imperial que republicano. Llegó a ser, por supuesto, funcionario del Imperio. La carta reproducida estaba dirigida a los representantes del

de todas las omnipotencias, no consiguió una palabra de recuerdo en el momento en que las descargas militares evocaban una actuación difícilmente superada.

Se dijo, además, en aquella época, que su alma fuerte estaba disminuida. En los últimos meses de su vida había creído en Dios. Pero ya no creía en la humanidad. Jacinto Benavente afirmaba que a la murmuración había que cansarla. José María Muñoz entendía que era infatigable, probándole el hecho de que constantemente usara un revólver que lo defendiera de la injuria y de la calumnia, según expresó textualmente, porque el honor siempre estaba expuesto a un agravio.

Sobre la posibilidad de una declinación espiritual no puede existir duda. La frente victoriosa de un luchador que nunca se abatió, pudo y debió aceptar el aliento religioso, transcurrida la ansiedad de la contienda, como el único medio de suprimir en la hora del reposo el ruido de las torpezas humanas, magnificadas por la bajeza del interés apremiante. Existe, por el contrario, en este final comprensivo en su sentido viril, la reconciliación con un mundo superior de discernimiento de sacrificios y de virtudes. Allá, por encima de la tumba, donde no podrá ya reconstruirse la osamenta de José María Muñoz, dispersa por los años y por el olvido, perdurará, si es que todavía triunfan los anhelos selectos, una consagración extraordinaria; extraordinaria por lo que significa a la elevación de ese poder immanente, pero eficaz, que forja verdades inalterables y, por lo mismo, definitivas.

pueblo, Comuna libertada, departamento del Ródano. Al costado el sello de la Convención Nacional.

(4) No podrá decirse que no se alzó ninguna voz en favor de la superioridad de Roland.

Pedro León Champagneux — su yerno — después de haber dado a conocer algunos detalles biográficos sobre Roland, termina deplorando la pérdida de sus "Memorias" (escritas en Ruan en 1793 y destruidas por las Stas. Malortie, que temían su descubrimiento), "lo que ha dejado al ex ministro en un estado de completa inferioridad respecto de su mujer, a la que se atribuye todavía, con una obstinación tan injusta como irritante, dice, todas las cosas notables de M. Roland hizo durante sus dos ministerios".

(5) Sabemos por el interrogatorio de la institutriz Mignot en el proceso de Mme. Roland, que dejó la calle de la Harpe, hacia el 30 de mayo.

(6) Y contra muchos otros. Será el primer obrero del 8 de Thermidor, y ya le había dicho de Danton: "Hemos de vaciar a ese gordo besugo relleno." Danton decía de Vadier: "Este viejo raitre, por más que haga, es tan conocido que no puede ennoblecen el vicio en su persona, ni desacreditar la virtud en la de los demás."

(6) Los comisarios, al dar cuenta de su misión a la Convención, el 10 de junio, dijeron que "se había procedido mal para arrestar a Roland y que era probable que escapara". Nadie hablará para contradecirlos.

**CREDITOS**

ARTICULOS  
PARA  
HOMBRES, SEÑORAS,  
NIÑOS Y NIÑAS

**ZABALA**  
= B° DE MITRE - ESMERALDA

**GRATIS**  
\$ 100.000

REGALAMOS EN VALIJAS PORTATILES. A toda persona que mande su nombre y domicilio le enviaremos las instrucciones para obtener sin gasto alguno UNA VICTROLA PORTATIL MODELO 1930

ESCRIBA HOY A:

**Music Trading Company**  
RECONQUISTA 451  
BUENOS AIRES

CORREO CIENTIFICO

LA AVIACION SIN MOTOR EN ALEMANIA Y SU ENSEÑANZA

Por WANDERER



Un monoplano sin motor en el momento de despegar

**H**OY vuelan en Alemania centenares de escolares. En 1928 tres mil adquirieron instrucción oficial. Palancas, alerones, "decollages", aterrizajes, etc., se discuten ahora tan libre e íntimamente como si se tratara de "tenis" o de automóviles. En el aeroplano del muchacho alemán, ciertamente, no hay ninguna máquina. Sin embargo, vuela. Y, debido a la misma naturaleza imitadora del pájaro que posee su aparato, aprende más en cuanto al aire se refiere, que muchos pilotos de aeroplanos modelos. En efecto, desde el primer día,

En este bien equilibrado planeador el alumno aprende a soltar la palanca y vuela solo

o cuarenta millas, a una altura de varios centenares de pies, permaneciendo en el aire durante horas.

Este nuevo arte del aire no se halla limitado a la mera práctica entre los muchachos. En las universidades técnicas, los estudiantes han constituido clubs para el estudio, trazado y construcción de sus propios aeroplanos sin motor. La mayor de los llamados "aeroplanos de vela" han sido construidos por las universidades.

El sueño humano de volar sobre alas extendidas es tan viejo como el hombre mismo, y durante veinte años, aeroplanos y dirigibles, impulsados por motores, lo han llevado sobre la tierra.

Pero ahora, en este nuevo deslizador, sin ninguna fuerza artificial, puede también cruzar montañas, valles, ríos y más lejos, volar sobre el mar, suspenderse encima de una nube y cabalgar durante horas o permanecer casi inmóvil en el aire, como un halcón dispuesto a caer sobre su presa.

Para comprender plenamente el surgimiento y sorprendente desarrollo de los planeadores en Alemania, debe mirarse atrás, hacia los "pioneers" de la aviación.

Los hermanos Wright, por ejemplo, y Lillenthal dieron sus primeros saltos aéreos en planeadores. Entonces fué cuando nació la idea de aplicar un mecanismo propulsor para conducir el aeroplano. Así llegaron las poderosas y brillantes máquinas de hoy. Pero éstas no vuelan realmente como los pájaros, ni hacen volar al hombre en un aeroplano de otro modo que como flota en un barco.

Sin embargo, tanto éxito ha logrado el aparato aéreo con motor, que la atención del mundo ha sido largo tiempo desviada del vuelo en simples deslizadores. Sólo unos cuantos entusiastas conservaron durante dos décadas la vida de ese arte. Pero hoy, debido al sorprendente progreso de la aviación, el hombre está más interesado que nunca en el conocimiento del aire, el suave, ligero, flexible medio a través del cual deben navegar sus buques voladores. Así, ahora el vasto océano aéreo ofrece un nuevo y fascinador asunto de estudio.

Por las más recientes experiencias en los aparatos planeadores parece ser que el hombre está aprendiendo ahora lo que siempre han sabido los pájaros. Ya sabe que el aire puede soportarlo, como el agua sostiene a un nadador, con tal de que maneje las alas de su planeador de modo análogo a como hacen las aves en su vuelo. Aun las violentas ráfagas, los chubascos o las nubes que temían los primeros experimentadores del planeador, se reconocen hoy como útiles auxiliares del vuelo en los aparatos sin motor.

Cómo se sirven las aves de las corrientes aéreas y cómo los hombres pueden aprender de aquéllas, nos ha sido referido por el mayor von Tschudi, un aeronauta alemán. Durante una ascensión en globo libre, vió a un lado y muy por debajo de la altura alcanzada por el aeróstato, una bandada de cigüeñas. De pronto, von Tschudi se quedó asombrado al observar que las cigüeñas se elevaban verticalmente, sin agi-

tar sus alas extendidas. Pronto alcanzaron la altura a la que se hallaba el globo y aun se elevaron mucho más. Mientras el piloto estaba todavía absorto por tal prodigio, su globo, que marchaba horizontalmente, alcanzó el punto por el cual habían pasado las cigüeñas en su extraña ascensión. Entonces, el globo, a su vez, empezó a elevarse muy rápidamente, como impulsado por mágica fuerza.

"Ahora sé, después que el planeador me lo ha enseñado—decía el aeronauta—que había tropezado simplemente con una corriente vertical de aire, la misma que elevó a las perezoosas cigüeñas que supieron encontrarla para evitarse el esfuerzo de las alas."

Se ha observado también que los pájaros muy jóvenes, cuando aprenden a volar, aprovechan las corrientes ascendentes que son sus auxiliares naturales en el vuelo.

El "sentido del aire" y el dominio de tales corrientes son dos de las principales contribuciones aportadas por el moderno piloto planeador a la ciencia de la navegación aérea.

Cuando se comparan las hazañas de estos hombres-pájaros de hoy con las débiles esperanzas en el planeador que se tenían hace cinco o seis años, se comprende el rápido progreso registrado en los vuelos con ae-

roplanos sin motor. Es extraño que esta rama de la aviación, la cual es mucho más antigua que el vuelo con las máquinas a las que ha servido de base, haya sido descuidado tanto tiempo. Quizá se explica porque el hombre ha llegado a perfeccionar un poderoso aeroplano, partiendo del primero y simple deslizador, por lo cual considera ya a este último como una fase infantil de la aviación. Pero, en realidad, aunque declare que procura imitar al pájaro, lo que ha hecho ha sido construir una máquina voladora.

En la historia de la aviación sin motor ha habido dos etapas. La primera empieza con Otto Lillenthal, quien planeó a 200 metros, cerca de Berlín, en 1894, y concluye con los vuelos de los hermanos Wright, efectuados seis años más tarde, en Kitty Hawk (Carolina del Norte).

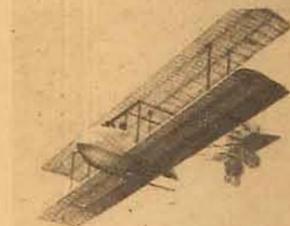
La segunda etapa empieza con la primera carrera de aeroplanos sin motor, realizada en Alemania, en 1920. Durante los veinte años intermedios poca atención se ha dispensado al aparato planeador. La única hazaña fué la de Orville Wright, quien voló en 1911 durante nueve minutos 45 segundos. Pero Wrikht entonces sólo deseaba ensayar un estabilizador. Casi todo el tiempo permaneció con su biplano sobre el mismo punto.

El interés especial demostrado en Alemania por los vuelos sin motor ha sido atribuido a la circunstancia de que el tratado de Versalles impone ciertas restricciones al desarrollo

de la aviación nacional. Por ello los estudiantes con vocación de aviadores forzosamente se han dedicado al estudio y manejo del aeroplano planeador.

Los progresos realizados, tanto en la altura alcanzada, como en el tiempo de permanencia en el aire, han sido grandes y rápidos. Desde pocos minutos que duraban los primeros vuelos se ha ido aumentando poco a poco, y hoy Fernando Schulz mantiene el record de 14 horas, 7 minutos, obtenido en mayo de 1927, al volar sin motor, en Rossitten (Prusia oriental).

Estos ejemplos de los alemanes están ya siendo imitados en otros países, sobre todo en los Estados Unidos, donde a partir de los dos o tres últimos años se vuelve a prestar atención a esta clase de aviación deportiva.



Curioso biplano Fokker sin motor

después de intensa instrucción teórica, sube al asiento del planeador, toma posesión de su gobierno y salta al espacio.

En la atención reconcentrada y en la rapidez de pensamiento y de acción consiste la salvación del muchacho, porque ningún instructor vuela con él. Puede inscribirse cualquier muchacho que haya cumplido catorce años, siendo libre la instrucción y a cargo de los mismos maestros de escuela. Este plan tranquiliza a los padres, si bien al principio el planeo no es peligroso, pues rara vez los aparatos vuelan a más de tres o cuatro metros de altura. Posteriormente, los aviadores pueden deslizarse treinta



La mujer comparte ahora con el hombre los riesgos y las aventuras del espacio

**GUSTAV Y DURAN**

**CON LO QUE GASTA USTED EN SEIS MESES - TENDRA MEDIAS PARA UN AÑO -**

*adquiriendo las Paris—*

Su extraordinaria resistencia al desgaste es francamente maravillosa. Duran y siguen proporcionando el placer de su elegancia, cuando de las medias comunes no hubiera quedado ni recuerdo.

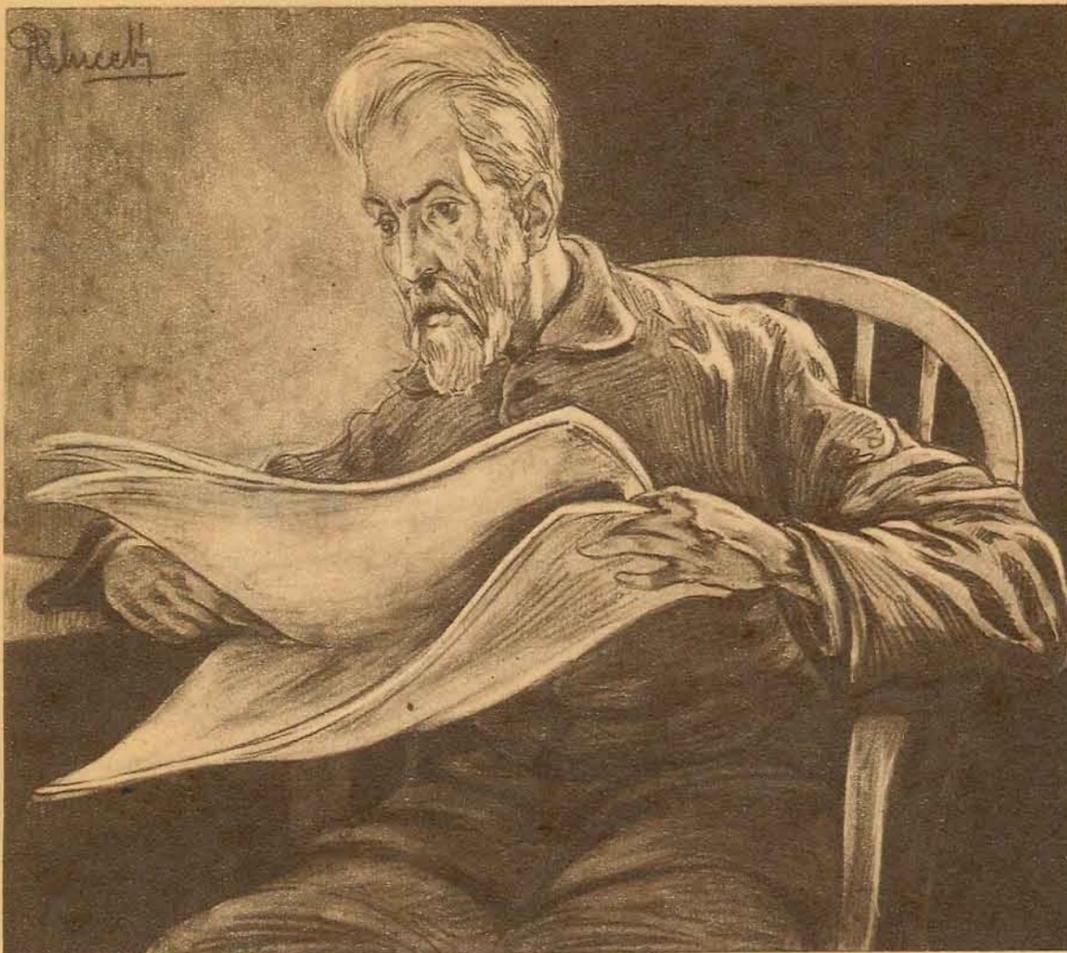
Y a pesar de tanta duración, y de ser las Paris la última palabra de la moda... no cuestan más que otras.

**PARIS**

**MEDIAS DE CALIDAD para señoras, caballeros y niños.**

Fabricantes:  
**N. MUÑOZ SAUCA Y SALZMANN**

Distribuidores al por mayor:  
**LOPEZ GOYA & Cia. Alaña 1273**  
**STAUDT & Cia. S.A.C. B. de Irigoyen 330**  
Buenos Aires



## Cambio de prisión Por Boris Cederholm

Ilustración de Pedro Delucchi

**C**UANDO volvamos ahora a nuestra sala no podremos hablar ya con libertad, porque en cada uno de nuestros compañeros veremos o adivinaremos a un agente de la Cheka, y eso que aquí nos encontramos mucho más a cubierto de los provocadores, que cuando estábamos en libertad. No hay una sola institución, ni un organismo cualquiera, ni una casa, que no tengan su agente especial, y todos los ciudadanos están expuestos a ser víctimas en cualquier momento de la provocación o de la delación. Pero también pasará todo esto a medida que vayan infiltrándose en los Soviets elementos ponderados, que se preocuparán más de la reconstrucción de Rusia que de la revolución mundial. Deje usted que los campesinos cobren fuerza y, sobre todo, que se instruyan, y ya verá usted cómo anulan a la Cheka del modo mismo que han triunfado sobre tantas cosas en cuya desaparición no se atrevía uno a pensar cuando el comunismo militar.

La llegada de nuestro "educador" y la orden de "¡Todo el mundo a la conferencia!" interrumpieron la conversación.

A mediados de noviembre supe que los Soviets accedían a canjearme por quince comunistas presos en Finlandia. Habían tomado parte en la revuelta roja registrada en mi país en 1918, y en su mayoría eran súbditos finlandeses. Mi libertad dependía, pues, de la buena voluntad que mostrarán en adoptar la nacionalidad soviética, porque en otro caso las leyes finlandesas no podían entregarlas a la U. R. S. S. La propuesta me hacía entrever, sin embargo, nuevos horizontes y la esperanza mitigaba un poco las amarguras de mi vida en la cárcel.

Koltzoff fué trasladado a la prisión militar central dos días antes de la vista de su proceso. Supe por los diarios que el consejo de guerra le condenó a muerte y que no prosperó su recurso de apelación. Supongo que la petición de indulto corrió la misma suerte.

Como todas las cárceles soviéticas, el hospital Haas contaba con una biblioteca, dirigida por dos miembros de la célula comunista. Todas las instituciones y empresas tienen la obligación de organizar células, integradas por los comunistas más puros del establecimiento. El número de miembros depende del de empleados, pero no debe ser inferior a tres. Los nombra-

mientos son sometidos a la aprobación del comité de gremio, y cuando el comité local del establecimiento respectivo no está en condiciones de dar a la célula un número suficiente de elementos seguros, el comité de gremio se encarga, asimismo, de hacerlo y empieza por despedir a todos los empleados "sin partido".

En nuestro hospital, por ejemplo, la organización comunista carecía de afiliados de confianza para constituir la célula. Y en vista de ello, el comité de gremio despidió al farmacéutico, un judío anciano que no pertenecía al partido y que tenía a su cargo una familia numerosa. Fué reemplazado por otro judío, comunista, que ocupó en seguida el puesto de presidente de la célula. Esta se encargaba de la propaganda y de la instrucción, y su presidente era director nato de la biblioteca.

Cada preso podía solicitar tres libros por semana. La biblioteca se encontraba bien provista y hasta inclusive tenía una sección extranjera, lo cual no es de extrañar si se recuerda que el hospital había sido en otros tiempos depósito gubernativo destinado a las clases privilegiadas y luego hospital de guerra de oficiales. Durante la revolución la biblioteca experimentó algunos daños, pero los volúmenes que desaparecieron fueron bien pronto reemplazados por obras de tendencia política rigurosamente sectaria.

Cada vez que pedía yo mis tres libros, o no recibía ninguno o me enviaban un solamente. Los otros dos eran substituidos por literatura comunista. Al principio creí que se trataba de un fenómeno casual, motivado por la falta de las obras que yo reclamaba, pero comprendí bien pronto que el camarada farmacéutico Zwiback había emprendido mi educación comunista. No quise complicar las cosas ni añadir riesgos a mi situación, ya de por sí penosa, y dejé al camarada Zwiback que me atiborrara de los autores de su predilección. Para compensarlo, sin embargo, hice que mis amigos, el Elefante y Ponzón, indiferentes por completo en materia literaria, pidiesen a su nombre los libros que yo necesitaba, y así nos arreglamos. No me faltaban nunca obras interesantes; mis "amigos" recibían a cambio del favor que me prestaban tabaco y azúcar, y el camarada farmacéutico seguía tan satisfecho de su labor catequista.

Mis terribles distracciones estuvieron a punto un día de proporcionarme un serio disgusto. Tuve la idea nefasta de encargar al Elefante que pidiera un libro de Kipling en inglés, y el camarada Zwiback fué personalmente a llevarlo a la sala para conocer al detenido que leía el idioma de Shakespeare. No recuerdo ya exactamente la explicación que el Elefante le dió al respecto, pero puedo afir-

mar una vez más que era un granuja honrado y no me traicionó. Sin embargo, no creo que el camarada Zwiback quedara convencido, porque el solo aspecto de mi amigo bastaba para inspirar serias dudas acerca de sus aficiones literarias.

A principios de diciembre, un lunes por la noche, una hermana de la caridad que me había cobrado simpatía, me advirtió que al día siguiente sería evacuado, porque acababa de llegar una orden secreta de la Cheka disponiéndolo así. En cuanto lo supe, adopté mis medidas para ponerlo en conocimiento del consulado, por medios particulares. Como ignoraba el punto de destino, pedía a mis compatriotas que se informaran prontamente al respecto. Además del mensaje que les envié oculta-mente, se me ofrecía otro procedimiento para que mis amigos supieran que me habían llevado a otra parte. Justamente el martes tenía que recibir yo un paquete de efectos, y sin despertar las sospechas de la administración podía dar a cualquier detenido una autorización para que se hiciera cargo de él. Calculé que en cuanto el consulado viera el recibo firmado por un desconocido, desconfiaría y realizaría averiguaciones en el acto.

El martes entró en mi sala el jefe de vigilantes y me ordenó que me preparase para marchar. La habitación donde se guardaban las ropas personales de los enfermos se encontraba en un estado de suciedad indescriptible. El piso aparecía lleno de basuras, y los efectos y ropas de los detenidos se apilaban en un rincón, de donde el empleado iba sacándolos entre nubes de polvo. La búsqueda de mis cosas y el cambio de ropa me habían fatigado a tal punto, que declaré que no iría a pie por nada del mundo. Entonces me autorizaron a tomar un coche, pagándolo yo, naturalmente.

Todo estuvo, al fin, listo. El vehículo se detuvo ante la verja y emprendí la marcha en compañía de dos "convoyadores". Uno de los soldados dió al cochero la dirección de la calle Schpalernaya. Iba, pues, a permanecer bajo la vigilancia directa de la Cheka.

El día era claro e inundado de sol. Helaba levemente y la luz y la pureza del aire me producían algo como embriaguez. Uno de mis esbirros tomó asiento a mi lado y el otro enfrente. Antes de que el coche arrancara, montaron sus fusiles y me registraron. Este registro tiene por objeto asegurarse de que el detenido no lleva tabaco suelto susceptible de ser arrojado a los ojos a los "convoyadores" para cegarles y facilitarles la huida.

El viejo matalón del vehículo caminaba muy despacio, lo cual me causaba vivo placer. Mis guardianes se mostraron locua-

## En los dominios de la Cheka

Supe por los diarios que el consejo de guerra le condenó a muerte...

ces. Vestían uniformes muy cuidados, y uno de ellos mostraba en el cuello del capote unas insignias equivalentes a las de cabo del antiguo ejército, grado que ahora se conoce por el nombre de "jefe divisionario". Ambos eran campesinos procedentes de las provincias centrales y llevaban dos años sirviendo en uno de los cuatro regimientos de convoyadores que forman parte de la guarnición de Petersburgo.

Las respuestas de uno de mis esbirros, al que fui interrogando por el camino, dan idea del número de personas que son detenidas en Petersburgo y sus alrededores y deportadas por etapas a diversas regiones de Rusia.

—Dos regimientos atienden a diario — me dió — al servicio de cárceles, y están los soldados tan atareados, que no tienen apenas tiempo para ir a descansar al cuartel. Ayer volví con mi destacamento de una etapa lejana, Volodga. Ahora le llevamos a usted a la prisión y luego marcharemos a Kresty para hacernos cargo de unos presos y conducirlos a la estación. Y pasado mañana, nuevas misiones por el estilo y nuevas "etapas" a custodiar.

Así, pues, solamente en Petersburgo hay cuatro mil hombres dedicados a asegurar el servicio exterior de las cárceles. El lector deducirá de ello las oportunas conclusiones.

Cuando íbamos a cruzar la perspectiva Nevsky, el coche se detuvo para dar paso a una gran manifestación que desfilara llevando al frente banderas y carteles. Se trataba de una demostración de protesta contra el empréstito británico. Por los diarios me había enterado yo del fracaso de las negociaciones entabladas para conseguir que Gran Bretaña prestara a los Soviets tres millones de libras esterlinas.

La campaña de prensa en favor de la operación había sido realizada con poca suerte. Los periódicos se propusieron por objetivo "trabajar" a la opinión de los campesinos y obreros. En cuanto a la de la "intelligentia", nadie se preocupaba de ella. De acuerdo, pues, con las instrucciones recibidas de las altas esferas, la prensa demostró que el gobierno soviético había derrochado tesoros de habilidad para conseguir aquel empréstito de tres millones de libras esterlinas al diez por ciento de interés.

La campaña no logró, sin embargo, convencer ni siquiera a las masas obreras incultas, de las ventajas del proyecto. Hubo "meetings" en las fábricas y se pronunciaron discursos poco favorables a la iniciativa. Los diarios reprodujeron estos discursos en extracto y suavizándolos, pero se adivinaba a través de las informaciones, que el pueblo ruso advertía el peligro. Entonces Kameneff, Bukharin, Stalin, Rykoff y Kalinin realizaron una jira a las fábricas. Los oradores del Kremlin consiguieron persuadir a la opinión, que se pronunció al fin en favor del empréstito.

Pero he aquí que surgió de pronto una circunstancia imprevista: Gran Bretaña se negó a última hora a conceder el préstamo, y el Gobierno y la prensa tuvieron que emprender de nuevo la campaña, pero en sentido opuesto esta vez. Hubo gritos

airados contra las exigencias exageradas de los británicos, que intentaban reducir a la esclavitud al proletariado por medio de aquel diez por ciento de interés, que había sido considerado el día antes como la obra maestra de la diplomacia soviética.

Un azar irónico quiso que yo — un espía internacional — fuese testigo de aquella comedia en el momento mismo de ser trasladado de una cárcel a otra. Pregunté a mis guardianes lo que pensaban de la manifestación que desfilara ante nosotros, y su respuesta excedió a cuanto hasta entonces había yo oído en materia de humorismo popular. Al tiempo que bostezaba y escupía a tierra con un gesto de absoluta indiferencia, uno de los soldados me dió:

—¡Bah!... Cuando el perro no tiene que hacer, se lame las patas.

El cochero dió vuelta en su asiento y asintió riendo a carcajadas.

—¡Exacto, camarada militar! ¡Ha dado usted en el clavo!

Seguimos la calle Znamenskaya, tomamos a la izquierda y enfilamos después la calle Schpalernaya. Se presentía ya la vecindad de la cárcel. Nos cruzamos con grupos de presos acompañados de "convoyadores". Pasaban a toda velocidad automóviles conduciendo a sujetos que llevaban la gorra verde característica. Llegamos por fin a nuestro destino.

Pagué al cochero, que me saludó con el indispensable "¡Buen viaje, Vuestra Alteza!", y nos dirigimos hacia aquella puerta sobre la cual se hubiera podido inscribir la leyenda clásica:

"Abandonad toda esperanza los que aquí entráis".

—No era ésta, en efecto, la suerte fatídica de los que trasponían el umbral de la Cheka?

Y entramos.

### CAPITULO XXXI

Al volver a la cárcel era yo "un criminal de experiencia" al que nada asustaba ya. Franqueada la verja, atravesamos un patinillo y penetramos en el cuerpo central del edificio. Había que subir una escalera, y viendo que me costaba gran trabajo cargar con mi maleta y el envoltorio de las mantas, uno de los soldados me tomó de las manos la impedimenta.

—El rancho de la prisión no cria fuerzas ¿eh? — dió.

Mis guardianes exhibieron el salvoconducto ante la puerta enrejada del segundo piso y el centinela nos dejó pasar. Recorrimos un pasillo ancho y larguísimo, lleno a ambos lados de puertas que ostentaban rótulos diversos. Mis ojos se fijaron especialmente en uno de ellos. Era la "oficina del jefe de la prisión", donde había sido yo sometido a tantos y tantos interrogatorios. Tras de confiarme a su camarada, uno de los convoyadores entró en una habitación que decía: "Recepción de prisioneros".

Nos sentamos el soldado y yo en un banco adosado a la pared del corredor y encendí un cigarrillo. No lejos de nosotros había un numeroso grupo de muchachos y jóvenes tocados con la gorilla de estudiantes y custodiados por centinelas. Charlaban animadamente en voz alta y cambiaban observaciones con otro grupo más reducido en el que veíanse unos cuantos estudiantes, dos sacerdotes, dos señoras y un anciano con tipo de militar. Por las palabras sueltas que pude percibir, compren-



**EL AHORRO**  
INSTITUCION ARGENTINA DE CREDITO  
ESTABLECIMIENTO FUNDADO EN 1911  
LAVALLE 305 BUENOS AIRES

En la vida normal no hay otros medios de prosperidad que el trabajo y el ahorro.

**¿DESEA USTED DUPLICAR**

su dinero en pocos años? Deposite sus economías en el Banco "El Ahorro", que le abona el 8 o/o de interés anual. Por cada \$ 1.000, a los cinco años tendrá \$ 1.485.93 y a los nueve, \$ 2.039.87. Esta institución coloca todo su dinero en créditos sobre propiedades, bien garantizado.

Los depósitos y sus intereses pueden ser retirados en cualquier momento.

Opera desde hace diez y nueve años a completa satisfacción de sus clientes.

# LA DISCIPLINA EN EL TEATRO

EFFECTOS FUERA DE ENSAYO QUE PUEDEN ARRUINAR UNA PIEZA

POR  
EDGAR  
WALLACE

(Para LA NACION)

LONDRES, septiembre de 1929



El famoso novelista inglés Mr. Edgar Wallace, autor de este artículo, visto por el caricaturista Low

hace lo mismo dos noches seguidas, nunca tiene el mismo humor, nunca trabaja de la misma manera, de lo que resulta que los mejores técnicos que acompañan a ese artista,

cionarias y haber desacreditado al poder soviético. ¿Es posible, acaso, que lo ignore usted?

Las dactilógrafas me miraban con curiosidad y verdadero espanto.

—No lo ignoro — respondí — pero como todo eso es un puñado de cosas absurdas, el delirio de un loco, no lo mencionaré en el formulario. Puesto que está usted al corriente de mis crímenes, anótelos usted mismo.

Cuando mis efectos fueron registrados y las formalidades de ingreso quedaron cumplidas, el chekista entregó al vigilante un papel acompañándolo de una orden lacónica.

—Número 13.

Experimenté una desagradable sorpresa. Aparte la prevención que el 13 me inspiraba, sabía que las celdas de números bajos pertenecían a la sección especial, y ello me hacía deducir que iban a instruirme otro proceso más o que las cosas se ponían mal para mí.

Pero contra lo que temía, el vigilante no se dirigió hacia la sección secreta, sino que me llevó al piso tercero. Se trataba simplemente de la celda común número 13, y yo ignoraba que hubiese también para éstas una numeración particular.

A ambos lados de un amplio corredor se abrían numerosas puertas enverjadas, a través de las cuales veíanse vastas piezas sombrías y abovedadas. Vagaban en ellas racimos de hombres vestidos de las maneras más diversas. Algunos formaban grupos y otros permanecían junto a las puertas, pegado el rostro a los barrotes. El cuadro producía la impresión de una galería de jardín zoológico.

El vigilante jefe, que ostenta el cargo de "jefe divisionario", se hizo cargo de mi persona bajo recibo. Luego me llevó a la celda situada justo frente a la escalera que acabábamos de subir y me introdujo en ella. Los presos me examinaron con curiosidad.

(Continuará)



El tomado una determinación bastante audaz en mi teatro, y de ella depende que me haga o no extremadamente

popular, a pesar de que con mi compañía es difícil que suceda la última probabilidad. He adoptado el sistema norteamericano de nombrar un guardián inspector. En la mejor y más fraternal compañía, hay siempre la tendencia después de unos cuantos meses de trabajo, a deslizar en la representación efectos que no han sido ensayados e improvisaciones personales. Siendo como es la naturaleza humana, acontece que un actor o una actriz después de recitar de la misma manera y moverse en la misma dirección, noche tras noche, se dice: "me parece que quedaría mejor si eso lo dijera así, si recalcase esta o aquella frase, si me moviese en esta dirección del escenario y no en esta otra".

Puede esto ser sólo un pequeño perfeccionamiento, una ínfima variación del texto del drama y puede, sin embargo, resultar de mucho éxito. Después de una semana, el actor ha exagerado inconscientemente el cambio que introdujo, agregando tal vez una nota nueva, una o dos palabras, un movimiento de manos o de pies. Si cada uno de los componentes de una compañía es igualmente emprendedor, el director, al entrar en su teatro un mes después que se hayan producido estos cambios, descubre que tiene ante él una pieza nueva y, lo que es más importante, un nuevo "tempo".

El drama y la revista son dos formas de espectáculo que dependen de un perfecto compás. Si éste se altera en cualquier forma, la pieza sufre. Si un actor decide andar más lentamente y otro resuelve acelerar su trabajo, las consecuencias son desastrosas y el éxito de la pieza se acorta en dos o tres meses.

Los actores y actrices que consideran a Norte América como un cielo dorado, en el que todo es hermoso y agradable, no sospechan el siste-

ma con que trabajan los directores teatrales. Un actor es un obrero en un teatro norteamericano, y cada compañía tiene sus delegados de gremio; en otras palabras, un miembro de la Equidad, responsable de la disciplina de esas sociedades. Si un actor altera su parte o se hace el gracioso durante la representación, o se convierte en un estorbo en el escenario, el director no se dirige a él directamente; va hacia el delegado de la Equidad y deposita una queja formal. Este delegado se dirige al actor y le amonesta. Si se repite el caso, el contrato del actor se rescinde sumariamente y se le despide.

"Representar o irse" es la divisa que rige en el teatro norteamericano. El escenario es el lugar en que los actores se mueven con sumo escrúpulo. Una mala entrada es una infracción temible. El dejar de asistir una noche sin una excusa excelente, constituye, como en este país, una falta que da al director la opción de terminar el contrato.

Siempre hay en el teatro alguna persona que vigile la pieza, noche tras noche, listo para denunciar cualquiera irregularidad en el escenario. Hay un sistema que me gustaría ver implantado totalmente en los escenarios ingleses, no tanto en beneficio mío sino en el de los actores. Cuando se tiene media docena de hombres y mujeres conscientes que trabajan en una pieza y saben que cuanto más tiempo dure ésta, más tiempo ganarán su salario, resulta más que fastidioso tener un colega que hace todo lo posible por acortar las representaciones en un mes o dos.

Hay en Londres una pieza—no la nombraré, y no tengo ni remotamente nada que ver con ella—que debiera repetirse durante un año, y sólo durará seis meses, porque uno de los actores principales es completamente irresponsable. Nunca

dote, el empleado del registro gritó:

—Si la ventana del 23 está cerrada, que le den el 15.

Compadecí mentalmente al pobre eclesiástico, porque sabía que los números 15 y 23 formaban parte de la sección especial.

—Ciudadano C... C... C... — llamó el chekista tropezando, como todos los rusos, en cada sílaba de mi apellido.

Me acerqué a la mesa y entregué mis efectos al hombrecillo enclenque para que los examinara. Me dieron tres formularios, y una de las muchachas me dijo con cierta coquetería:

—Sirvase escribir bien claro. Nos volvemos luego locas para descifrar las hojas...

Contenían éstas las preguntas de trámite: lugar y fecha de nacimiento, nombre y apellido, motivos de la detención, profesión, condena, etc.

La Cheka posee copiosa información acerca de cada detenido y mi expediente era enorme. No pude resistir a la tentación de molestar un poco a los burócratas aquellos y tracé una raya frente a la pregunta: "¿Por qué ha sido usted detenido?"

El empleado examinó el formulario y le vi arrugar el entrecejo.

—¿Por qué no ha respondido usted a esta pregunta? — inquirió.

—Porque ignoro las razones de que me hayan arrestado y de que me tengan aquí.

El chekista abrió un gran sobre que le había entregado uno de mis convoyadores, extrajo de él un pliego, y repuso con tono grave y sentencioso:

—Le han condenado a usted, ciudadano, a cinco años de reclusión en el campo de concentración de Solovky, y la sentencia fué conmutada posteriormente por la de tres años de permanencia en el mismo lugar. Está usted acusado de contrabando y espionaje militar y económico, y también de haber organizado bandas contrarrevolu-

dí que iban a ser deportados todos al Ural y al sudeste de Siberia.

Mi guardián tenía el fusil cruzado entre las piernas. Bostezaba repetidamente y miraba con la indiferencia peculiar de los campesinos a aquellos jóvenes excitados y a sus convoyadores, cuyos rostros expresaban cansancio y fastidio.

—¿Y a santo de qué tanto bullicio? — me dijo indicándome con la cabeza al grupo bullicioso —. Ya se calmarán cuando lleguen a Ekaterinburgo. No es muy divertido pasarse quince días dando tumbos en un vagón de bandidos, y le aseguro a usted que el que hace toda la etapa se queda luego embrutecido cuarenta y ocho horas...

Iba yo a preguntarle algo cuando se acercó a nosotros el vigilante de guardia y nos llevó a la cancelería. Después de la suciedad y el mal olor del hospital, me llamó la atención la limpieza y el orden que reinaban en la Cheka. Se veía que la cárcel acababa de ser restaurada. Los muros estaban recién pintados y había aún en el suelo manchas de cal. Como se recordará, las obras eran pagadas con el dinero confiscado al ex banquero Goldmann.

Me hicieron sentar en un banco junto a la pared. Una barrera de madera dividía en dos la pieza. La parte en que yo estaba tenía por todo mobiliario dos bancos. La otra, ocupada por la oficina, se encontraba muy bien instalada. Había, inclusive, escritorios americanos muy confortables. Dos muchachas vestidas con elegancia escribían a máquina y el empleado de guardia hacía anotaciones en un libro. Llevaba el uniforme de la Cheka, con sable y revólver. Frente a él veíase a un anciano sacerdote, y un hombrecillo esmirriado, también con uniforme de la Cheka, hurgaba minuciosamente en una valija abierta junto a los pies del detenido.

Cuando se llevaban al sacer-

dos en ejecutar y llevar a cabo bien inspiradas resoluciones, pero ninguno de ellos capaz de ejercitar una verdadera e irrecusable autoridad.

Hasta que no haya una sociedad de autores con todo el poder de un gremio, no habrá ninguna que valga la pena de que un actor se preocupe. Es esa terrible palabra "gremio" la que hiere a muchos dirigentes de la profesión. Es la creencia de que se rebajan al nivel de un albañil lo que subleva sus escrúpulos sociales. Si se les dice que los médicos y los abogados son miembros de dos grandes gremios, recuerdan el hecho de que se exigen ciertos requisitos a esos profesionales antes de que les sea dado entrar y que éstos no se necesitan en el caso de los actores: dos argumentos que me parecen inadecuados. El requisito impuesto a un miembro de un gremio de actores es la admisión a formar parte de sus miembros y la sumisión a las reglas de la sociedad. El "Stage Guild" ha hecho mucho por el actor, pero falta por realizar muchísimo más. Pero, esto tiene que hacerse, no por los dramaturgos ni por los directores ni por nadie, en fin, sino por el público, que se beneficiaría grandemente con su existencia. Tiene que haber una sociedad con poder para negociar, y ésta no puede existir si entre sus miembros se incluye a las personas con las que tiene que hacerse los negocios.

## EL COCINERO, EL HIGIENISTA Y EL MEDICO

(Continuación de la pág. 4)

de científica insipidez. Y, en suma, el médico debe acoger con el mismo respeto que las doctas lecciones del profesor de higiene, las recetas, humeantes de vaho empírico, del maestro cocinero o del ama de casa, instruida por la tradición, ya en forma de receta, conservada en un papel lleno de dobleces seculares, ya por esa intuición sibílica que propaga de una generación a

otra el matiz preciso del punto, inasequible a las fórmulas escritas.

Pero acaso el papel conciliador del médico se complica ante la cocina española. Porque la cocina española es, sin duda, repitámoslo, la más antihigiénica del universo. Y con ello quiero decir que es también la más sabrosa. Pero este tema concreto requiere más amplia explicación.

### LA VIDA ES MÁS LINDA CUANTO MÁS SANO SE ES

Haga de los días calurosos que se avencinan, días de placer para Ud., tonificándose con Kola Cardinette.

Tónico famoso en el mundo entero, aumentará los glóbulos rojos de su sangre, fortalecerá sus músculos, aquietará sus nervios, y le dará una inigualable sensación de bienestar. Empiece a tomarlo. Su sabor es muy agradable. Es el tónico que más recetan los médicos del mundo entero.

Tonifica y sustenta



The Palisade Mfg. Co. - Yonkers-New York, E. U. A.

## La vida en las selvas tropicales

Los bosques vírgenes de la América Central:  
sus horrores, sus alimañas, sus misterios

Por

F. A. Mitchell-Hedges

IV



En un instante encendimos las luces. El efecto fué sorprendente; nuestros ojos quedaron encandecidos por la brillante llama roja. Se levantaron al cielo columnas de humo, y en medio de todo aquello, nos incorporamos lentamente, permaneciendo silenciosos y envueltos por nubes rojizas. Nos sentimos casi ahogados, y con gran dificultad contuvimos un estornudo, indigno del papel de dioses que representábamos. Permanecimos así durante un minuto entero, y de repente senti escalofríos al oír el lamento más horrendo y lastimero que haya escuchado en toda mi vida. Empezaba con una nota baja, e iba en "crescendo", para terminar con un sonido atiplado. Parecía que en aquel lamento se combinaban las esperanzas perdidas, un terror indescriptible y el grito de los condenados.

En adelante, nuestros menores deseos fueron satisfechos estrictamente, como si tuviésemos un poder dictatorial. Si se nos hubiera ocurrido decir a los indios que era necesario quemar la aldea entera, lo habrían hecho sin vacilar y sin la menor protesta.

Próximamente describiré las

llaban en una situación terrible, y por cierto que no incurrieron en exageración alguna. Bien pueden calificarse de espantosas las condiciones en que los encontramos.

Los primeros enfermos a quienes curamos lady Richmond Brown y yo, fueron el jefe, su mujer y sus hijos. Lo mismo que casi toda la tribu, sufrían de una forma terrible de sarna, que no me es posible describir con palabras. Era tan virulenta, que en muchos casos los cabellos se pudrían en la cabeza de los enfermos, y el cuerpo quedaba cubierto con llagas que supuraban. No creo que hubiera un solo hombre, mujer o niño en toda la población que no presentara, en mayor o menor grado, los síntomas de esa terrible enfermedad. No hay duda que esto se debía en gran parte al hecho de que todos los niños, desde su más tierna edad, se rascaban persistentemente, y la irritación causada debería ser terrible.

Nuestro remedio más corriente fué la pomada de azufre. Por fortuna, habíamos llevado una buena cantidad. El mal, no solamente había atacado la piel de los enfermos, sino que, en muchos casos, sufrían fuertes dolores en los oídos, y algunos habían quedado completamente sordos.

Además de esto, la viruela se hacía presente en todas partes, en su forma más maligna. En una de las casas en que entramos, se nos ofreció a la vista un espectáculo espantoso. Cuatro indios, tres mujeres y un hom-



Los indios Zutuhule, de Guatemala, pescando con redes hechas con fibras marinas

breían, se posesionaban del paciente.

No puedo resistir a la tentación de describir las escenas típicas que se desarrollaban en estos casos. Varios hombres y mujeres se reunían alrededor de una hamaca. Se llenaban con hierbas humeantes dos grandes vasijas de barro, que despedían un olor acre. De vez en cuando, el paciente era acometido por violentos accesos de tos, y luego su cabeza colgaba débilmente a un costado de la hamaca. Este sistema, lejos de curar al enfermo, constituía el medio más eficaz para propalar la enfermedad.

Al lado de las vasijas, se colocaban sobre el suelo cuatro dioses de madera, dos a cada lado de la hamaca, media calabaza de peladillas redondas y blancas, un recipiente similar con trozos de huesos, un tercero con dientes de caimanes y otros animales, y un cuarto con bolillas de una substancia que parecía hecha con corteza de árbol. Toda esta mezcla heterogénea de cosas, se ponía debajo de la hamaca. Siempre dispuse que se retirase todo eso, a pesar de comprender que al principio aquello pudo haberles producido bastante temor.

Una o dos veces al día los hechiceros visitaban a cada enfermo, y entonces gemían y le presentaban un nuevo "remedio". No era extraño que las enfermedades hubieran hecho tantos estragos entre aquellos indios.

Otro de los remedios que se empleaba para alejar los espíritus malignos de una persona, consistía en colocar la cabeza de una tortuga en la cabecera de la hamaca en que estaba echado el paciente, mientras que al pie se ponían las quijadas de un cerdo salvaje, y a cada lado, un dios de madera. Junto a un indio que estaba muy grave, encontramos dos cangrejos secos, y las enormes quijadas de un caimán, con todos sus dientes.

### LA MEDICINA MAS POTENTE

Pero el amuleto principal y el

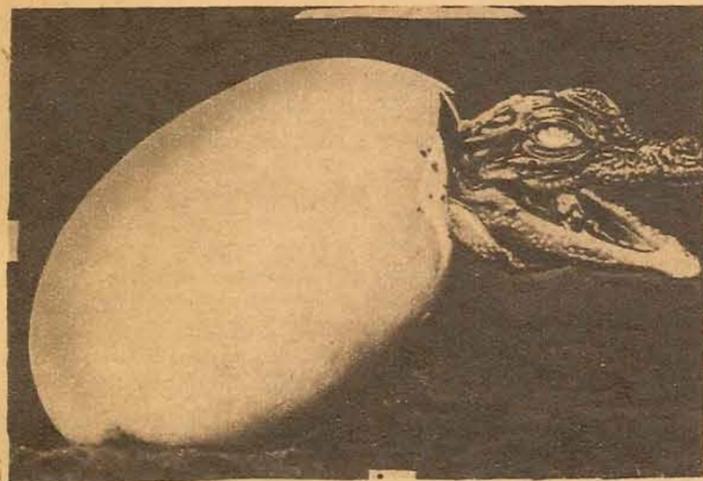
remedio más potente de aquellos indios, merece capítulo aparte. Debo decir que sólo como último recurso se recurría a este medio, y cuando un indio, que había estado a punto de morir, llegaba a curarse por cualquier causa, se consideraba que había ocurrido un milagro. Descubrí, sin embargo, que sólo correspondía a los hombres el privilegio de ser sometidos a este tratamiento.

Añadiré que en aquella ocasión no dimos a este amuleto la importancia que luego le atribuyeron los hombres de ciencia de Gran Bretaña, después de examinarlo cuidadosamente y descubrir que era un ejemplar único en su especie. Se trataba de la momia de una criatura. El profesor sir Arthur Keith, considerado en el mundo entero como uno de los más grandes antropólogos de la época actual, opinó que su edad debía ser de unos cinco o seis meses. El cuerpo había sido conservado íntegramente, incluso la epidermis, según pudo comprobarse observándolo bajo el microscopio. Ello revelaba, por cierto, un conocimiento científico del más alto grado, en contradicción con las condiciones de vida y las costumbres de los indios. Todos los que vieron la momia convinieron en que no había sido tratada por el humo, secada al sol, o curada por algún otro procedimiento conocido actualmente; tampoco había sido tratada con líquidos espirituosos, y sin embargo, su conservación era y es perfecta. Al ser examinada cuidadosamente, se descubrió que la criatura tenía una formación craneana completamente desconocida hasta ahora, en los seres humanos. La momia se exhibe actualmente en el Museo Británico.

Los rasgos fisonómicos de los indios Chucunaques, hombres y mujeres, se parecen mucho a los de los mongoles. La degeneración ha llegado a tal punto entre ellos, que actualmente no

tienen, siquiera, una idea apropiada acerca de la forma en que deben alimentarse. Sobre una hoguera que nunca se deja apagar, se coloca una enorme olla de barro, hecha de tierra caliza y rudamente modelada a mano, dentro de la cual los indios arrojan todo lo que creen comestible. Su dieta consiste en una especie de zapallo llamado ñame, una variedad de maíz cultivado por ellos mismos, que jamás he visto en otras partes, frutas verdes, tales como ananás, bananas y mamey, y varios tipos de hortalizas. Esto, que por sí solo sería bastante desagradable al paladar, se acrecienta a veces con la carne de grandes iguanas, que son arrojadas vivas dentro de la olla. También, cuando los indios matan algún "edera" o "yino" (cerdo salvaje), los arrojan enteros en la mezcla hirviendo, la cual es revuelta continuamente y por turno, por las mujeres armadas con extraños "mardunaurmacadi" (especies de estacas). Al parecer, no hay entre ellos ninguna hora fija para comer; todos se sirven de la olla cuando sienten apetito.

Sus costumbres y ritos son verdaderamente asombrosos. Uno de sus más grandes moti-



costumbres y ritos extraordinarios de la extraña tribu de los Chucunaques.

### LA TRIBU MAS PRIMITIVA DEL MUNDO

Quando conocimos a los indios Chucunaques — quienes, según aseguran los hombres de ciencia, forman la raza más primitiva del mundo — descubrimos que aun viven sin conocimiento alguno acerca del uso de la piedra ni de los metales, y que su existencia transcurre lo mismo que en la época anterior a la edad de piedra y a la del hierro.

Sus mensajeros nos habían dicho, cuando nos rogaron que los acompañásemos para curar los males de los suyos, que se ha-

Un caimán al salir del huevo

bre, yacían en sus hamacas; todos habían muerto aquella mañana, y sus cuerpos se encontraban en un estado horrible. Un niño estaba echado sobre el pecho de una de las mujeres; no podría tener más de dos meses de edad, y pasaba en esos momentos por la crisis más aguda de la temible enfermedad.

Como es natural, no pudimos hacer nada. Lady Richmond Brown estuvo a punto de desmayarse. Incapaz de contener sus sentimientos humanitarios, sostuvo a la pobre criatura en sus brazos, hasta que murió. Aquello era verdaderamente horrible. Los dos hubiéramos preferido hacer frente a los terrores desconocidos de las selvas, antes que seguir adelante con la tarea que nos habíamos propuesto realizar entre aquellos indios.

En todas las moradas que visitamos encontramos rastros de viruela. La enfermedad debió aquejarlos durante largas generaciones. También descubrimos casos de tracoma, de una variedad infecciosa que ataca los ojos. En algunos casos graves, el globo se encontraba completamente cubierto de sangre, como si hubiera estallado una vena.

Al exponer más tarde el asunto a varios médicos, éstos expresaron la opinión de que el origen del tracoma tal vez se debiera al hecho de que el alimento principal de aquellos indios, eran las bananas verdes.

En todas las chozas donde había enfermos, descubrimos que los hechiceros habían empleado los mismos medios de curación, tratando de expulsar a los espíritus malignos que, según



Una aldea de los indios Chucunaques

**"BEL PAESE"**  
Nutritivo Digestivo  
Pídale a su proveedor.

Representante:  
J. SICCARDI  
Ayacucho 30  
U. T. 47 (Cuyo 4237)

Distribuidores en Montevideo:  
VIAPIANA Y FERNANDEZ  
Mercado del Puerto

¿Qué Cara Tan Bonita!

Pero esas  
**Pecas...**  
Suprimalas

LA "Crema Bella Aurora" de Stillman para las Pecas blanquea su cutis mientras que Ud. duerme, deja la piel suave y blanca, la tez fresca y transparente, y la cara rejuvenecida con la belleza del color natural. El primer pommo demuestra su poder mágico.

"Crema Bella Aurora" para las Pecas  
Quita las Pecas y Blanquea el cutis  
De venta en toda buena farmacia.  
Stillman Co. Fabricantes, Aurora, (Ill.) E.U.A.

vos para organizar fiestas consiste en la transición de las jóvenes del estado impúber a la pubertad. En esos casos, se organiza la ceremonia del corte de los cabellos. Algunos días antes, los miembros de la familia de la muchacha, ayudados por otros indios, se ocupan activamente en preparar toda clase de comidas. El día señalado por los hechiceros concurren a la casa de la joven el jefe, los cabecillas y toda la población. Los últimos en llegar son los hechiceros, quienes traen consigo a una vieja sacerdotisa. En el caso particular que presencié, la sacerdotisa era la mujer de uno de los magos. El deber de la anciana consiste en hacerse cargo inmediatamente de la muchacha, que es colocada en un gran agujero previamente cavado en un rincón de la morada, con una especie de muelle de hojas de palmas y de plátanos en sus bordes. El agujero es llenado luego con tierra y con arena, hasta que la joven queda toda cubierta, con excepción del cuello y de la cabeza. La anciana sacerdotisa, obedeciendo a una orden de los magos, entona un cántico que es coreado primeramente por los parientes de la muchacha, y luego por toda la asamblea. Luego el canto cesa súbitamente; la vieja rocía la cabeza de la joven con agua, le coloca encima media calabaza, y quema un mechoncillo de sus cabellos con una astilla encendida, para enterrarla inmediatamente en la arena. Después la anciana levanta las manos y se reanuda el canto, que dura bastante tiempo; luego la sacerdotisa quema otro mechón de cabellos de la muchacha.

El entierro de la astilla en la arena, cada vez que se quema un mechón de cabellos, es simbólico, como lo es la operación de rociar la cabeza de la joven con agua, pues significa que la muchacha tendrá que pasar muchos trabajos y dificultades. El canto, por otra parte, simboliza

huesos y sus extrañas vestiduras. El ruido insistente de las matracas y el sonido de un pito de madera, junto con el canto lúgubre, parecían enloquecer a aquella gente, que había perdido todo dominio sobre sí misma. El baile continuó sin interrupción. Cuando un grupo terminaba, otro lo reemplazaba, mientras los primeros bailarines asaltaban la olla que contenía la comida. La fiesta continuó hasta el alba, y sólo cesó cuando todos se hallaban tan extenuados, que no podían tenerse de pie.

Las vicisitudes de la heroína, sin embargo, no habían terminado, porque un mes, más tarde se repitió exactamente la misma ceremonia, aunque esta vez los cabellos le fueron quemados hasta muy cerca de las raíces. Después de esta ceremonia, quedaba convertida en mujer, apta para casarse. Tendría unos catorce años de edad.

La boda se concierta en una forma muy rara. Ni el muchacho, ni la joven, tienen ninguna intervención directa en los preparativos preliminares. El padre de la joven, después de haberse fijado en algún joven elegible, visita a los padres de éste. Sólo Dios sabe de qué hablan, pero es evidente que el asunto es de mucha importancia, porque, por lo común, la discusión dura dos o tres días, y se realiza en el mayor secreto, con el propósito, sin duda, de que los futuros esposos no tengan la menor sospecha de la telaraña que se teje alrededor de ellos.

Algunos días después, el muchacho recibe una sorpresa, al ser sacado de su casa. No ofrece ninguna resistencia, y es conducido por los parientes de su novia, a la casa de ella. Las mujeres emparentadas con la joven están en el secreto, porque se encuentran todas reunidas, y la colocan sobre una hamaca. A esta altura de la ceremonia, aparecen los hechiceros, quienes

(el hombre no tiene voz ni voto en el asunto), ambos van a vivir a la casa de los padres del marido. Pero esto casi nunca sucede.

**SE DESCONOCE EL AFECTO ENTRE MARIDO Y MUJER**

Una vez casados, la mujer se convierte en la cabeza del hogar, y es quien manda. Con excepción de lo que disponen los jefes, hechiceros y cabecillas de la tribu, la voluntad de las mujeres es ley entre los indios Chucunaques. Ya sea que se trate de construir una nueva morada, de almacenar viveres, de salir al bosque en busca de leña, o de cualquier otro asunto de carácter doméstico, el hombre nunca piensa en dar un solo paso, a menos que se lo mande su mujer.

Por los rígidos decretos de sus dioses, que se dan a conocer por boca de los hechiceros, todos se casan dentro de su tribu. Esto explica claramente la presencia de la tuberculosis y de otras enfermedades que hacen estragos entre ellos; también puede ser la causa de los varios casos de lepra que descubrimos entre aquellos indios.

El afecto, en la forma en que lo conocemos nosotros, no parece existir entre los sexos diferentes de los indios Chucunaques; el beso es desconocido, y el marido y la mujer se mantienen indiferentes recíprocamente.

En su desarrollo mental, están al mismo nivel de los irracionales. Para el indio chucunaque, que tiene un alma de niño, no existe ningún problema amoroso como el que frecuentemente se presenta al hombre moderno del Norte, con todas sus "complejidades" psicológicas. Aquellos indios consideran calmamente todos los asuntos maritales y domésticos.

Cuando se aproxima la hora de la maternidad, la mujer abandona su casa y se interna sola en los bosques, sin llevar nada consigo, ni siquiera alimentos. Regresa al cabo de uno o dos días, con la criatura en los brazos. El padre hace caso omiso del crío, y la madre también; parece que el hecho de que viva o se muera, les tiene sin cuidado.

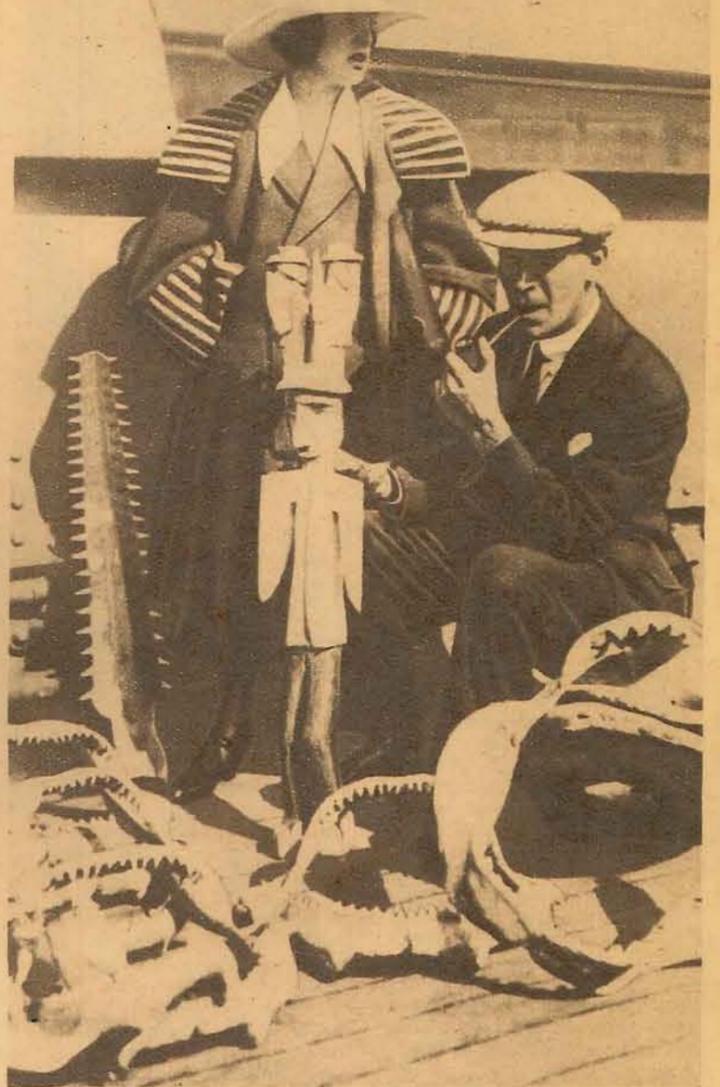
La última ceremonia de los indios chucunaques es la que se relaciona con la muerte, y haré lo posible para describirla con fidelidad.

El jefe de los hechiceros, que siempre figura a la cabeza en todas las ceremonias, reúne a todos los habitantes de la aldea. Su traje, en estos casos, es muy diferente del que luce en las ceremonias relacionadas con los matrimonios, o en otras fiestas. Aparece con la cabeza descubierta, y sin ningún collar de trozos de hueso al cuello. Se pone una vestidura larga cubierta de jeroglíficos, y se adorna el cuello con una serie de hermosas plumas de color amarillo, cortas y largas. En cada mano lleva una vara de unos cuarenta centímetros de largo, con un penacho de plumas en su extremo superior, y de su cintura penden muchos objetos de aspecto espantoso.

Los hombres y las mujeres aparecen con las caras pintadas, las mejillas rojas, con una banda negra debajo de la nariz, y se cuelgan al cuello toda clase de dijes; collares con dientes de animales y huesos de manos de niños. Los parientes cercanos del muerto, se ponen collares de trozos de maderas aromáticas, que esparcen un perfume muy fuerte.

En una de las ceremonias que presencié, el cadáver, que se encontraba tendido en la hamaca, fué envuelto en hojas de plátano, mientras los parientes lanzaban aullidos lastimeros que nos helaron la sangre en las venas. Los lamentos continuaron durante unos cinco minutos, sin interrupción. Luego el hechicero principal entonó un cántico.

Al terminar esta parte de la ceremonia, la hamaca fué descolgada con el cadáver y conducida lentamente, por los parientes, a una distancia considerable, dentro del bosque, hasta el cementerio, donde se veían unas especies de mausoleos, construidos con cañas y pajas. Allí se repitió el mismo ritual, aunque esta vez duró más tiempo, mientras se excavaba una fosa no muy profunda. Se colocó dentro de ella el cadáver, con la cara hacia arriba, sin sacarlo de su hamaca. Luego se colocó una caña dentro de la boca del indio muerto, en posición vertical, y se cubrió la fosa con la tie-



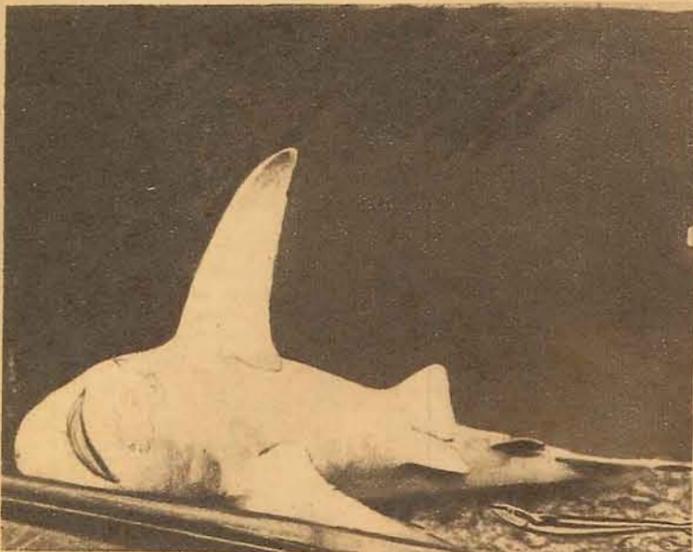
Lady Richmond Brown y Mr. Mitchell-Hedges, con una colección de mandíbulas de tiburones cazados por ellos

rra removida, de modo que sobresaliera la caña por encima de ella. Más tarde se quitó la caña, dejando un agujero desde la superficie hasta la boca del enterrado. Por ese agujero se introdujo un tallo de viña, atado a una larga fibra vegetal, que llegaba hasta el techo de la casa del muerto. Después, todos prorrumpieron en lamentaciones, en señal de despedida.

Los indios Chucunaques tienen sencillas creencias religiosas, pero ellas no carecen de belleza. Creen que cuando llega la noche, el espíritu de la persona muerta se sube por el tallo de la viña y se dirige a orillas del río, donde le espera una "cayu-

ca" (canoa), en cuya popa está sentado otro espíritu. La "cayuca" se dirige aguas arriba, hasta un punto en que el río se bifurca en numerosas corrientes, y donde se encuentra el gran espíritu, que indica cuál de ellas debe seguirse. El viaje se continúa en la canoa durante algún tiempo, y por último el espíritu del muerto llega a la aldea celestial, una especie de paraíso de los Chucunaques.

(Continuará)



Un enorme tiburón de vientre blanca, fotografiado después de haber sido remolcado hasta una playa

los placeres que le reserva la vida.

No pude menos que observar el contraste entre la alegría de los indios, con las penurias que la pobre muchacha debió estar pasando, enterrada hasta los hombros en la tierra, y sobre todo, porque esta ceremonia, que parece la más importante entre los Chucunaques, continuó durante mucho tiempo. Desde el principio al fin, se mantuvo en la posición descripta por más de seis horas, mientras se le cortaban lentamente los cabellos, terminando a la altura del cuello, y luego fué sacada de su posición incómoda. No podía tenerse en pie, y tuvo que ser llevada en peso a una hamaca, donde quedó sin que nadie le hiciera caso.

Poco después empezó la verdadera fiesta. Es difícil describir las escenas de locura que se desarrollaron. Empezaron con un baile, en el cual las mujeres avanzaron en fila, para retroceder luego con movimientos curiosos. Luego se unieron a ellas los hombres, conducidos por los magos. La llamas de una hoguera gigantesca, que se había encendido, se elevaban a una altura de unos doce metros, y su luz vacilante alumbraba aquel espectáculo curioso. Los hechiceros parecían verdaderos demonios del infierno, con sus enormes adornos de plumas en la cabeza, la masa de collares de

entonan una especie de cántico, y colocan al muchacho en la misma hamaca donde se encuentra la joven. Se queman algunas hierbas en ollas de barro colocadas debajo de la hamaca, y se ponen cerca los dioses de madera de ambas familias. El canto de los magos empieza otra vez, y todos les hacen coro. Los únicos que presencian la ceremonia son los parientes cercanos de los que contraen matrimonio.

Luego sigue una fiesta, y el muchacho parte para su hogar, sin preocuparse, al parecer, por lo que ha sucedido. Durante la quincena siguiente, la pareja es sometida dos veces a la misma ceremonia.

Luego llega el último acto de los curiosos ritos matrimoniales. Quizá resulte lógico para muchos, que después de todas las ceremonias anteriores, la celebración final sea una orgía loca de bailes y de fiesta; pero no es así. El final es muy sencillo. El padre de la muchacha se encuentra con su yerno al alba, y ambos penetran en el bosque, para regresar a la caída de la tarde, con una carga de leña sobre la espalda. Este es el acto final que cimienta el matrimonio. Contrariamente a lo que pasa en los pueblos civilizados, la esposa no va a vivir a la casa de su marido. Es él quien va a la de ella, llevándose consigo todas sus armas y pertenencias. Se le obliga a permanecer en la casa de su mujer, de grado o por la fuerza, hasta después del nacimiento del primer hijo, y entonces, si la mujer lo desea



**PARA MANTENER LOS ALIMENTOS**

frescos y sanos durante la época de los calores, es indispensable el uso de heladeras eléctricas porque son las únicas que proporcionan una refrigeración perfecta que asegura la conservación de las viandas, carnes, frutas, legumbres y bebidas sin perjudicar su sabor.

Las heladeras eléctricas son elegantes y económicas y pueden mantener indefinidamente la temperatura deseada, pues su funcionamiento es automático.

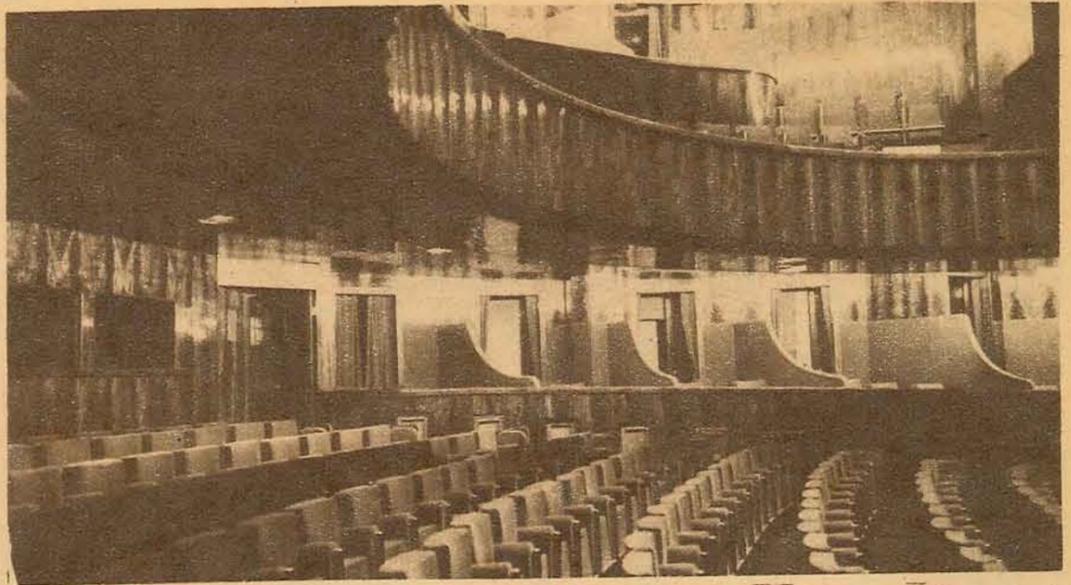
Visite nuestras exposiciones y pida demostraciones prácticas.

**COMPANIA HISPANO - AMERICANA DE ELECTRICIDAD**  
BUENOS AIRES BALCARCE 184

## LAS VELADAS DE PARIS



Aspecto nocturno del exterior del nuevo Teatro Pigalle



Una vista parcial del patio de butacas

## UN TEATRO EN BUSCA DE AUTORES

Por RENE DE SAINT-FLORENT

(Para LA NACION)

PARIS, septiembre de 1929.

Estas etapas aperitivas, conducen a la sala y preparan para el escenario. La impresión es entonces singular y satisfactoria. Las caobas, veteadas como castaños de la India, esos sillones de cuero colorado, la plata de los herrajes, la fantástica flor drapeada del techo iluminado, ese confort de los palcos italianos, todos esos puntos de conjunción contrarios y desconcertantes, que se unen, sin embargo, ricos en reminiscencias de lo Nuevo, han permitido que se compare la sala del teatro Pigalle a un yate, a una carrocería, a un violín sonoro, y a un "bar" inglés cuyas botellas de cristal serían los espectadores. Hay todo eso y más aun. Antes de que se levante el telón, uno tiene la impresión de que "sólo un ancla", una soga, nos retiene en el puerto. Las ondas que irradiaba la rosa del techo, se reflejan ya en los flancos pulidos del barco. Y cuando se retira del escenario el último y frágil obstáculo, uno se siente empujado mar afuera. ¡Qué lejos está la calle! ¡Cómo se esfuma y desaparece la vida cotidiana! Mil cien viajeros encuadrados dentro de un lujoso transatlántico han abandonado el puerto de las inquietudes, para encontrar tempestades más peligrosas.

Cuando Felipe de Rothschild, hijo del fundador y animador de ese teatro, presentó la sala a los invitados, acentuó más aun esa ilusión de la partida, haciendo ejecutar a los proyectores sus mejores efectos de luz. Primero inundó el escenario de un "azul infinito" que da la impresión de la inmensidad, de horizontes sin límites. Luego hizo pasar unas nubes, transportándonos del océano al cielo. Demostró luego la sonoridad de esa sala, verdadera caja de resonancia, con sus maderas que cantan como un violín. Por fin, mostró los secretos de su maquinaria, la usina hidráulica en medio de tubos y pistones que levantan o bajan cuatro escenarios como si fueran bandejas, provistas de sus decoraciones, que bajan de la cimbra cargados de actores, lo que permite realizar la simultaneidad que el cinematógrafo creía privilegio exclusivo suyo. Al mover el resorte de un conmutador quedan abolidos el Tiempo y el Espacio con tanta rapidez como en la pantalla. Todo está agenciado y concebido para que se cumpla la promesa hecha al espectador de alejarlo de las inquietudes cotidianas,

y conducirlo hacia su más hermoso sueño, hacia esa evasión que desea el día entero, toda la vida. Artes inferiores han colaborado maravillosamente en esta gran ilusión.

El público está ahí; está listo y rendido a su merced.

Si, pero ¿qué le van a presentar?

Es difícil admitir que después de haberlo preparado sabiamente para esta emoción, y de haberlo conducido con tanta amabilidad, M. de Rothschild lo deje en el llano. Pero no se puede dejar de pensar: "¿Qué representarán en ese teatro, cuyas sutiles disposiciones, no sólo permiten, sino que exigen el lirismo y la fantasía?" Lo que hemos visto representar en el escenario estos últimos años, ¿nos autoriza a esperar que el Teatro Pigalle no resulte un marco sin cuadro, un teatro en busca de autores? Lo más sencillo habría sido dirigir esta pregunta al mismo director. Pero ¿hay acaso un director en el Teatro Pigalle? M. Antoine parecía llenar esa función: pero parece querer dimitir, asustado por las responsabilidades y tal vez en desacuerdo con el barón Enrique. Se dice oficialmente, entre los que rodean al fundador, que cuentan con los jóvenes actores Jean Sarmant, Jean Jacques Bernard, Bernard Zimmer y Jean Cocteau, a quienes se ofrece un instrumento maravilloso, en el que pueden trabajar en adelante, según su fantasía, sin que ésta sea contrariada por la insuficiencia de los medios escénicos.

Sin duda, hay con qué tentar a esta juventud. Ella ha sido formada en la dura escuela de la indigencia. Los directores que proporcionó simplificaban la decoración hasta el punto de suprimirla. No ofrecían cuatro escenarios móviles y se contentaban para los cambios rápidos con representar delante del telón, que recogían luego bruscamente. Nuestro teatro joven se ha inspirado en esas necesidades de la miseria; de eso le ha quedado la tendencia a concebir cosas bastante pequeñas; las piezas de los jóvenes se resienten de esas contingencias: una nodriza flaca no cria sino niños raquíticos.

Y de repente M. de Rothschild coloca sin transición a esos pobres en medio de la opulencia: ningún matiz en el texto que no pueda ser subrayado por un matiz del proyector, nada cinematográfico que no sea realizable. El autor podrá enviar sus personajes al cielo, hacerlos cabalgar sobre las nubes o perderlos en el mar. Su fantasía dominará siempre. Por más brusco que sea el cambio, creo que nuestros autores se adaptarán pronto, después de una corta indecisión. El gusto de lo sobrenatural, la costumbre de los sueños no nos es extraña. Todo lo que sea exótico, la pasión por los viajes,

la angustia exaltada de las despedidas; estarán a sus anchas a bordo de ese yate que se aleja. Los arquitectos y sus inspiradores se han adelantado a los deseos de una generación hasta el punto de halagar sus manías. Es posible que el escenario se llene y sea invadido por obras que se adaptarán. No lo lamentemos. El teatro moderno ha salido del periodo del laboratorio: se le ofrece un palacio para que desarrolle su actividad. Se instalará en él y tal vez lo haga sin modestia.

M. Sacha Guitry es quien estrenará el escenario del Pigalle en el mes de octubre. Ha preparado un enorme fresco coloreado, que ofrece, si lo que dice el texto es cierto, una serie de imágenes sacadas de la historia de Francia. Los cuatro escenarios se emplearán en ello.

Algún malvado agregaría que si bien el Teatro Pigalle no quedará mucho tiempo en busca de autores, podría quedar en busca de público. No creo que eso suceda tampoco. Diez años de "Atelier", de "Vieux Colombier", de "Comédie des Champs Elysées" han formado un público cuyo cenáculo ha crecido hasta una muchedumbre. Los mil cien asientos del Pigalle no esperarán mucho tiempo sus ocupantes. Puede suceder por otra parte que, como en lo de Jacques Copeau la sala a pesar de estar llena, no alcance a llenar la caja y que la ganancia máxima no pueda cubrir los gastos. Pero el Sr. Rothschild, que ha gastado cuarenta y tres millones de francos en edificar su magnífico teatro, consentirá en hacer todos los años unos sacrificios para mantener su costosa fama.

**IE** L doctor y barón Enrique de Rothschild, que pertenece a una dinastía poderosa de banqueros, representa en su familia el elemento desinteresado, y, como decían antes de la guerra, la "clase artística". Después de notables estrenos en la filantropía sintió, hace cerca de veinte años, los primeros síntomas de vocación teatral; sus comedias, que firma André Pascal, y que son por más que digan, escritas por él, serían juzgadas con honradez si el autor no fuera tan rico. Los críticos temen al ponderarlas, parecer sensibles al brillo de una enorme fortuna. Al burlarse de un Rothschild uno se da, a poca costa, un cierto aire de independencia. Tan es así, que en el teatro André Pascal ha pagado el tributo del barón Henri. Es, sin duda, con el fin de demostrar su abnegación por el arte al que sirve, y su desinterés de escritor, que el doctor ha hecho construir, acaba de presentar y se prepara a inaugurar en la calle Pigalle, un nuevo teatro que dicen ser el más hermoso del mundo y que es ciertamente el más moderno y más perfeccionado de Europa. Los lectores de LA NACION han oído ya el eco de las fiestas de inauguración. Pero este teatro es una obra de arquitectura tan importante que conviene volver a hablar de ese acontecimiento.

Está situado en las primeras pendientes de Montmartre, en la calle Pigalle, tortuosa, quebrada, estrecha, que los coches no pueden subir, sin tener el derecho de bajar. El terreno en que se encuentra el teatro se presenta oblicuo al que sube la calle, y esta geometría fugaz bastaba para descorazonar al arquitecto, si hubiera querido decorar su fachada con motivos clásicos para salas de espectáculo: ninguna figura, ninguna "pieza" arquitectónica habría cabido en esa perspectiva sin desfigurarse. Era, pues, necesario adoptar las mismas líneas de esa extraña calle, líneas de un gran

**Enlozado**  
**TRES CORONAS**  
EL QUE MAS DURA HERMOSO RESISTENTE PERFECTO



La ciencia demuestra que es esencial a la higiene y a la cultura una boca sana; para lograrlo es indispensable emplear lo más eficaz. Por algo el ODOL (Líquido y Pasta) tiene fama mundial y persistente.

Es un producto completo, invariable, un éxito sin precedentes.

En venta en todas partes.

LITERATURA  
Y  
GASTRONOMIA  
POR  
GEORGES  
MAUREVERT

(Para LA NACION)  
PARIS, septiembre de 1929



ALEJANDRO DUMAS



HONORATO DE BALZAC



CHARLES MONSELET



VICTOR HUGO



ESDE hace más de cien años Francia es famosa por su buena cocina. Esta superioridad ha llegado a ser tan indiscutida en el mundo, que todos los países se disputan a los cocineros franceses: sólo en Inglaterra se calcula que éstos llegan a 15.000, y su número es probablemente igual en los Estados Unidos de América. En todos los grandes hoteles, en todas las grandes mansiones particulares, el "chef" y sus principales ayudantes son franceses.

Esta celebridad de la cocina francesa se debe en gran parte a la literatura, que la ha exaltado. Francia es el único país que pueda presentar una importante biblioteca culinaria, empezando por "Le Viandier", de Taillevent, que fué gran cocinero de Carlos VII, para terminar con "Plats Nouveaux", de Paul Reboux, pasando por "La Fleur de Toute Cuisine" de Pidoux (1543); "Le Vrai Cuisinier Français", de Lavarennes (1667); "Le Cannaméliste Français", de Gilliers (1751); "L'Almanach des Gourmands", de Grimod de la Reynière (1800); "L'Art Culinaire", du Marquis de Cussy; y, por fin, obra maestra entre todas las de la ciencia de la boca", como decía Montaigne: "La Physiologie du Gout", del gran Brillat-Savarin, que Grimod de la Reynière ordenó en su testamento fuera colocado debajo de su cabeza en el ataúd.

Pero, fuera de estos trabajos especiales, ¡cuántas páginas no han sido consagradas a la gastronomía por nuestros más ilustres escritores, muchos de los cuales llegaron hasta abandonar la pluma para tomar el mango de la sartén!

Los amigos de Alejandro Dumas aseguraban que no existía en Francia mejor cocinero que él. Cuando éste consentía en pasar de su escritorio a la cocina, mostraba allí un talento que no era inferior al del autor de "Los Tres Mosqueteros". La carne, el pescado, la caza, las aves, las legumbres, los entremeses; platos españoles, italianos, turcos, todo lo podía, y con la menor ala, o pata de cualquier animal—aunque fuera la pata de un oso, pues no hay que olvidar que fué el inventor del "Beefsteack de oso"—, hacía algo bueno, agradable a la vista, exquisito al paladar; una comida preparada por las manos de Alejandro Dumas tenía todo el atractivo, todo el encanto y todo el sabor de una de sus novelas.

Se le atribuye asimismo el invento de la "anchova a la Monte-Cristo", que preparaba de la siguiente manera: quitaba el carozo a una aceituna y la rellenaba con un pedacito de anchova; rellena así la aceituna, colocábala dentro de una alondra, ésta dentro de una codorniz, ésta dentro de un faisán, éste dentro de un pavo, el pavo dentro de un lechón, y todo junto se ponía a cocinar a fuego fuerte!

Tal vez haya algo de fantasía en esta receta bastante complicada!... Hay menos en estos "tordos a la polonesa", cuya preparación describió él mismo: "Cuando los tordos estén desplumados, póngalos en una cacerola con grasa derretida, ajo picado, trufas y hongos; agréguense cinco o seis cebollitas, bastantes especias, una molleja de ternera y una tajada de jamón ahumado. Humedézcase la mezcla con un vaso lleno de champaña y un poco de jugo de carne, échesele pimienta y sal y déjesele cocinar a fuego lento. Cuando esté cocida, agréguesele jugo de limón, quítense las especias y el jamón. Sirvasela con salsa reducida, colocando los tordos en montón, rodeados por las mollejas y cortados en tajadas".

Esta descripción técnica se halla en su libro "Charlas de arte y de cocina", donde nos dice cómo le vino su vocación:

"Mi afición por la cocina, como por la poesía, me viene del cielo. Una estaba destinada a arruinarme—¡la de la poesía, naturalmente!—, y la otra a enriquecerme, pues no renuncié a la esperanza de ser rico un día".

Tal vez el buen Alejandro Dumas deba sus disposiciones culinarias a sus padres más bien que al cielo, como nos lo confía en el curso de su libro:

"Mi madre era pobre y cocinaba ella misma, pero era hija del "maître d'hotel" del Duque de Orleans, el padre de Felipe-Igualdad. El Duque era un gran gastrónomo, y mi abuelo reunió así unas buenas recetas de las que heredó mi madre. Pero sólo mucho más tarde, cuando reflexioné sobre la cocina, recordé esas recetas".

Jorge Sand hacía a menudo su propia comida. Sobresalía especialmente en la confección de los postres. "Es más difícil—aseguraba—que escribir "Valentine" o "Mauprat". Con un delantal en la cintura y la espumadera en la mano, atavió poco literario, se instalaba ante sus hornos.

Eugenio Sué, autor del "Judío Errante", fué también un gastrónomo distinguido. Las comidas que ofrecía en el café Inglés eran célebres entre sus contemporáneos por el esmero que ponía en ellas. En su novela "Los Siete Pecados Capitales" personifica la glotonería en la persona del doctor Gasterini y hace de un canónigo, don Diego, un catador tan entendido como exigente. Gasterini ofrece a don Diego un almuerzo y una comida que demuestran en Eugenio Sué los conocimientos culinarios más amplios y variados.

Eugenio Sué, escritor del pueblo, no se entendía con Honorato de Balzac, que profesaba por la aristocracia la más viva admiración. Cuando fueron detenidos juntos, en el mes de agosto de 1836, en el Hotel de las Judías (que era el nombre que se daba a la prisión de la Guardia Nacional), se negó a compartir la comida encargada a Vefour, que el ilustre novelista daba a algunos amigos. Eugenio Sué prefirió comer solo en la misma sala la suntuosa comida que le sirvieron en su vajilla de plata tres de sus criados con librea y guantes blancos.

Balzac permaneció setenta y dos horas detenido en el Hotel de las Judías, durante las cuales sus comidas le costaron 575 francos, suma enorme para esa época, pero que, en verdad, pidió prestada a su editor Werdet, que había sido uno de sus convidados, pues había llegado a la prisión sin un centavo.

Para corresponder a Werdet, lo invitó, cuando salió de la prisión, a almorzar en casa de Véry, uno de los primeros restaurantes de la época. He aquí el "menú" que les sirvieron, y que fué devorado casi todo por Balzac solo, pues su invitado sufría de una gastralgia aguda: cien ostras de Ostende, un lenguado normando, doce costillas de cordero de "pré-salé", un pato entero con nabos, dos perdicés, sin contar las entradas, legumbres, entremeses, frutas, queso y media docena de botellas de vino de las mejores cosechas. Todo esto acompañado de licores y, naturalmente, de ese café de que el autor de la "Comedia Humana" hacía un enorme consumo.

"Muerdo por 40.000 tazas de café", decía al final de su vida.

En sus novelas conduce a menudo a sus personajes a los mejores restaurantes. Cliente del "Rocher du Cancale", lleva allí a Rastignac, du Tillet Rubempré, Bixiou, Henri de Marsay, Madame de Maulfrigneuse, Lousteau, etc. Exigente en can-

tidad y en calidad, Balzac, gastrónomo y glotón, publicó en la biografía Michaud un estudio notable sobre Brillat-Savarin, a quien declaraba uno de los hombres más grandes de la época, llegando a escribir que "La Physiologie du Gout" es la producción más original que, desde Rabelais, ha dado la literatura francesa. Desde el siglo XVI, exceptuando a Labruyère y a La Rochefoucauld, ningún otro autor ha podido dar a la frase francesa un relieve más vigoroso". Es un gran elogio, que han tenido razón en recordar en 1926, cuando el centenario de la muerte de Brillat-Savarin.

El mismo Victor Hugo ha elogiado al gran gastrónomo. "Por su sonriente filosofía—escribió—, Brillat-Savarin nos ha enseñado a saborear mejor la alegría de vivir". Hugo no insistió sobre el refinamiento culinario del autor de "La Fisiología del Gusto", porque el autor de "Los Miserables" era sobre todo un gastrónomo. El comía para vivir, pero no vivía para comer. En realidad, lo hacía abundantemente, pues tenía un apetito ante el cual su amigo Teófilo Gautier, que fué muchas veces su comensal, quedaba petrificado de admiración. Teófilo Gautier describe así la manera de comer de Victor Hugo: "El se hacía servir indistintamente y mezclados, costillas y judías en aceite, carne de novillo con tomate, tortilla de jamón y café con leche, todo aderezado con un poquito de vinagre, un poco de mostaza y un pedazo de queso Brie. ¡Hugo comía muy rápidamente esta extraordinaria mezcla!"

Estos gustos gargantuescos del gran poeta fueron confirmados por Georges Hugo, su nieto, que publicó en la "Illustration", cuando el centenario de su abuelo, un largo artículo, del que se hizo más tarde un folleto, hoy muy difícil de encontrar, y del cual merece citarse lo siguiente: "Su gran gulosina, que compartía con nosotros, era el "Gribouillis", plato de su invención, que fabricaba él mismo en la mesa; mezcla de todo lo que se había servido: huevos, carne, legumbres, salsas y frituras, especie de pasta que él cortaba con golpecitos de cuchillo y sazónaba echándole todo el salero. ¡Era la cosa más rica del mundo! Cuando había una langosta, le arrancaba una pata, la deshacía con sus dientes de acero y se la tragaba toda, caparazón y carne, con gran admiración nuestra y gran espanto de mi madre, que temía que quisiéramos imitarlo. Lo mismo hacía con las naranjas, que metía enteras en la boca y que le gustaba comer con su cáscara gruesa y amarga".

¡Tal era la ambrosia de este semidiós de la literatura, la cual no le impidió morir a los ochenta y tres años bien cumplidos y sin apendicitis!...

Uno de los literatos gastrónomos más reputados fué el buen Carlos Monselet, que llamó al cerdo, en un famoso soneto, "querido ángel"!... Autor del "Almanaque de los Gastrónomos" y de "La Cocinera Poética", escribió en sus cartas a Emilia "que un gastrónomo era un ser agradable al cielo". Fué él quien encontró una frase feliz para los dos más famosos gastrónomos de principios del siglo XIX: "Si Grimod de la Reynière fué el periodista de la cocina, Brillat-Savarin fué su legislador".

El llorado poeta Catulle Mendès era también un gastrónomo consumado. Recuerdo una comida de literatos en la que un "maître d'hotel" trajo pomposamente un lechón. Mendès lloraba de alegría, y en seguida entonó un himno a Comus, dios de la cocina. Dió unas recetas poéticas succulentas, que hacían temblar voluptuosamente el estómago de los que le escuchaban. Mientras saboreaba un buen pedazo del querido lechoncito, exclamó:

—¿Conocen ustedes la liebre a la Royal? Es un plato exquisito, pero muy difícil de hacer-

lo bien. Piensen ustedes que hay que poner la misma cantidad de trufas grises que negras. Si se pone una de más, el plato ya no sale bien. La liebre a la Royal se parece a los "pavos reales vestidos" que servían al rey Luis X.

(Gran suspiro de pesar). Desgraciadamente, sólo lo como muy pocas veces... Es como la "salsa cameline"... (nuevo suspiro) y como uno de sus vecinos lo miraba interrogativamente, Catulle exclamó:

—¿Cómo, desgraciado! ¿Usted no conoce la salsa cameline?... La receta es la siguiente: Ponga a tostar ligeramente unas rebanadas de pan, luego mézclas en una cacerola sobre el fuego, echándole vino tinto, vinagre, canela y especias. Hágallo luego enfriar en un plato, pasándolo después por un tamiz... Los gastrónomos comen los platos preparados de esta manera después de un día o dos.

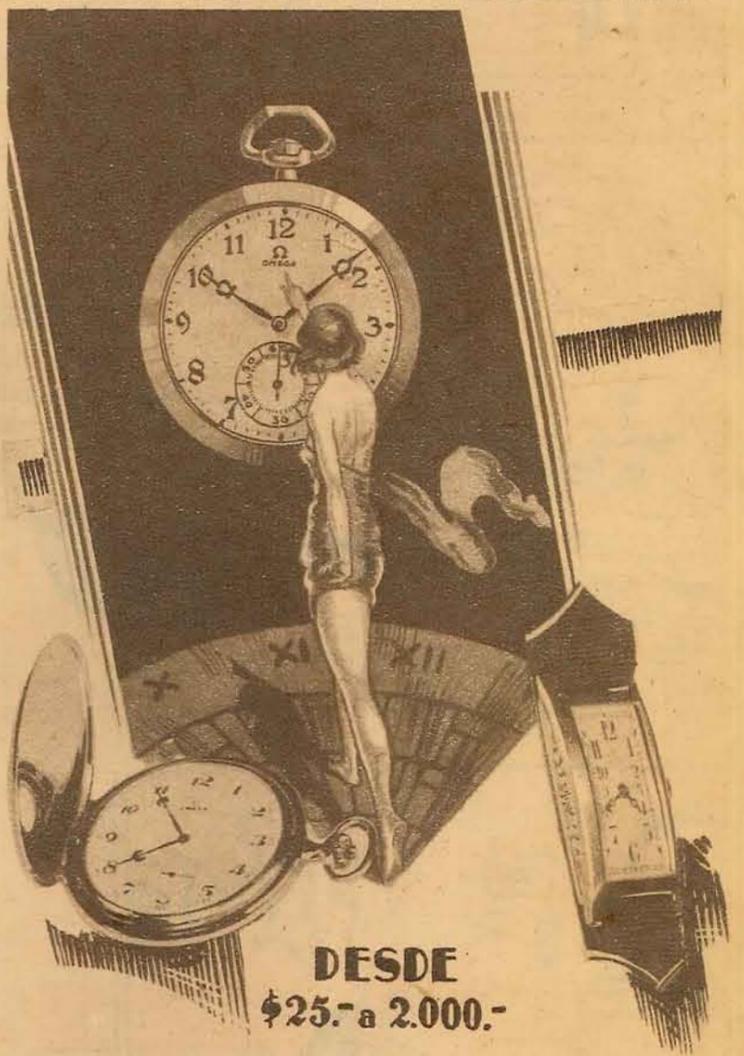
Y el poeta de "Isolina" continuó entreteniéndose con su verba inagotable con diferentes recetas que había encontrado en antiguos autores: "El Agua Bendita", "La Salsa de la Traición", "La Galimafrée"; nos habló del hipocrás, del hidromiel; pretendió conocer los ingredientes de que se compone la divina ambrosia... Citó la "Fleur de Toute Cuisine", de Pidoux; exaltó el "Pâtissier Français", publicado en Amsterdam en el

siglo XVIII... Llegó a prometernos un libro de cocina escrito por él, libro que, desgraciadamente, la muerte le impidió publicar.

Las buenas tradiciones de la cocina francesa no se han perdido aún; todo lo contrario, siempre encuentran escritores que las elogien.

Entre los literatos gastrónomos de hoy se pueden citar al maestro Paul Bourget, que sabe, como lo ha escrito Próspero Montagné, que el arte culinario francés no es cosa inútil para nuestra cultura general; a Claude Farrere, Henri Duvernois, Roland Dorgeles, Pierre Benoit, Paul Reboux, Henri Beraud, Willy, Alfred Savoir, Pierre Frondaie, Antcine, René Fauchois, etc., sin olvidar al espiritual y jovial Curnansky, que hasta fué nombrado el año pasado príncipe de los gastrónomos. No hay periódico ni revista que no dedique de tiempo en tiempo una crónica a la buena comida.

Nuestros cocineros no han servido de poco para difundir en el mundo entero la civilización francesa. "Dime lo que comes y te diré lo que eres", aseguraba el inmortal Brillat-Savarin. Los cocineros fueron los buenos embajadores del gusto francés en los pueblos extranjeros, y es justo que los mejores escritores de Francia los hayan ayudado en esa agradable misión patriótica.



DESDE  
\$25.- a 2.000.-

OMEGA

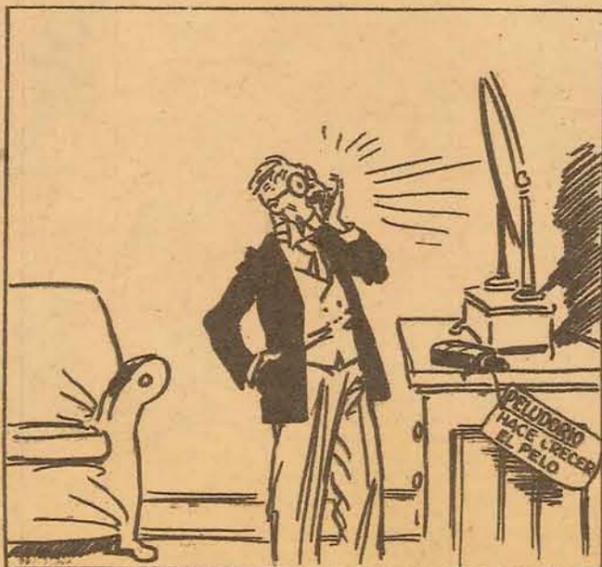
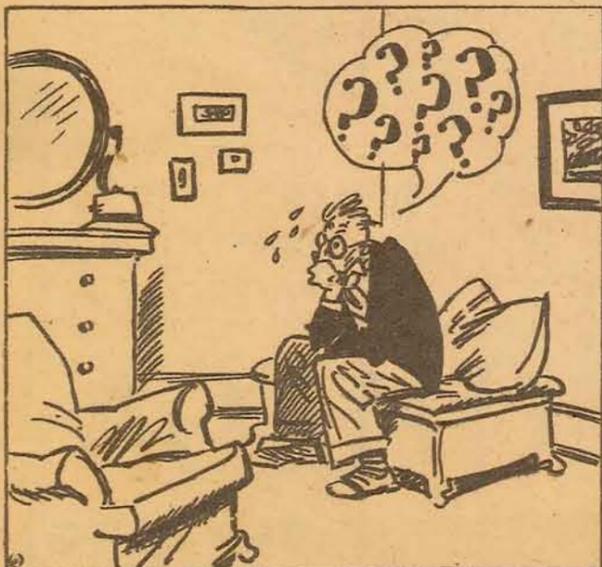
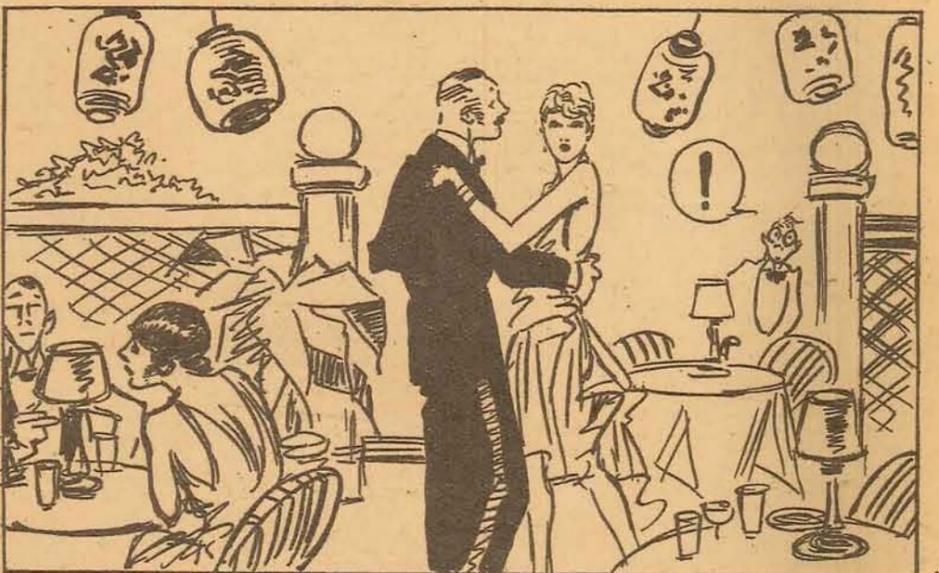
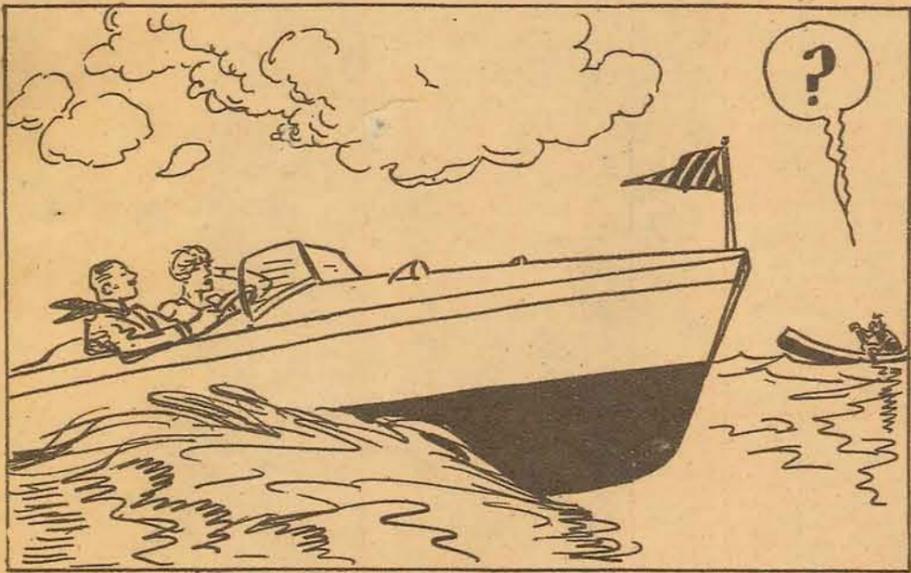
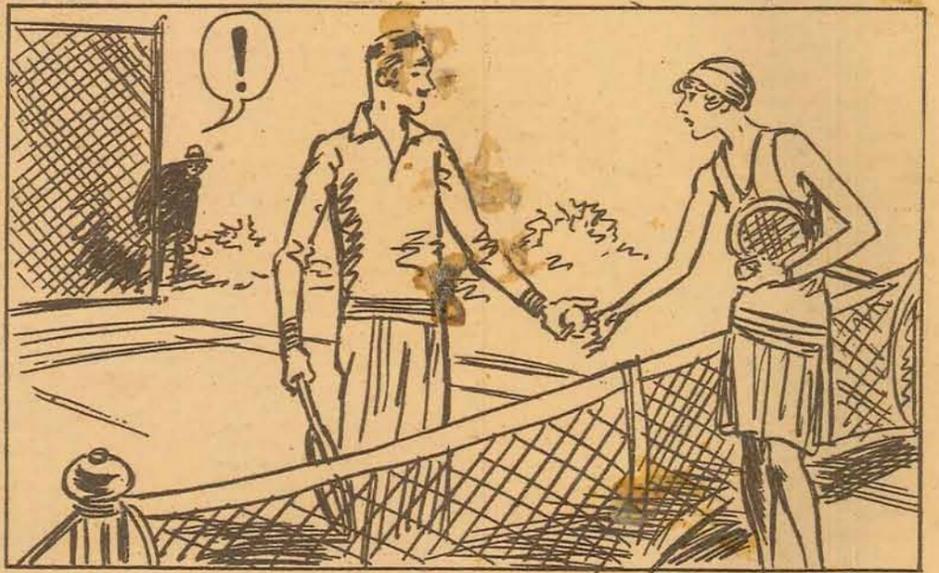
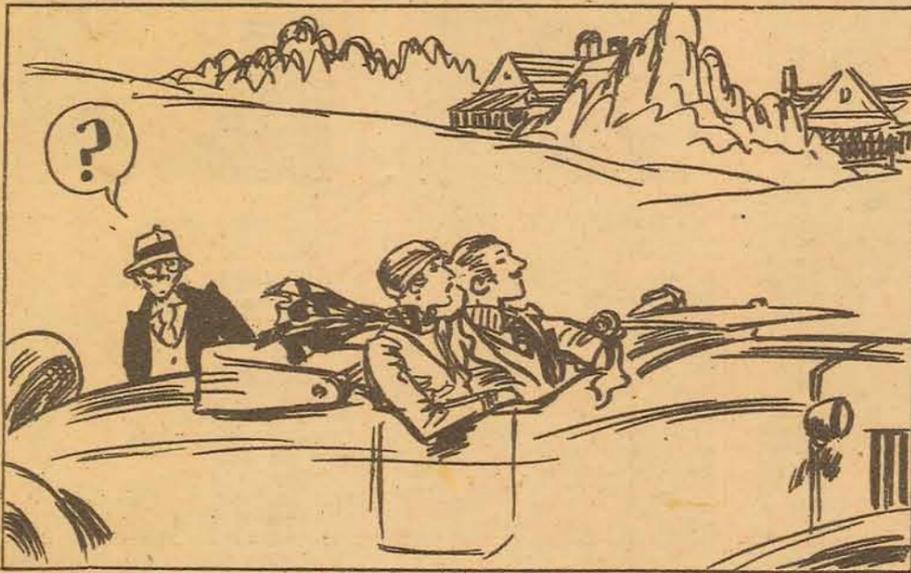
"La hora exacta para toda la vida"

# BETTAS DE PAR

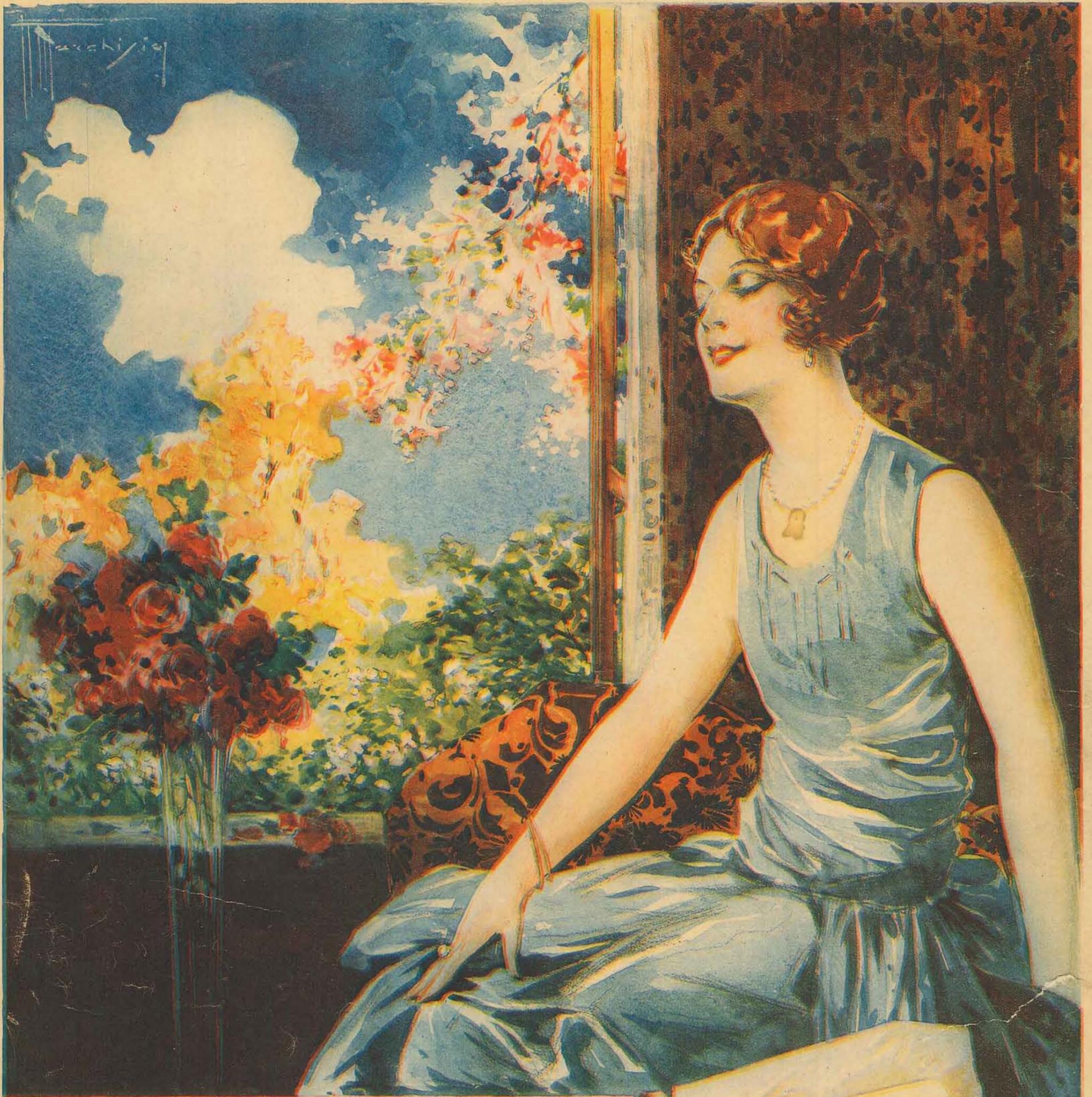
Por C.A.Voight

© 1929 N.Y. TRIBUNE, INC.

## UNA SUPOSICION EQUIVOCADA







CUANDO se extasie con el agradable, delicado y sutil perfume del **DUC** - Jabon Fino de Tocador - se creera transportada al más encantador de los vergeles.

Perfumeria  
**Dubarry**

FUNDADA EN 1903



En todas las Farmacias, Perfumerías y Tiendas.  
70 centavos la pastilla.